EL CAUDILLISMO Y LA REVOLUCION AMERICANA

POLEMICA



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 110

MANUEL HERRERA Y OBES
BERNARDO PRUDENCIO BERRO

EL CAUDILLISMO Y LA REVOLUCION AMERICANA

POLEMICA

Preparación del texto y cuidado del mismo a cargo del Departamento de Investigaciones del Museo Histórico Nacional y de las profesoras ELISA SILVA CAZET y MARÍA ANGÉLICA LISSARDY

MANUEL HERRERA Y OBES
BERNARDO PRUDENCIO BERRO

EL CAUDILLISMO Y LA REVOLUCION AMERICANA

POLEMICA

Prólogo de
JUAN E. PIVEL DEVOTO

MONTEVIDEO
1966

PRÓLOGO

El caudillismo es la forma de los pueblos que nacen...

PEDRO BUSTAMANTE

I

El caudillismo aparece en América como expresión social y política en la etapa postrera del régimen de Indias, al producirse la crisis originada por la acefalía de la Corona española. La revolución se inició, salvo excepciones, en las ciudades, en los centros urbanos en los que residía la autoridad delegada del monarca. En ese escenario fue donde los dirigentes e ideólogos del movimiento, comenzaron a difundir nociones sobre la soberanía popular y el derecho de los pueblos a gozar de su libertad. Cuando la reacción protagonizada por los absolutistas del viejo régimen, opuso vallas al impulso renovador y obligó a improvisar ejércitos para la lucha; cuando fue necesario crear una pasión colectiva; cuando los conceptos políticos comenzaron a prender en el seno de la opinión inexperiente; cuando las masas irrumpieron en la escena pública manejando esos conceptos sin noción cabal de su contenido, apareció en el proceso revolucionario, como intérprete y orientador de los sentimientos populares, la figura dominante del caudillo. Muchas

de las manifestaciones más típicas y representativas de la vida de los pueblos de América tienen definida y clara raíz hispánica. El tipo de caudillo de la revolución americana, el de las guerras civiles que fueron su secuela, el que precipitó la formación del espíritu nacional, reconoce su antecesor en el caudillo español de la conquista. Por la acción de intrépidos caudillos América fue incorporada a la Corona de Castilla. Tres siglos después, por la militancia de personajes de rasgos muy semejantes, por la influencia de los caudillos criollos, los reinos de Indias fueron segregados del dominio español y convertidos en repúblicas independientes. La figura del caudillo emerge en la escena de la más remota tradición hispánica. Sus deberes y cometidos y las circunstancias particulares en que debía llenarlos fueron determinados por Alfonso el Sabio. En distintos pasajes, que trasladamos al castellano de nuestros días, las *Partidas* tratan del caudillo y de su misión tuteladora.

"Esfuerzo, maestría y seso, son tres cosas que conviene en todas maneras tengan los que bien quieren guerrear", expresa en la Partida Segunda, título XXIII, ley V. "Porque —agrega— por el esfuerzo serán cometedores. Y por la maestría, maestros en hacer la guerra, guardándose a sí y haciendo daño a sus enemigos. El seso les hará que obren de cada una de éstas, en el tiempo y en el lugar que conviniere y por eso los antiguos que hablaron sobre hechos de guerra consideraron que aunque de esto debían tener todos comúnmente, más conviene a los caudillos que a los otros hombres, puesto que ellos tienen poder de

acaudillar. Estos deben ser esforzados para cometer las cosas peligrosas, y acostumbrados en hechos de armas en saberlas traer y obrar bien con ellas. Y sabedores y maestros en hechos de guerra es menester que sean; no tan solo en sufrir los trabajos y los peligros que de ella vienen, sino aun que sepan mostrar a los otros hombres cómo la han de hacer, en qué manera se deben acaudillar y acostumbrarlos a ellos, antes de que comiencen el hecho; para que estén apercibidos y sepan cómo hacerlo cuando en él estuviesen".

El caudillo debía conducirse con cordura y sensatez. "Y también determinaron los sabios antiguos, prosigue la ley V, que el caudillo tuviese buen seso natural para que supiera guardar la vergüenza allí donde conviene; y el esfuerzo y la sabiduría cada una en su lugar, por que el seso es sobre todo". "...Impulsa al esfuerzo a cometer aquello que entiende se puede acabar. Y también hace obrar a la sabiduría allí, donde debe. Y hace cambiar el uso de una manera por otra, según conviene a los hechos donde ha de ser guardada. Y por que el seso es sobre todo linaje y poder, por eso los caudillos lo han menester más que otros hombres. Por que si cada hombre lo necesita para caudillarse a sí mismo, estando en paz; cuanto más lo ha menester el que está en guerra y tiene que acaudillarse a sí y a otros muchos". Debía ser comunicativo y discreto a la vez; veraz y modesto: "Y también dijeron los antiguos que los caudillos tienen que tener dos cosas más que parecen contrarias. Una que fuesen habladores. Y la otra

calladores. Por que bien razonados y de buena palabra deben ser para saber hablar con las gentes y apercibirlas y mostrarles lo que han de hacer antes de que venga el hecho. Además deben tener buena palabra y recia para darles conhorte, y esfuerzo cuando estuviesen en el hecho y callado debe ser, de modo que no sea cotidianamente hablador, para que su palabra no desmerezca entre los hombres; ni tampoco alabarse mucho de lo que hiciere, ni contarlo de otra manera que no fuese. Por que alabándose él mismo, pierde la honra del hecho y lo envilece: y contándolo como no es, lo tienen por mentiroso y no lo creen después en las otras cosas en que le debían creer. De aquí que el caudillo que debe acaudillar la hueste —concluye— conviene que tenga todas estas cosas sobredichas"... "Por que el hecho de guerra es todo lleno de peligros y de aventuras: y además el yerro que allí se cometiere, no se puede después enmendar".

Las leyes VI, IX y XI del mismo título XIII, abundan en sabias reflexiones sobre el oficio del caudillo, sobre la oportunidad en que éste debía llenar su misión, y sobre los bienes que de ella resultan si se la cumplía como era debido. "Acaudillamiento, según dijeron los antiguos, es la primera cosa que los hombres deben hacer en tiempo de guerra. Porque si esto es hecho como se debe, nacen por ende tres bienes. El primero que los hace ser unos. El segundo que los hace ser vencedores y llegar a lo que quieren. El tercero que los hace tener por bien andantes y de buen seso. Por eso los unos lo llamaron llave y los otros freno y los otros maestro. Y estos nombres le

pusieron muy con razón. Porque así como la llave abre los lugares cerrados y da entrada para llegar los hombres a lo que piden, así el acaudillamiento cuando está bien hecho hace entrar a los hombres donde quieren y acabar lo que quieren. También es freno nombre muy con razón. Por que así como el freno hace que la bestia no vaya sino por donde quiere aquel que cabalga, así el acaudillamiento endereza a los hombres y hace que no tuerzan ni extravíen en la guerra, sino que vayan como conviene al hecho que quieren hacer. Y maestro fue llamado, porque en él yace toda la maestría de cómo los hombres deben vencer a sus enemigos y quedar ellos honrados".

Este personaje fue el gestor de la reconquista; el que acaudilló las mesnadas de las distintas regiones de España en la lucha contra los moros. La conquista de América en el orden militar no fue sino una prolongación de esa empresa heroica de varios siglos. Un cronista de la época, Bernardo de Vargas Machuca, en su *Milicia y Descripción de las Indias,* rico y variado arsenal de referencias y reflexiones sobre distintos aspectos de la empresa colonizadora de España en América, hace en distintos pasajes de su obra escrita en 1599, certeras puntualizaciones sobre el caudillo. Para acometer la empresa indiana, dice de Vargas Machuca, el caudillo debía ser buen cristiano, noble y rico para prodigar sus recursos con liberalidad, nada codicioso, de buena edad, "no siendo muy mozo ni tampoco muy viejo, porque al mozo se le pierde el respeto y al viejo la fuerza"; debía poseer fortaleza física y de ánimo que exclu-

yesen la cobardía; prudencia, viveza y determinación: debía ser diligente, afable, discreto, cauteloso, ingenioso y honesto. Entre otros pasajes, expresa: "a todo lo importante debe el caudillo acudir en persona, sin fiarlo a nadie, si quiere que le sucedan las cosas prósperamente", debe estar siempre alerta, "evitar chismes, no admitiéndolos que descomponen mucho a los que mandan y crían grandes males; y siempre componga amistades, porque no haya bandos, siendo padre de todos, sin mostrarse parcial".

"El caudillo que todas las partes referidas alcanzare, agrega, sepa que es particular don de Dios y con seguridad se podrá arrojar a las conquistas y poblaciones y al que se eligiere con más partes de éstas, mejores efectos sacará, que no el que fuese desnudo de ellas: y este modo de elección con más o menos partes, observaban bien los griegos y romanos".

El personaje en el que concurrieron estas cualidades fue el propulsor de la conquista. El que se sintió impulsado a emprender la aventura. El que celebró capitulaciones con la Corona para ocupar tierras más allá del Océano y fundar reinos en nombre de su Rey para redimir infieles; el que con sus medios reclutó hombres para formar su mesnada. De este linaje fueron Cortés, Alvarado, Almagro, los Pizarro, Valdivia. El caudillo surge con la misión de *amparar, guiar* y *conducir* a los pueblos en tiempos de guerra; de *armonizar* las voluntades dispersas, armonía que los "face ser uno", como dice Alfonso el Sabio; de orientar a los hombres en las acechanzas de la vida, en una función rectora.

¿Cómo conciliar la autoridad del caudillo con el individualismo español tan celoso de lo que cada hombre representa por sí mismo? El español de la conquista que reconoció la autoridad de un caudillo y el español americano que siguió en la revolución emancipadora los pasos de un caudillo, no comprometieron su libertad individual porque cuando reconocieron a un jefe para que los uniese y llevase a la guerra, celebraron con él un pacto. El caudillo conservaría su autoridad siempre que en el origen de ésta y en la forma como la ejerciera se cumplieran determinadas exigencias. El caudillo debía ser un hombre del pueblo, surgido de su entraña, capaz de interpretar los sentimientos de cada uno de los elementos que forman la masa social. A caudillo no se llega por herencia, sino por la adhesión espontánea del pueblo que descubre en un hombre, virtudes y rasgos en los que cada uno ve reproducidos los suyos propios o los que desearía poseer. Cada componente de la masa se considera reflejado en la personalidad del conductor. Si el caudillo no ha salido de la entraña del pueblo, debe adaptarse a él para ganar su adhesión. Tal es el caso admirable de Simón Bolívar. En la acción del caudillo no caben los términos medios. Se le exige el entregamiento total. Su esfuerzo, su acción personal, su reposo, sus bienes materiales si los posee, todo, debe ofrendarlo a la causa común de la *caudillería andante* de que habla Lucas Ayarragaray. Esto da a la acción del caudillo un tono real de intensidad, distingue sus actos con un sello humano y un acento de pasión. Además de entregarse por

entero, el caudillo debe guardar consecuencia, no evadirse de sus compromisos; debe permanecer indisolublemente unido al destino de la tierra en la que vive, lucha y trabaja; atento y vigilante a la posesión de esa tierra y a la tranquilidad que en ella debe reinar. En el ejercicio de su misión militar, social y política, nuestros caudillos rara vez se apartaron del escenario rural.

En América el caudillismo fue la expresión primitiva y elemental de la voluntad popular. Las circunstancias que concurrieron para determinar su advenimiento y supervivencia, fueron comunes a las distintas regiones, pero cada uno de los caudillos reflejó, en su vida, las características de la época, del medio geográfico en que surgió y de su estado social.

II

En el Río de la Plata, Hernandarias prefigura el tipo de caudillo americano. La hazaña de la reconquista en 1806 y 1807, proyectó la figura de Liniers en el primer plano de la admiración popular. Prego de Oliver inicia su poema sobre la reconquista de Buenos Aires, con estas expresiones: "Al ínclito varón, al fiel caudillo". En los albores del siglo XIX, la exteriorización de anhelos y aspiraciones en los distintos núcleos económicos y sociales de la Banda Oriental dio lugar a que se perfilara tímidamente el tipo del caudillo. En 1808 cuando el puerto de Montevideo

en lucha con Buenos Aires aspiró el dominio mercantil del Río de la Plata, erigió al gobernador Francisco Javier de Elío en su caudillo. Es el caudillo de una clase, de una aspiración portuaria. Al oponerse a la posible remoción de Elío de su cargo de gobernador, el Cabildo de Montevideo expresó: "El vecindario no necesita otra cosa para no volver a ser sorprendido, solo desea un caudillo como V.E. para rendir con gusto sus vidas al mismo fin". El Dr. Mateo Magariños Ballinas al hacer la defensa de la junta montevideana de 1808 y exaltar las virtudes del gobernador Elío que la había sostenido, afirmaba que concurrían en él aquellas calidades de "esfuerzo, maestría y seso", que Alfonso el Sabio distinguía como características del caudillo.

Poco después de iniciada la revolución, el gobernador de Montevideo Gaspar Vigodet, en proclama extendida el 19 de octubre de 1810 al asumir sus funciones, con ánimo de ganar la voluntad de los pueblos que comenzaban a definir su personalidad, les dice: "Aquí me tenéis. Yo seré vuestro caudillo, un amigo, un compañero y no un superior". La revolución puso en libertad energías vitales contenidas en el seno de una sociedad embrionaria y de una naturaleza pródiga. El caudillo de masas, llamado a sublevar pueblos y a comandar ejércitos, a unificar esas energías y sentimientos, apareció en nuestra historia con todos sus atributos, el día en que Artigas fue proclamado Jefe de los Orientales "para el orden militar que necesitábamos", valga la expresión de la época. El día en que fue ratificado el tratado de

pacificación suscrito entre el gobernador Elío y las autoridades de Buenos Aires, el pueblo oriental librado a su destino por obra de esas estipulaciones, celebró el pacto de su organización social y se lanzó a la aventura del Exodo conducido por Artigas.

Desde el momento de su elevación al primer plano de la lucha para darle a la revolución del Río de la Plata un carácter popular y un contenido social y político, se cierne sobre Artigas el juicio de una temprana "leyenda negra": se le pinta como un rebelde, rodeado de indios, de gauchos y de gente perdida, para sembrar la anarquía. La clase dirigente, que había entrado a la revolución considerándose heredera de derechos provenientes del viejo régimen sobre el destino de los pueblos, decretó el desprestigio de Artigas desde 1812. El envolvía también el desprestigio de la revolución popular y democrática, el juicio condenatorio sobre la persona del caudillo, su descalificación política y moral. El Bando expedido contra Artigas por el Director Gervasio A. Posadas el 11 de febrero de 1814 y el panfleto de Pedro Feliciano Cavia auspiciado por el Director Juan Martín de Pueyrredón en 1818, señalan las etapas de esa propaganda con la que se intentó formar una conciencia intelectual contra Artigas y su sistema.

En 1815 cuando Bartolomé Hidalgo en sus *Octavas Orientales* evoca los sacrificios del pueblo en los días del Exodo, dice: "Su caudillo lo guía animoso". La voz caudillo está aplicada aquí en su acepción tradicional. Pero ya en esa época se la usaba con intención peyorativa cuando se quería distinguir con

ella al jefe de un movimiento popular. La reacción española, los propios dirigentes directorialistas y el unitarismo que recogió su ideario después de 1820, difundieron la expresión caudillo y caudillismo con un sentido condenatorio. *El Tribuno,* dirigido por Manuel Dorrego, "leader" del partido federal, recordó en 1827, que la voz caudillo, de acuerdo al diccionario, se aplicaba al que "como cabeza superior guía y manda la gente de la guerra". Pero luego pasó a ser "indicante despreciativo, con el que se denominaron a los que acaudillan gente en las *revueltas de la tierra,* en las convulsiones y sacudimientos de los pueblos". "En la lucha con la América, han usado los españoles, con preferencia la voz *caudillo,* y también la de *cabecilla,* cuando han hecho alusión a nuestros jefes y generales. Cualquiera conocerá —agrega— que no ha sido para honrarlos, el que los hayan denominado así". "Aun a los capitanes de bandidos y salteadores se les suele dar a conocer por esa denominación". Data de esta época la interpretación simplista y artificial que pretendió definir la lucha entre las dos corrientes antagónicas en que se dividió la revolución del Río de la Plata, en un pleito entre la civilización y la barbarie. La desfama del caudillismo se asocia ya en 1827 a ese concepto que Sarmiento difundiría en 1845. El 23 de febrero de 1827, el *Mensagero Argentino,* intérprete del unitarismo rivadaviano, se dirigió a la opinión pública para que reparara en "que todos los pasos, la tendencia, y el modo de obrar de los caudillos, autores y sostenedores de la guerra civil, manifiestan que esta guerra es del pobre contra

el rico, de la barbarie contra la civilización, de la ignorancia contra las luces".

¿Cuáles son las manifestaciones del caudillismo que provocan el rechazo y la condenación de la clase culta? Resumámoslas: el acentuado carácter regionalista que distingue sus demandas; la tendencia foralista de los principios que enuncia cuando desconoce a las pretendidas autoridades nacionales, que para conservar el poder formal deben pactar con el caudillo, depositario del poder real, ejercido como comandante de la campaña; la inclinación a nivelar todas las clases y a apoyarse y muchas veces asimilarse a los hábitos de los elementos populares y a promover con ellos el desplazamiento masivo de las poblaciones. El caudillo no auspicia los excesos a que conduce el aprendizaje de la libertad. Pero tiene que disimularlos, a veces es tolerante con quien los comete y trata de corregirlos. Las masas populares que protagonizaron la revolución, pedían al caudillo: tutela para sus derechos, garantías para su libertad, protección en la guerra, asistencia en la vida. Esa asistencia importaba la atención a sus necesidades materiales y a su anhelo por elevarse de condición. Las masas populares identificaban la patria con la tierra que habían contribuido a libertar. Los caudillos, Artigas el primero, ligados al destino de la región y a la suerte de los hombres que la habitaban, dispusieron de esa tierra para arraigar en ella a los paisanos sueltos y sacar a nuestra sociedad de su estado embrionario. La tendencia de los caudillos a apoyarse en los núcleos populares, a tolerar algunos de sus

desvíos, a conferir grados militares y función política a hombres formados en su seno, a convertirlos en propietarios de tierras de las que antes habían sido desalojados por intrusos, a transformar las regiones en provincias y a defender con firmeza su individualidad militar y política, tenía que provocar la reacción de la clase ilustrada, de los comerciantes y propietarios radicados en las ciudades, centro tradicional de la autoridad que vio con asombro cómo la revolución venía a trastocar todo un orden de cosas y a adquirir proyecciones anárquicas para los que creían que un movimiento revolucionario podía ser compatible con la conservación de los moldes tradicionales de la sociedad colonial.

Desaparecido Artigas de la escena, cuando asomó en 1822 y 1823 en el territorio del Uruguay la posibilidad de que resurgiera el poder del caudillismo, la clase doctoral, alarmada, se apresuró a hacer el proceso del sistema. La pluma de Santiago Vázquez mostró entonces toda su eficacia al enjuiciar la época de Artigas. El propio Vázquez volvió en 1826 a ejercitar sus dotes, al describir con tintes sombríos la personalidad de Rivera, perseguido por el gobierno de Buenos Aires. Los constituyentes de 1830, que habían sido antiartiguistas, y por consecuencia, cisplatinos aportuguesados y abrasilerados o aporteñados rivadavianos, quisieron en vano cerrar el paso al caudillismo representado por Lavalleja y Rivera. Cuando éste llegó al poder, flexible y captador de voluntades como era, obtuvo el concurso de "los doctores" sin perjuicio de buscar la amistad con Rosas, a quien

en 1828 un dirigente unitario, el Dr. Juan Andrés Ferrara, había calificado de "el Artigas porteño". Fructuoso Rivera fue el caudillo que hizo mayores concesiones a la clase doctoral la que, a su vez, desde 1836, apoyó su acción revolucionaria porque convenía a los planes de la lucha contra Rosas, cuyo régimen de autoridad Santiago Vázquez fue uno de los primeros en condenar. En las columnas de *El Independiente,* en noviembre de 1835, había censurado la dictadura de Rosas, contraria a la tradición del "pueblo más libre de América". "Si no se hubiera asesinado al General Quiroga, tal vez el poder dictatorial no existiere", expresó en comentarios.

* * *

Después del triunfo de la revolución contra el Presidente Oribe que adelantándose a la época quiso organizar el Estado, dueño del poder al que llegó con el respaldo de fuerzas populares, la adhesión de los unitarios, la ayuda de los Farrapos y el apoyo de la escuadra francesa, Rivera publicó varios manifiestos en los que se enunciaron conceptos políticos contrarios a la influencia del personalismo. Resulta claro que la clase doctoral que le escoltaba cuando entró en Montevideo, en el momento afortunado de la victoria, quiso erigirlo en el conductor de los ejércitos llamados a iniciar la cruzada en defensa del liberalismo político. El 11 de noviembre de 1838 al entrar en Montevideo, en una *Declaración* redactada por Santiago Vázquez, Rivera expresó: "Es tiempo ya, de aprovechar las lecciones de la experiencia; de

buscar el remedio de tanto mal; y resolver el gran problema de que dependen la tranquilidad y la entidad de los Estados Americanos; *sustituir el imperio de las cosas, a la influencia de las personas; conquistar la estabilidad*".

Con actitudes bien definidas, Rivera desautorizó en los hechos éstas y otras manifestaciones similares que incluían un juicio contra el caudillismo. En la guerra contra Rosas, en 1839, no quiso entenderse con Lavalle y dejó a éste librado a su destino, actitud que le ganó para siempre la animosidad y el juicio adverso de la emigración unitaria que le había prodigado sus zalemas. El del propio Andrés Lamas que poco antes le había dedicado un poema. Tampoco quiso entenderse en 1842 con el Gral. Paz y afrontó solo el desastre en Arroyo Grande, a raíz del cual comenzó la declinación de su prestigio militar y de su poder político. La derrota de India Muerta, ocurrida el 27 de marzo de 1845, lo obligó a abandonar el territorio nacional. La forzada emigración al Brasil se transformó en destierro y en internación en Río de Janeiro. Salvo contadas excepciones, la clase doctoral de la Defensa de Montevideo, formada por orientales y unitarios argentinos, se juramentó para aniquilar la influencia de Rivera e imponer su desfama. Fue en estos momentos cuando se definió la guerra del Río de la Plata como un choque entre la civilización y la barbarie, cuando la montonera y el caudillo aparecieron en la literatura como manifestaciones regresivas, cuando la propaganda doctrinaria contra el régimen de Rosas centró su eficacia en la condenación

del caudillismo, simbolizado por Sarmiento en la persona de Facundo Quiroga, cuando culminó el propósito de identificar la tradición de Mayo con el ideal de la libertad y de la regeneración social.

III

Días antes de la instalación del Instituto Histórico Nacional, en 1844, Andrés Lamas había resuelto encomendar a Esteban Echeverría la redacción de una obra destinada a formar la conciencia democrática de los escolares. Se acordó que en la sesión pública a realizarse, Lamas daría noticia de ello. A Echeverría le halagó el encargo oficial y le sedujo la idea de anticipar sus opiniones sobre un aspecto que tan de cerca tocaba su sensibilidad; "quizá sería oportuno —escribió Lamas— que yo hablase e hiciese sentir al auditorio la trascendencia inmensa del pensamiento que V.S. se propone realizar, y que al aceptar yo la honrosa participación que V.S. ha querido darme en ese trabajo, deseamos entrambos servir la causa del Pueblo y de la Democracia por la cual lucha heroicamente la República".

En su discurso de apertura del acto que tuvo lugar el 25 de mayo de 1844, Lamas hizo el anuncio. "Como el homenaje más puro que se puede consagrar a Mayo —manifestó— el gobierno ha querido en este día dar un paso en la nueva vida encomendando la redacción de un libro para nuestras escuelas al distinguido literato Don Esteban Echeverría"; "él

—agregó— os dará a conocer la naturaleza de este libro". Echeverría creía que el destino del movimiento emancipador de 1810, la regeneración de los países del Río de la Plata, dependía de la educación popular.

En el discurso que escribió para leer en la sesión inaugural del Instituto Histórico, anticipó las ideas que se proponía desarrollar en su obra. Para Echeverría, el movimiento de 1810 se había propuesto la emancipación política y la organización de la sociedad sobre principios democráticos. La guerra civil y la anarquía extraviaron a su juicio el destino de la revolución, alejándola de los ideales de la hora inicial. De ello había resultado el entronizamiento del principio colonial retrógrado y contrarrevolucionario. El pueblo no había sido educado para la democracia. "Se extravió —dice Echeverría— porque era ignorante, y era ignorante porque no lo educaron para la nueva vida social inaugurada en mayo"; "es preciso empezar —decía— por la educación del pueblo". La diversidad de métodos y doctrinas, los inconvenientes de la enseñanza libre fomentada por la incuria de los gobiernos, habían originado la anarquía y el confusionismo. Era necesario reaccionar subordinando la vida y la orientación de la escuela a los principios de la educación democrática. Ese debía ser el programa a desarrollar por los dos países que tenían un mismo destino histórico. Ratificaba esta idea, expresando: "los que digan que la revolución Argentina y la Oriental son distintas, y tienen intereses opuestos porque un río las separa, se engañan o pretenden engañarnos. Ambas revoluciones son una, solidaria:

ambas son hermanas gemelas nacidas de las entrañas de la revolución de Mayo".

Este discurso no llegó a ser leído en el acto para el cual fue escrito. "Mi discurso —escribió Echeverría a Gutiérrez—, estaba calculado como para conmover al pueblo". Pero su autor no lo leyó porque en el teatro, valga su expresión, lo "entibiaron". Lo publicó un año después, en junio de 1845, en un opúsculo titulado *Mayo y la enseñanza popular en el Plata.* Poco antes, Andrés Lamas había iniciado en *El Nacional* la serie de sus *Apuntes históricos,* en los cuales expuso conceptos coincidentes con los enunciados por Echeverría. Este, que estaba muy orgulloso y convencido de su acierto interpretativo, reclamó la paternidad de las ideas, en la nota con que acompañó la publicación del discurso: "Nadie podrá legítimamente disputarnos la prioridad de esta teoría, único fundamento racional de criterio histórico para nosotros. Con mucho gusto la hemos visto reproducida en los interesantísimos *Apuntes* que publica *El Nacional* —obra tan bien pensada como escrita".

Es evidente que Lamas desarrolló en forma más orgánica la tesis expuesta en su discurso por Echeverría. La revolución, en el concepto de Lamas, no había sido obra de las masas. (Muy lejos se estaba aún de apreciar en su cabal significado la influencia del caudillismo rioplatense). A su modo de ver, había sido concebida tan solo por unos pocos hombres esforzados que tuvieron el privilegio de conocer las grandes cosas que se realizaban en el mundo. Esos dirigentes no pudieron proclamar abiertamente sus

elevados propósitos; siguieron invocando el nombre del monarca que querían derribar, al tiempo que, por la gravitación de los hechos, se destruían los vínculos que nos ligaban con la metrópoli. Al romper el aislamiento, la revolución puso en contacto a estos pueblos con las nuevas ideas y las corrientes seductoras, al mismo tiempo que el prestigio del trono se desvanecía, "que se discutían sus títulos, que la púrpura se veía escarnecida".

Las ideas filosóficas del siglo XVIII —opina Lamas— sacudieron los cimientos de la sociedad del Río de la Plata sin preparación para asimilarlas. La revolución apeló al único medio de propaganda a su alcance, a la fuerza. Para ello se hizo militante y conquistadora e impuso la independencia. La ausencia de teorías sociales, la exagerada aplicación de los principios, abrieron campo a las ambiciones personales y al predominio de quienes se hallaban rodeados de la fuerza material. Surgieron así los partidos desde los días iniciales de la revolución. La independencia se logró sin que se hubiera alcanzado la organización por la falta de madurez política y de ideas uniformes; el choque entre los doctrinarios y quienes detentaban la fuerza, precipitó a los pueblos en la guerra civil que tuvo así un carácter social. "De ahí pues —explica Lamas— la continuación de la guerra civil, continuación tristísima pero que hemos juzgado inevitable".

"Conocidos estos orígenes —agrega— nos parece que ellos desmienten por entero las ofensivas apreciaciones que se han hecho del carácter de estos pue-

blos". Al interpretar las guerras civiles del Río de la Plata, Lamas expresó, de acuerdo con Echeverría: "En estas guerras han intervenido las tendencias enemigas que coexistían en el seno de nuestras sociedades —la tendencia absolutista y retrógrada, emanación de las tradiciones seculares de la colonia, y la tendencia democrática y progresiva de la revolución".

Estas ideas expuestas por Lamas en los Apuntes, que en 1849 serían recogidos en el libro titulado *Apuntes Históricos sobre las Agresiones del Dictador Argentino D. Juan Manuel de Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay,* coincidían en lo esencial con la concepción histórica desarrollada por Sarmiento en *Facundo,* tremendo alegato contra el caudillismo rural opuesto al orden y a la civilización, cuya publicación en el folletín de *El Nacional* inicióse el 3 de setiembre de 1845. "Había antes de 1810, en la República Argentina —escribe Sarmiento— dos sociedades distintas, rivales e incompatibles; dos civilizaciones diversas, la una española, europea, culta, y la otra bárbara, americana, casi indígena; y la revolución de las ciudades solo iba a servir de causa, para que estas dos maneras distintas de ser de un pueblo se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen y después de largos años de lucha la una absorbiese a la otra".

El alejamiento de Rivera derrotado en India Muerta pocos meses antes, dejó libre el campo a los que anhelaban orientar los actos del gobierno de la Defensa con sujeción a estas ideas contrarias al caudillismo, cuyo enjuiciamiento era hecho por los publi-

cistas con el auxilio de escasos conocimientos históricos y convencionales interpretaciones sociológicas al servicio de un fin político. Así para Sarmiento, Rivera no era otra cosa que "un simple baquiano que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay".

Sarmiento describe el choque de las fuerzas sociales que dio origen a la montonera acaudillada por Artigas, a quien también presenta con los rasgos que distinguen al baquiano: "Cuando un pueblo entra en revolución, dos intereses opuestos luchan al principio: el revolucionario y el conservador; entre nosotros se han denominado los partidos que los sostenían, patriotas y realistas. Natural es que después del triunfo, el partido vencedor se subdivida en fracciones de moderados y exaltados; los unos que quieran llevar la revolución en todas sus consecuencias, los otros que quieran mantenerla en ciertos límites. También es del carácter de las revoluciones, que el partido vencido primeramente vuelva a reorganizarse y triunfar a merced de la división de los vencedores. Pero, cuando en una revolución, una de las fuerzas llamadas en su auxilio, se desprende inmediatamente, forma una tercera entidad, se muestra indiferentemente hostil a unos y otros combatientes, a realistas y patriotas; esta fuerza que se separa, es heterogénea; la sociedad que la encierra no ha conocido hasta entonces su existencia, y la revolución solo ha servido para que se muestre y desenvuelva".

"Este era el elemento que el célebre Artigas ponía en movimiento; instrumento ciego, pero lleno de vida,

de instintos hostiles a la civilización europea y a toda organización regular, adverso a la monarquía como a la república, porque ambas venían de la ciudad, y traían aparejado un orden y la consagración de la autoridad. ¡De este instrumento se sirvieron los partidos diversos de las ciudades cultas, y principalmente el menos revolucionario, hasta que, andando el tiempo, los mismos que lo llamaron en su auxilio, sucumbieron, y con ellos la ciudad, sus ideas, su literatura, sus colegios, sus tribunales, su civilización!".

A este conjunto de intérpretes, Lamas, Echeverría, Sarmiento, se sumó Mitre, aplicado desde 1841 al estudio del caudillismo. En el artículo sobre *La Montonera y la Guerra Regular* que publicó en *La Nueva Era,* el 11 de febrero de 1846, presentó a Artigas como el siniestro fundador del sistema. "Artigas fue el primero en su género y de él data una nueva época del *caudillaje*" ..."ídolo de la multitud ignorante, cuyos vagos deseos de independencia venían a concretarse en su persona, lo que daba por resultado el cacicazgo, tal cual lo ejercían las tribus a que había reemplazado. Esta escuela ha tenido sus sectarios y lo extraño es que nacida en la campaña, ha llegado a ramificarse y dominar en la ciudad donde ha encontrado fanáticos que predican la ventaja de vivir bajo el yugo de un amo, dueño de vidas y haciendas, ya despliegue la ferocidad de Rosas, o se revista de algunas formas como Santa Cruz".

El 11 de febrero de 1846, los dirigentes más calificados de Montevideo, imbuidos de estas ideas sobre el carácter de la revolución de 1810 y del caudillismo,

habían fundado la "Sociedad Nacional", de la que fue elegido presidente Santiago Vázquez, nacida para respaldar una política de principios, enunciada en su programa, cuya cláusula sexta expresaba: "Echar las bases de la organización futura del país, fundándola en todas sus partes en los principios y en las instituciones, y por consiguiente en el aniquilamiento total de toda influencia personal ilegítima o de caudillaje". Propósitos éstos que se vieron frustrados el día en que Rivera, después de vencer todos los obstáculos que le opuso el gobierno y la "Sociedad Nacional", logró desembarcar en Montevideo por las vías revolucionarias y recuperó el cargo de jefe del ejército en campaña. Pocos meses antes, había dicho a Sarmiento en Río de Janeiro: "Montevideo no puede tratar; si no se trata conmigo todo lo que se haga es nulo. Yo soy Montevideo, yo soy todo, ¡la verdad!".

El éxito no acompañó a Rivera en la nueva campaña militar que emprendió. El ingreso del Dr. Manuel Herrera y Obes al Ministerio de Gobierno selló su destino. Sitiado en Maldonado por las fuerzas oribistas comandadas por los coroneles Ramos y Acuña, cedió al impulso que lo animaba desde 1839 y propuso al gobierno del Cerrito por intermedio de aquellos Jefes, bases para un entendimiento pacífico con el Gral. Oribe.

El gobierno de la Defensa apreció severamente esta actitud, lo separó del cargo militar y decretó su destierro el 3 de octubre de 1847. Una medida de esta naturaleza tenía que conmover la opinión. Al publicar los documentos oficiales referentes a la des-

titución y destierro del caudillo, Herrera y Obes los precedió de una explicación en la que anticipó ya, las ideas que desarrollaría poco después: "Acostumbrado a gobernar desde la campaña. Lejos del contacto de la parte más civilizada de la población"... "El general Rivera es el que, de público y notorio, ha mandado siempre en la campaña como amo absoluto y jamás ha permitido que allí las propiedades ni las personas, tengan garantías de ninguna especie contra sus voluntades"...

Opinión concordante con la de Herrera y Obes fue vertida por César Díaz en el seno de la Asamblea de Notables, con acritud y apasionamiento que lindan con la diatriba, el 18 de diciembre de 1847. Pero, a juicio de Herrera y Obes, el destierro de un caudillo por el gobierno de una ciudad sitiada hacía cuatro años, requería algo más que explicaciones oficiales. Era un hecho sociológico que reclamaba un análisis más profundo. Fue lo que intentó hacer desde las columnas de *El Conservador* en las que el 20 de noviembre de 1847 inició la publicación de su ensayo *Estudios sobre la situación.*

IV

Para Herrera y Obes, Rivera, Lavalleja, Oribe, Rosas, eran expresión de la época y de la sociedad en que actuaban. Desaparecerían al transformarse esa sociedad. El caudillismo que encarnaban, tenía sus raíces en el pasado. Fueron entronizados por el triunfo

militar de la revolución que condujo a los pueblos a la independencia política pero que no alcanzó a conquistar la independencia social, a la que se había referido Lamas en 1838. El movimiento emancipador dividió a América en diferentes estados, pero la sociedad americana era una sola, estaba formada por un solo pueblo, en el que distingue dos elementos: el reaccionario que proviene del desierto y prolonga las costumbres tradicionales, y el renovador que tiene su asiento en las ciudades. La reacción sostenida por las masas incultas y la revolución impulsada por la clase ilustrada, con el nombre de partidos políticos se trabaron en lucha. Los caudillos personificaron los sentimientos de las masas incultas organizadas para la guerra, en tanto que la clase civilizada, que es la suma de todas las inteligencias, no podía ser representada por un hombre.

Esas dos tendencias estaban separadas por las murallas de Montevideo. El gobierno del Cerrito encarnaba el espíritu de la contrarrevolución, de la tiranía y la barbarie. El gobierno de Montevideo prolongaba el ideal de la revolución americana adoptando los principios avanzados que en aquella hora le ofrecía Europa. Por eso no tenía Jefe. La ciudad de Montevideo había realizado grandes esfuerzos en favor de la revolución social, que sustituiría el predominio del sable por el progreso de las ideas. Hasta la iniciación del asedio, después de la derrota de Arroyo Grande, el comandante de la campaña había regido el destino del país e impuesto su ley a la ciudad. Desde 1843, en que ésta se armó y organizó para

3

detener al ejército de Oribe, para dar garantías a la inteligencia frente al poder de los caudillos, adquirió una fuerza moral que la rodeó de autoridad y de prestigio ante el pueblo. Esa autoridad era la que le había permitido desterrar a Rivera, incompatible con el orden y enemigo de la civilización europea y liberar al país de los males del caudillismo que se remontaban a los días de la revolución. Herrera y Obes echaba de menos un factor que había precipitado la anulación de la influencia personal de Rivera: las derrotas militares sufridas por el caudillo en Arroyo Grande, India Muerta, y la desastrosa campaña realizada después de su regreso en 1846. Episodios que habían permitido al gobierno de Montevideo alejar a Rivera del país, aniquilado el poder personal del caudillo, pero que no alcanzaban para suprimir los factores sociales que había engendrado la influencia del caudillismo como sistema.

Esos factores imponderables son los que gravitan en la subconciencia del propio Herrera y Obes cuando intenta explicar el fenómeno del caudillismo y bosqueja la semblanza de Rivera, con rasgos que denuncian la fuerza seductora que el personaje ejerció en el medio rural y aun en la mentalidad de los hombres cultos. Para alcanzar el rango de caudillo, se necesitaba, según Herrera y Obes, un corazón bien templado, un carácter audaz, y los hábitos, las condiciones y las tendencias del gaucho. "A la ausencia de alguno de estos elementos ya no se podrá concebir la idea del caudillo de América". Herrera y Obes describe cómo se forma la personalidad del caudillo represen-

tante de las masas populares de América, cómo se asienta su prestigio, cómo nace la fábula que aureola su nombre, cómo impone su voluntad a los demás y se traba en lucha contra la clase culta que resiste su predominio. En estas páginas, escritas para justificar el destierro del caudillo, la figura de Rivera se recorta con rasgos que acuerdan a su personalidad un rico contenido humano que necesariamente debía proyectarse como una fuerza dominante en el seno de una sociedad embrionaria.

"Id, y preguntad —escribe Herrera y Obes— desde Canelones hasta Tacuarembó quién es el mejor jinete de la República, quién el mejor baqueano, quién el de más sangre fría en la pelea, quién el mejor amigo de los paisanos, quién el más generoso de todos, quién en fin el mejor patriota, a su modo de entender la patria, y os responderán todos, el General Rivera".

"Su reputación tradicional, que sirve de fábula a los niños y de historia a los viejos, no podía haber sido adquirida sino con una larga serie de servicios que estuviesen en armonía con el pensamiento de la campaña, de la campaña su partido, su patria, su familia, su casa. Allí donde al vuelo de su caballo, él levantaba con las nubes de polvo, las nubes de hombres que se precipitaban a seguirlo. Allí hasta donde el pasto de la tierra parecía conocerlo, y adquirir condiciones propias para darle brújula entre la oscuridad de la noche; donde los ríos parecían esclavos de su mirada y levantaban las arenas de su fondo para dar paso a su caballo. Allí en fin donde toda

la naturaleza, como todos los hombres, parecía sometida a la influencia mágica del caudillo".

Pero no obstante todo esto, Herrera y Obes sostenía que el caudillo era un elemento disolvente en el proceso de la organización social. El extrañamiento del caudillo alejaba del medio a un agente de la anarquía y de la guerra civil, de las que había sido presa el pueblo al salir de la ignorancia española. "Solo el amor al orden y al trabajo, la educación industrial, la asociación con el europeo, puede mejorar la condición de nuestro pueblo", apunta Herrera y Obes.

Bernardo P. Berro, en su réplica, reduce a cuatro proposiciones la tesis sustentada por Herrera y Obes en las columnas de *El Conservador:* 1°) la guerra civil que ensangrienta a la América hispánica es producida por el choque entre las ciudades, que representan el ideal renovador de la revolución, y el campo en el que se ha refugiado el espíritu de la reacción colonial; 2°) esos elementos —civilización y barbarie— son los que mantienen encendida la lucha en el Uruguay; 3°) el destierro de Rivera era un triunfo de la civilización; 4°) solo los valores de la cultura europea podían ayudarnos a salvar la etapa de nuestra regeneración social.

En la segunda proposición, se reitera la ficción favorita de los escritores unitarios: civilización y barbarie. Berro la refuta en la última parte de su escrito y en varios pasajes del mismo. Las contiendas civiles hispanoamericanas no han respondido a un choque entre la civilización y la barbarie, dice Berro. La ciudad y la campaña no se enfrentaron siempre como dos

fuerzas regimentadas y sistemáticamente antagónicas, desde que en América la división de clases era menos profunda que en Europa y las luchas respondieron a intereses personales, de localidad y de círculo. La relación e intercambio entre los hombres del campo y los de la ciudad fue entre nosotros muy intensa. En una familia hay hombres de una y otra clase y es común que un mismo individuo participe de las actividades que se desarrollan en uno y otro ambiente. Todas las fracciones en lucha formularon sus programas con sujeción a las mismas ideas republicanas y liberales; discreparon y se separaron, en los medios. Las revoluciones, por lo general, han tenido origen en las ciudades, cuyos habitantes eran más dados a la política; producida la revuelta, los campesinos y los hombres de la ciudad se mezclaron en el choque de las facciones. La población campesina en el Uruguay, observa Berro, que había vivido en el medio rural, está decididamente impulsada hacia la civilización. En prueba de ello, señala los progresos de orden moral y material que se han operado, la forma cómo se subdividió la propiedad y se repartió entre vagos, intrusos y holgazanes; cómo la indolencia cedió paso a la ambición por elevarse, y los propietarios con su fortuna, modificaron sus hábitos y condiciones de vida. Concluye Berro: "No creemos que haya pueblo ninguno que haya hecho progresos más rápidos en igual tiempo que nuestra campaña. En ella el impulso de la civilización es vigoroso, y de aquellos que no pueden detenerse". Los excesos atribuidos con exageración a los hombres de la campaña

en las guerras en que han participado no son índice de la barbarie de un pueblo. Los cometidos en la época del terror, no son exponentes del grado de civilización que entonces hubiera alcanzado Francia. Opina Berro que la idea exagerada que algunos han formado del estado social e intelectual de Europa, rebaja ante sus ojos a América. Con cifras tomadas de J. C. Leonardo Sismonde de Sismondi, demuestra hasta qué punto la población de París debe relegar el cultivo de la inteligencia por imperio de las necesidades materiales. El desarrollo material y espiritual de nuestra campaña la aleja cada vez más de la sociedad colonial, transformada por la revolución. Esta persiguió dos objetivos la independencia y la formación de una sociedad libre y republicana Los doctrinarios del unitarismo, dice Berro, quieren privar a la mayoría del pueblo de la intervención política, restaurar la aristocracia colonial, elevar una ínfima minoría sobre la mayoría nacional y propiciar un retorno a Europa.

La guerra que enfrenta a las fuerzas de Montevideo con las del Cerrito, no tiene pues origen —expresa Berro— en el antagonismo entre la civilización y la barbarie. Surgió del choque producido en 1836 entre los defensores del orden legal y la revolución, conducidos respectivamente por Oribe, un caballero distinguido por la nobleza de su cuna, y por el caudillo Rivera, al que se unieron los doctrinarios del unitarismo que habían combatido al sistema federal acusado de pretender "entronizar el gauchismo". Con la llegada del Gral. Manuel Oribe al Cerrito, se

incorporaron al sitio los hombres más ilustrados y las familias de mayor arraigo en el país; el gobierno adversario conservaba la plaza de Montevideo y otras ciudades marítimas no porque en ellas se encontrara el elemento civilizador sino por el respaldo que le prestaban las fuerzas europeas. Montevideo, —agrega Berro— no representa, en la resistencia a Oribe y en su política dirigida a anular la influencia de Rivera, "la gran cuestión de la sociedad americana", como entendía Herrera y Obes. "¿Pero qué ciudad es ésa? —agrega— es la ciudad de América, es la ciudad oriental? No: es la ciudad de los europeos; es la ciudad abandonada de sus vecinos, la ciudad de Thiebaut y Garibaldi".

El destierro de Rivera no era a juicio de Berro un triunfo de la civilización sino el de sus ocasionales adversarios. Los ciudadanos que en 1836 rodearon al presidente Oribe, lo hicieron para combatir a Rivera porque éste se había levantado contra los principios del orden, no porque fuera enemigo de la civilización. Recuerda Berro que Rivera nunca se había opuesto al progreso de las ideas civilizadoras como lo evidencian los manifiestos de 11 de noviembre de 1838 y 24 de febrero de 1839. Se contrae luego Berro, a contestar el último aserto de Herrera y Obes concretado en estas palabras: "que habiéndonos venido de la América todo lo malo, y de Europa todo lo bueno, a ésta hemos de ocurrir por el bien que aquélla no nos puede dar".

Herrera y Obes, en la opinión de Berro, confunde la comunicación social con el roce político. Un pueblo

con mayor grado de civilización puede proyectar su influencia benéfica en otros con los que se comunica, pero éstos deben precaverse de sus móviles ulteriores, de sus procedimientos arbitrarios y de sus ambiciones políticas. "No nos quejamos —dice Berro—, de la comunicación franca y extensa que tenemos con las sociedades europeas ni hemos creído nunca que de ellas nos vengan más perjuicios que beneficios". Reprobamos —agrega— la dureza con que Europa trata a los gobiernos de los países de América, el desprecio que hace de sus derechos apoyada en la fuerza e invocando la civilización. En la lucha por la independencia, los pueblos de América quedaron librados a su destino; cuando Europa se relacionó con ellos lo hizo en busca de ventajas. Las dos naciones que mayores simpatías exteriorizaron hacia los países recién constituidos, fueron después las primeras en amenazarlos con sus cañones y en atropellar su soberanía. La civilización de Europa y la de América es una misma: la civilización cristiano-romana combinada con la germana... No hay principio importante de la civilización europea que no esté contenido en las sociedades modernas de América. Para progresar América debe buscar dentro de sí, en sus propios elementos, lo que necesita. Prescindir en absoluto de los elementos y de los valores peculiares de nuestra sociedad para sustituirlos por otros de origen europeo, entrañaría un designio contra la nacionalidad, y un error gravísimo.

Tal el resumen de las ideas sobre el caudillismo, la revolución emancipadora y la guerra en la que

se debatían los pueblos del Río de la Plata, vertidas por los ministros de los gobiernos de la Defensa y el Cerrito enfrentados en la lucha; testimonio valioso, legado por actores, que al carácter de protagonistas sumaron el de observadores sagaces e intérpretes de un accidentado proceso histórico en el que ambos fueron calificados exponentes de la inteligencia y de la clase culta.

Herrera y Obes se adhirió a la explicación del fenómeno social y político dada por Echeverría y Lamas y por Sarmiento en su cautivante *Facundo.* Alejandro Magariños Cervantes recogió también y divulgó esta interpretación que ganó todos los espíritus cultos, en los artículos publicados en *El Orden* de Madrid en 1852. Ya lo hemos comentado en el prólogo a los *Estudios Históricos, Políticos y Sociales sobre el Río de la Plata,* reeditado en el volumen 35 de la *Biblioteca Artigas.*

V

En la oposición al caudillismo, los dirigentes y publicistas del Río de la Plata, no acertaron a descubrir el carácter del movimiento revolucionario. En 1847, la *montonera* era considerada como expresión de la anarquía, las multitudes como fuerzas regresivas, los caudillos que las habían sublevado y conducido a la guerra, como prolongaciones del sistema colonial.

El caudillismo era todavía un motivo político militante; no podía ser encarado con la objetividad que

reclama el estudio de un tema histórico. Las exigencias de la lucha conducían a identificar erróneamente las masas populares con la barbarie, a ésta con el caudillismo y a ambas con la dictadura de Rosas, originada por la anarquía, de la que no fueron responsables exclusivos los caudillos. La autocracia de Rosas no tuvo nada que ver con la influencia o el poder que ejercieron los caudillos populares. Hoy podemos afirmar que no existió un país civilizado y un país bárbaro, ni un sector de la sociedad con el monopolio de la libertad y de los derechos del hombre, frente a otro al que se hace aparecer sometido hasta la abyección a la voluntad del poder absoluto. La verdad es que las tendencias antagónicas tuvieron un origen común y se manifestaron en el seno de una misma sociedad. En el período revolucionario esas tendencias estuvieron representadas por la clase ilustrada, la oligarquía radicada por lo común en las ciudades, formada por un patriciado altivo y reacio a aceptar los cambios sociales y políticos impuestos por la revolución, núcleo proclive a la monarquía y a las tortuosas soluciones diplomáticas, a las que apeló para conservar el poder que el caudillismo le disputaba y que no le había sido conferido por la voluntad colectiva; y en contraposición a esta clase, el pueblo inculto y tumultuario, orientado por el caudillo, expresión instintiva de una fuerza vital, la *gauchocracia* si se quiere, pero identificada con la tierra y el ideal de la libertad republicana y representativa en la que debía cimentarse la organización de los nuevos Estados.

Si alguna de esas dos tendencias albergó en su seno resabios del pasado colonial y obstó al triunfo de la revolución, no fue por cierto la tendencia impulsada por las multitudes y sus caudillos, que destruyeron la organización social y política tradicional, echaron los cimientos de la República e interpretaron con sentido paternalista los anhelos populares hasta que pudieron manifestarse por medio del sufragio. Conquista ésta lograda por la educación y la civilización política en otra etapa de la historia de nuestro país, en la que la clase doctoral no se mostró más comprensiva que en 1847 al apreciar el fenómeno del caudillo, identificándolo con el gaucho y con la plebe para responsabilizarlo de la inestabilidad institucional, con sistemático olvido de las reiteradas ocasiones en que esa inestabilidad fue alterada por la intransigencia de la clase doctoral. En 1855, en un Manifiesto en el que exhortaba a sus conciudadanos a la concordia, Andrés Lamas explicó así el desapego de nuestros paisanos por el trabajo: "¿Cómo queréis que trabaje, cómo queréis que le tenga amor al trabajo, el hombre que no es dueño de nada de lo suyo? Los hombres de nuestros campos no son más que pedazos de carne destinados a nutrir esos buitres que llamamos caudillos. Para ellos no hay regla ni protección en las leyes; a toda hora pueden ser arrancados de su hogar y conducidos a vivir esa vida de la *montonera,* verdadera escuela de Vandalaje, verdadera vida nómada.

Si crían una vaca, la vaca no es suya.

Si amansan un caballo, lo amansan para el primer capitanejo que quiere quitárselo".

En la literatura política, el caudillo y el gaucho, al que se confunde con el paisano de nuestra campaña, aparecen desde entonces como los responsables únicos de la guerra civil. Los más calificados propulsores de la educación popular destinada a modificar las condiciones sociales del Río de la Plata, proclaman como necesaria la desaparición y el exterminio del gaucho. "No trate de economizar sangre de gauchos, aconsejó Sarmiento a Mitre el 20 de setiembre de 1861. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos". En el prólogo de sus *Ecos perdidos,* publicado en 1868, José Pedro Varela expresó: "Para que la República del Uruguay sea un émulo digno de los Estados Unidos, solo es necesario que el transcurso de algunos años nos dé por resultado un poco menos de desierto y un poco más de civilización; o más bien, algunos *gauchos* menos y algunos pensadores más. Este libro, pues, en la más alta expresión de las ideas de su autor, sería un saludo a esos pensadores que vienen o una maldición a esos *gauchos* que se van". La educación era considerada un arma eficaz para suprimir ciertos tipos sociales, no para transformarlos o integrarlos a la sociedad. "Con la enseñanza de las masas populares vendría a destruirse ese espíritu de compadrazgo o de caudillaje del que vienen a resultar o a originarse las revoluciones y las revueltas", expresó en la Cámara de Representantes el diputado Amaro Carve el 6 de agosto de 1869.

El militarismo apresuró la extinción del gaucho con sus reformas, con sus arriadas y levas; la Aso-

ciación Rural, con su obra dirigida a hacer rendir económicamente la estancia; el regimiento terminó por reclutarlo. Cuando esto ocurrió, cuando el militarismo creó el poder, el Dr. Pedro Bustamante, encarnación de los ideales principistas, enemigo jurado del caudillismo histórico, escribió la siguiente reflexión, con la que cerramos estos apuntes sobre un tema cuyo análisis proseguiremos al publicar otros testimonios: "El *militarismo,* expresó Bustamante, es entre nosotros, como fue el pretorianismo en Roma, el *sucesor,* no el destructor del caudillaje, porque caudillos fueron Mario, César y el mismo Octavio.

En el caudillo veo todavía algo del ciudadano, y en el elemento civil que sigue sus banderas una mitad del pueblo; en el Jefe de pretorianos y en su cohorte no alcanzo a descubrir ni lo uno ni lo otro. El caudillo se impone y es impuesto a la vez por *su pueblo;* el jefe de pretorianos se impone, como el conquistador extranjero, por la fuerza de sus *bayonetas.* El caudillaje es la forma de los pueblos que nacen, el militarismo es la forma de los pueblos que mueren o que declinan".

JUAN E. PIVEL DEVOTO.

BERNARDO PRUDENCIO BERRO

Nació en Montevideo el 28 de abril de 1803, hijo de Pedro Francisco de Berro y de Juana Larrañaga. En mayo de 1825 se incorporó a las fuerzas patriotas que sitiaban Montevideo, actuó en el cargo de comisario de guerra hasta noviembre de 1826, en que pasó a ocupar el de oficial 1º de policía. Concluida la guerra contra el Brasil, se hizo cargo de la estancia de Casupá En 1832 regresó a Montevideo e integró la redacción de *"La Diablada"*, opositora al gobierno de Rivera. Partidario de Oribe, intervino como oficial de la guardia nacional en la batalla de Carpintería. En 1836 había contraído enlace con Da. Prájedes Bustamante. En 1837 ingresó a la Cámara de Representantes. Integró la Comisión de Biblioteca y Museo instalada en setiembre de ese año. En 1842 se trasladó a Río de Janeiro, donde residió casi dos años. De regreso al país, pasó al campo sitiador del Cerrito, donde desempeñó los siguientes cargos: juez provisorio de primera instancia en lo Civil, miembro del Tribunal de Apelaciones, representante, y Ministro de Gobierno desde el 27 de noviembre de 1845 hasta la paz de 1851. Colaboró también en *"El Defensor de la Independencia Americana"*. Concluida la guerra representó en el Senado al Departamento de Minas Nombrado Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores el 4 de julio de 1853, acompañó al Presidente Giró durante la crisis política que se inició con el motín del 18 de julio de ese año y que desembocó en la constitución de un gobierno provisorio. Asilado en un buque de guerra, Berro intentó, sin éxito, provocar la reacción de la campaña para sostener al gobierno legal, lo que originó un decreto que autorizaba a quien lo aprendiera a pasarlo por las armas con la sola identificación de su persona. En 1854 promovió la reorganización del Partido Blanco, en cuya oportunidad puso de manifiesto su opinión contraria a la existencia de partidos políticos permanentes y a las divisas tradicionales. Partidario de la fusión entre los orientales, se adhirió en 1855 al "Manifiesto" de Andrés Lamas, publicando *"Ideas de fusión"*. Senador en 1857, fue elegido el 1º de marzo de 1860 Presidente de la República. A pesar de su tolerancia, su gobierno se vio agitado por diversos conflictos de orden interno e internacional El 19 de febrero de 1868 se le dio muerte en la cárcel del cabildo, después del fracaso de la revolución que encabezara. Su cadáver fue vejado.

MANUEL HERRERA Y OBES

Nació en Montevideo el 4 de junio de 1806, hijo de Nicolás Herrera y de Da. Consolación Obes. Cursó sus estudios en esa ciudad y en Buenos Aires, donde se radicó su padre a consecuencia del movimiento revolucionario. Integrante del núcleo principista de la Defensa, desempeñó el cargo de Juez Letrado de Comercio y Hacienda, y formó parte de la Asamblea de Notables instalada en Montevideo en 1846. Fue designado también para integrar el Consejo de Estado creado en la misma oportunidad En 1847 fue nombrado Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, en cuya gestión dio impulso a la política de alianza americanista que hizo posible el desenlace de la Guerra Grande. En agosto de 1851 se le confirió el grado de doctor en Jurisprudencia. Partidario de la política de fusión, tuvo intervención activa en los trabajos electorales posteriores a la paz de 1851. Después del motín del 18 de julio de 1853 ingresó al Ministerio de Hacienda Partidario de sostener al gobierno legal que integraba, fue desterrado por el gobierno que sustituyó al de Giró. En marzo de 1854 ingresó al Tribunal de Justicia Opositor al caudillismo, acompañó la revolución de 28 de agosto de 1855 contra Flores y fue nombrado Ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores del gobierno de Luis Lamas Rector de la Universidad cuya instalación había impulsado en 1849, miembro del Tribunal de Justicia en 1858, ingresó al Senado en 1863. Actuó como mediador en las gestiones preparatorias de la paz del 20 de febrero de 1865, que suscribió Ocupó la presidencia de las Comisiones revisoras de los Códigos de Comercio y Civil, instaladas en 1865 y 1867, respectivamente Llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores por Lorenzo Batlle en 1868, renunció poco después para reingresar al mismo en 1870 ya producida la revolución blanca, del que se alejó a consecuencia del rechazo del acuerdo de paz del 10 de febrero de 1872. Formó parte en 1877 del Consejo Consultivo creado por Latorre para elaborar un proyecto de ley electoral y colaboró con el Gobierno de Santos, que le confió la cartera de Relaciones Exteriores En 1884 la Asamblea General, en premio a los servicios que había prestado a la Defensa de Montevideo, le confirió una pensión vitalicia. En 1887 ocupó nuevamente una banca en el Senado, desde la que participó en la sesión celebrada por la Asamblea General el 1º de marzo de 1890, en que fue elegido Presidente de la República su hijo, el Dr. Julio Herrera y Obes. Falleció el 16 de setiembre de ese año.

CRITERIO DE LA EDICION

El texto de las piezas que integran esta Polémica, reproduce con fidelidad el publicado en las páginas de "El Conservador" y "El Defensor de la Independencia Americana", respectivamente, de cuyos números y fechas se deja constancia en el lugar correspondiente.

El título del escrito del Dr Manuel Herrera y Obes es el dado por el autor; fueron concebidos para esta edición. el título de las páginas de Bernardo P. Berro, y el general de la obra.

Se ha modernizado la ortografía y salvado algunas erratas.

EL CAUDILLISMO Y LA REVOLUCION AMERICANA

POLEMICA

ESTUDIOS SOBRE LA SITUACION

I

La tarea más difícil de la inteligencia, es descubrir entre los acontecimientos del presente, la parte benéfica o dañosa que habrá de recoger de ellos el porvenir. Y esta tarea es aun ardua cuando los sucesos que pasan ante nosotros van precipitados en el torbellino de las revoluciones.

Aquel que historia una época remotamente pasada, puede poner ante los ojos de su espíritu el cuadro completo de los sucesos; descubrir a fuerza de filosofía y de estudio, las causas que los produjeron, y medir luego hasta los ínfimos resultados, en el examen metódico de los acontecimientos que se fueron sucediendo.

Pero aquel que trata de descubrir en lo futuro las consecuencias que habrán de derivarse de los acontecimientos presentes; que hace parte de esos acontecimientos; que vive bajo sus impresiones, y que puede, más o menos, ser seducido en sus juicios por esas mismas impresiones; ése, decimos, tendrá que tomar las cuestiones en sus más altas generalizaciones, y buscar en leyes fijas de la naturaleza moral, las reglas exactas de apreciación, con que habrá de medir esos acontecimientos presentes y aquellas consecuencias futuras. Porque si en esa naturaleza que está al alcance de nuestros sentidos, hay un método, una lógica, una expresión, si se nos permite esta palabra, que son constantemente invariables desde sus más

grandes fenómenos hasta sus más pequeños accidentes; en esa otra naturaleza que está solo al alcance de nuestro espíritu hay también, como en aquélla, un método, una lógica, una expresión invariable.

¿Cuál será la causa y cuál el resultado de tal fenómeno político o filosófico que se desenvuelve de repente a vuestra vista? Buscad en lo pasado un fenómeno idénticamente igual, y la causa y el resultado que tuvo, será la causa y el resultado del que os sorprende. La dificultad consiste en saber hallar los verdaderos puntos de similitud entre lo que pasa a nuestra vista y lo que pertenece a la historia.

Aplicando estas ideas a nuestra situación presente, si queremos buscar sus resultados futuros, habremos por fuerza de remontarnos más allá del detalle de los acontecimientos y tomando hombres y sucesos y épocas transitorias en su punto de vista general, abarcar toda la revolución social por que pasamos; y buscando puntos de comparación generales, ir a estudiar en el porvenir las consecuencias de nuestro modo de ser en la actualidad. Y solamente bajo este método vamos a estudiar un poco nuestra situación; en diferentes artículos que nos proponemos escribir.

Toda una sociedad dividida en dos bandos, que hoy por esto, mañana por aquello, hace 15 años que están disputándose el terreno en una lucha de armas, de ideas y de intereses diametralmente opuestos, y que no vuelven al orden ni por el bien social, ni por el bien particular de cada hombre; que cada uno de esos bandos tiene su carácter propio perfectamente definido, con sus hombres, con sus tendencias y con sus medios de acción propios; es una cosa demasiado grave para que no proceda de causas

muy serias, y para que no haya de dar resultados vastos en el porvenir.

Rivera, Lavalleja, Oribe, Rosas, todos estos nombres en quienes está el pueblo acostumbrado a ver personificadas las guerras que lo despedazan, no son sin embargo sino la expresión inmediata de la época y de la sociedad en que figuran. Así, pasada la época, y purificada la sociedad, ninguno de esos nombres podrían reproducirse en ella. Así también, la desaparición de uno de esos hombres en la escena política, que tienen en sí todo un partido, una influencia, un poder, por decirlo así, en que se ampara una parte de la sociedad para combatir con otra parte, es un gran paso que da, sin saberlo, la sociedad entera al término de su situación, y que merece por consiguiente un estudio serio y circunspecto.

Estudiemos nuestra organización social; los hombres influyentes que ella ha creado; los acontecimientos que han preparado y desenvuelto esos hombres, y habremos estudiado la situación. Busquemos situaciones análogas y hallaremos, con su auxilio, los resultados que da la nuestra; pero si hemos de tratar con conciencia cuestiones de naturaleza tan delicada, tenemos derecho a esperar que no se exija de nosotros sino la más circunspecta imparcialidad.

II

Nada hay que enorgullezca tanto a los pueblos, como las páginas militares de su historia; porque desde la más alta hasta la más humilde clase de la sociedad, sabe bien cada una que tiene derecho de decir: a mí también se deben esas páginas. Esa historia de combates y glorias, la saben todos, los

unos por el libro, los otros por el romance, los otros por la tradición; pasa de niño a niño, de hombre a hombre, de clase a clase, y viene a ser una especie de monumento en la memoria de todos.

Los pueblos americanos que no tienen sino una historia militar reciente, que están por decirlo así, oyendo todavía los ecos del cañón de su independencia, quedaron en toda la embriaguez de su triunfo, cuando cada uno trazando líneas con su sable, sobre algunas montañas o sobre algunos ríos, se dijo a sí mismo —"éstos son mis límites, y ya soy independiente de los otros pueblos y soberano ante el mundo entero".

Esto es un hecho, es verdad, gloriosamente adquirido, santificado, con la sangre del pueblo, y magnificado con los más nobles sacrificios. Pero el esplendor de este triunfo deslumbró tanto a los pueblos americanos, de origen español, que no han visto bien todavía, que el hecho de su independencia política, no podía extenderse a su independencia social entre ellos mismos, porque esta otra no era como aquélla la obra del sable y del entusiasmo.

Al declararse Chile independiente de la España, se declaraba también independiente de todos los demás Estados de la tierra, y soberano en sí mismo para constituirse. Lo mismo la República Argentina, la Oriental, la Peruana, todos los Estados de América. Pero, ¿cuál de ellos es el que ha podido decir a los otros —"como tengo desde hoy una existencia política que es mía, tengo también una organización social que no es la vuestra?" lo han creído así, pero han creído un error.

La España no hizo otra cosa de sus colonos americanos sino un solo pueblo, una sola familia; con

un solo corazón y con una sola inteligencia; y desde México hasta el Plata, puede cualquier Estado decir: "Yo soy un Estado político independiente"; pero, con el mismo grado de verdad, no puede decir al mismo tiempo, "mi modo de ser social es independiente y diverso del de mis antiguos hermanos".

Veamos si es esto exacto.

La República Argentina declara su independencia en 1816. La República Oriental declara la suya en 1830. Ambos Estados quedan independientes y soberanos políticamente. Lo mismo hacen y quedan las otras Repúblicas de Sud América.

Cada una empieza a darse sus gobiernos y sus instituciones propias; cada una empieza a hablar a las otras con el tono de su soberanía, de su independencia, de su ausencia de todo vínculo de comunidad; y el suelo americano queda coronado de pabellones diferentes.

Pero en medio de toda esa opulencia de títulos y prerrogativas nacionales, aparecen dos soberanías más poderosas; que haciendo burla de límites, de actas de independencia, y de constituciones, corren con la rapidez eléctrica de un punto al otro de la América; la una se precipita del fondo de los desiertos sobre las ciudades; la otra, de las ciudades a los desiertos; diciendo la primera: "para mí no se han hecho estos límites, toda la América, es mía, yo soy el pensamiento retrógrado que me reacciono" y respondiéndole la segunda: "para mí tampoco hay Estados independientes en la América porque toda ella es mía, yo soy el pensamiento civilizado que la ha invadido". Y cada uno entonces cumple perfectamente su misión; en un punto combatiendo con la espada, en otro con resistencias sordas, en

otro acumulando elementos de combate para más tarde. Y he aquí entonces convertidos en un solo pueblo, el que juró su independencia en 1830, con aquel que la había proclamado en 1816, y estos dos con el resto entero de la América. Un solo e indivisible pueblo ante esa potencia irresistible del hábito, de la costumbre, de la tradición; y ante esa otra no menos poderosa de la innovación, aceptada en la revolución general de la América.

Dos principios así opuestos, y comunes, debieron por fuerza producir idénticos resultados en todas partes, y los han producido.

Una organización social inveterada por tres siglos, no se aniquila en los combates como el poder militar; y una revolución como la revolución americana no limita su empresa en el triunfo de la independencia política. La lucha de una y otra debía proseguir más allá de la guerra de la emancipación material, pasando del campo de los combates con la España, al de las resistencias morales entre nosotros mismos. Pero, desgraciadamente esas resistencias no podían ser morales en la América. No era solo una resistencia de habitudes y de ideas la que esperaba a la revolución.

Fuimos educados por la España. Por la España que con la punta de su espada ha escrito las páginas de su historia; el pueblo guerrero por excelencia, que cuando no ha tenido pueblos extraños con quienes combatir, se ha puesto un sable en cada mano y se ha hecho pedazos sus miembros, por no perder la costumbre de batirse. Fuimos educados por ella; tenemos su sangre en las venas, y aquellas resistencias que debieron ser de ideas puramente, las hicimos de hombres, por solo la ostentación de los combates.

Y los dos elementos opuestos —el elemento reaccionario, y el que innovaba con la revolución, se personificaron en dos inmensas clases de la sociedad, que bien pronto se encontraron sobre los campos de batalla, dándose el nombre de partidos políticos, lo que no era ni es todavía otra cosa, que los dos principios de la sociabilidad americana encarnados en sus defensores especiales. Y así, el principio reaccionario se levantó defendido por las clases incultas de nuestra sociedad, y el principio revolucionario por aquella clase ilustrada que lo comprendía.

Causas tan generales en la América debieron producir en toda ella idénticos resultados; y si algunos de sus Estados han gozado más o menos tiempo de tranquilidad, no por eso dejan de fermentarse en su seno los elementos de la reacción; porque todos pasarán por ella.

¿Cuál es la filosofía que explica la aparición de esos tiranos que ensangrientan y escarnecen la América? Aquella que encuentra en la sociedad misma que domina los gérmenes de su existencia. Y si no, decidnos si transportados fuera del recinto donde se hacen famosos, podrían ser otra cosa que capitanes de banda en algunos desfiladeros de montaña. Examinad bien las condiciones personales de nuestros caudillos, y conoceréis que no es por ellos mismos que están sostenidos en su puesto. Hay una potencia superior a ellos que los sostiene, los defiende y los hace delegados del principio bárbaro que ella misma representa sin comprenderlo.

A ese caudillo, a esa potencia, a ese principio, se levanta también para oponérsele otra autoridad y otro principio. Se alza la clase civilizada de la América con el principio revolucionario; pero se alza sin cau-

dillo, sin representante exclusivo, porque la civilización no se hace representar por un hombre solo en ninguna parte. Ella se forma de la inteligencia de todos y hace un pacto tácito entre todas las ideas, con todos los hombres que pertenecen a su rango. Y he aquí por qué la tiranía y la barbarie son siempre más bien organizadas, más bien sistemadas que la libertad y la civilización.

Veamos ahora desde esta altura la situación presente de la República; y quizá nos explicaremos con claridad lo que representa ese ejército que la ha invadido, y lo que representa Montevideo dentro de los muros que la defienden.

III

Pocas veces se habrán hallado sobre la superficie del globo, límites más comprensivos, dividiendo a la par del terreno, dos principios más serios en la vida de un pueblo, que los que fijan esas líneas de fortificaciones que hoy dividen a Montevideo de su campaña.

Jamás hemos llegado a ellas, sin que nuestra alma se haya revestido de una gravedad religiosa, y sin que hayamos divisado, al través del prisma de nuestra mente, todo el panorama grandioso de nuestra revolución. El yugo y el fanatismo secular de nuestros antiguos opresores; el primer día de nuestra libertad; la sangre de nuestros padres regando la simiente santa del porvenir de sus generaciones; la reacción impetuosa de nuestra vieja existencia; la vida de la revolución sucediéndose de nuestros mayores a sus hijos; y ese mar de esperanzas y desengaños en que navega hace 37 años nuestro destino; todo esto han

reflejado más de una vez sobre nuestro espíritu esas murallas, de donde no se descubre, sin embargo, sino al ejército de Rosas de un lado, y a los defensores de Montevideo del otro.

No se nos acuse de visionarios ni de exagerados en nuestras ideas. Buscar en las acciones de los hombres las causas morales que las originan, considerar a aquéllos como los símbolos visibles de otro orden de cosas que no está al alcance de nuestros sentidos, es buscar y considerar la verdad, no es ser visionario ni exagerado.

Pero sea el que sea el modo de clasificarnos, nosotros lo diremos con franqueza: dentro y fuera de Montevideo están hoy frente a frente los dos elementos de que se compone la sociedad entera de América; están los principios de la tiranía y la barbarie de un lado; están los principios de la libertad y de la civilización del otro. He ahí la América entera en sus dos altas y generales cuestiones.

Examinad bien ese ejército, que está en el Cerrito bajo la bandera de Rosas; separad de él un momento la condición de extranjero que le da su nacionalidad argentina; consideradlo como un elemento americano solamente, y decid después cuál es el principio que representa. Estudiadlo en sus pretensiones, declaradas por sus caudillos y ejecutadas por él; y veréis perfectamente formulado, sistemado y practicado, el pensamiento reaccionario de la contra-revolución. Lo veis declarándose contra toda idea de libertad, contra todo principio civilizado, contra todo sistema de innovación, contra toda la institución democrática de la revolución. Vedlo también en lucha declarada a todo lo que no salga del fondo del desierto; a todo lo que tenga el colorido europeo. Vedlo encarnado

en la persona de un hombre, fanático por él, bárbaro por él y marchando por él al sacrificio o al triunfo; porque él le dice: "yo os represento, yo soy vuestro señor, porque soy americano y quiero lidiar contra el europeo". Vedlo ejecutar prolijamente todas las acciones de sangre, de escándalo, que son el patrimonio de la barbarie. Vedlo escarnecer y hacer pifia de cuanta institución liberal sale del centro de sus contrarios. Vedlo en fin, pasando al filo de su cuchillo toda cabeza que encierre una idea, una doctrina de civilización. Eso es el ejército de Rosas.

Mirad más todavía. El pasa el Uruguay y se precipita sobre los campos orientales. No viene solo, viene con orientales. En su tránsito, él encuentra para alistarse en sus filas más orientales todavía, ¿por qué? ¿no es acaso un ejército extranjero que invade? no; bajo esa bandera extranjera hay otra cosa que es común con todos los que se asocian a ese ejército. Hay un pensamiento que todos comprenden, de que todos hablan, que a todos halaga. "Aquí está Oribe" dicen, pero éste es el pretexto. "Vamos contra la *Ciudad;* nos rebelamos contra la autoridad, hacemos lo que queremos, porque ésta *es nuestra tierra";* éste es el pensamiento verdadero de los que se asocian al ejército que invade. Esas mismas también son las palabras que dijo el campo de Buenos Aires por el órgano de Rosas: "Vamos contra la Ciudad; nos rebelamos contra la autoridad, y hacemos lo que nos da la gana, porque esta tierra es mía".

Volvamos la vista de ese ejército y echemos una mirada sobre la ciudad. La vemos sobre las armas resistiendo y defendiéndose: "es un ejército extranjero, dice, que viene a arrebatar la independencia política del Estado". La independencia, sí, pero ésta

es la apariencia de la cuestión solamente. Examinad bien, y hallaréis algo más serio, más general, más social, defendido por esta ciudad cercada. Hallaréis un principio más anterior que el de la independencia política, defendiéndose bizarramente, por los esfuerzos de todos, con las armas y con la prensa; sin ningún jefe que lo represente, sin ningún sistema convenido, porque no puede haber jefe ni sistema posible en el embrión revolucionario de la civilización. Hallaréis la revolución americana dentro de la ciudad de Montevideo, con todos sus principios políticos, sus ideas sociales, sus bases democráticas; imperfecto todo, pero todo en acción, todo pronto para acudir a su defensa; por el pacto común de la inteligencia de todos los hombres; de la acción de todos los intereses, de la labor de todas las ideas. La revolución americana llamó en su auxilio a todos los principios sociales de la Europa; ved la Europa a las puertas de Montevideo. Llamó a todos los hombres al suelo americano, sin restricciones, ved las emigraciones europeas con el fusil al hombro dentro de la plaza de Montevideo. Llamó a la igualdad y a la ley a todos los hombres, ved la igualdad y la ley diciendo al son de los cañonazos, "los pueblos no son el patrimonio de los tiranos; la ley y la igualdad para todos".

Figuraos vencedor dentro de la plaza de Montevideo al ejército que la cerca; y, ¿qué divisáis entonces dentro de la Capital del Estado? La dictadura personal, sea bajo el nombre de Rosas o de Oribe, la clase bárbara de la sociedad sofocando con su mayor número la inteligencia y las intenciones de la clase civilizada; el comercio inteligente con la Europa, obstruido por una muralla de preocupacio-

nes insensatas —todo esto precisamente es lo contrario del pensamiento de nuestra revolución.

Figuraos vencido al ejército enemigo; y, ¿qué divisáis entonces?; el prestigio de la Capital, es decir, de la parte ilustrada de la Nación, repartido sobre las clases todas de la República; el imperio de la inteligencia y de la ley, dominando sobre la fuerza material y el despotismo del caudillo; el principio democrático poniendo puentes sobre el océano para dar camino a la civilización europea, importada en sus hombres, en sus libros, en su industria, en sus relaciones de todo género. Es ése precisamente el pensamiento de la Revolución.

Veamos ahora si a la sombra de la cuestión de independencia, y bajo el ruido que hacen los nombres de Rosas y de Oribe, la ciudad ha trabajado o no, sin hacer atención a ello, en beneficio de la revolución social de que hace parte en el Continente Americano.

IV

Considerada la actualidad de la República, bajo un punto de vista económico, ella es sin duda, un cuadro inmenso de perjuicios de todo género, que haría datar desde la invasión de Rosas la decadencia rápida del país en todos sus intereses materiales. Pero si es considerada bajo un punto de vista social, y se cambian las cifras por la filosofía, los individuos por la sociedad, entonces la situación presente ha dado ya resultados de un bien y de un valor inapreciables; y que más que nosotros habrán de conocerlos y disfrutarlos nuestros hijos.

Desde febrero de 1843, Montevideo está representando la gran cuestión de la sociedad americana; resolviendo el problema en que ha sucumbido más de un pueblo del continente, y con su triunfo va a presentar un ejemplo cuyas consecuencias benéficas quizá son incalculables todavía.

Las ciudades y las campañas han sido los dos campeones de los dos grandes y contrarios principios de la América: el principio sano de la revolución, y el principio dañino de la reacción. De una parte estaban las ideas, de la otra parte estaba el sable; era preciso que se armasen también las ideas, pero o las ideas preferían el triunfo del convencimiento, y entonces se burlaban de ellas, o llegaban a armarse, y entonces eran sofocadas por el número de sus contrarios.

En todas partes la Capital es el todo, entre nosotros siempre fue el menos. En todas partes, de la Capital sale la ley, entre nosotros la ley llegaba a la Capital, desde la espesura de un bosque, o desde la falda de una cuchilla.

El gobierno de la Nación residía en la Capital, pero a diez leguas de ella, una orden del gobierno era rota por cualquier Comandante Militar de Departamento, que no recibía más órdenes, que del Comandante General de Campaña, ni reconocía más gobierno que a su Comandante General.

El más leve rumor de la campaña paralizaba la acción del gobierno aun en las circunstancias más premiosas; y si el gobierno quería imponer, le respondían con un *chasque:* "que había mucho descontento en la campaña" y el gobierno cedía.

La Ciudad debía llevar su prestigio civilizador a sus hermanos del interior; y sus hermanos llegaban a ella con el prestigio de su fuerza y la imponían.

Este orden de cosas —inverso del que debía ser el orden natural— era demasiado serio y alarmante. Pero era así; era un hecho, y solo había esperanzas en el tiempo.

Ese tiempo lo precipitó la invasión.

Se armaron hombres para resistir a un ejército extranjero; y, sin saberlo, se armaron con ellos las ideas para resistir a la fuerza; la Ciudad para resistir al Campo.

Hace apenas 6 años que cualquier caudillo de departamento, se habría reído si le hubiesen dicho que la Capital se había convertido en arsenal, y sus habitantes de frac en soldados.

Hoy es un hecho, y no se ríe de él todo un ejército imponente.

Esto era lo que se necesitaba y se ha conseguido. Vencido el enemigo que nos cerca, la ciudad ha vencido también el gran inconveniente con que luchaba, porque habrá triunfado del poco valer en que la tenían los caudillos. Las ideas ya tendrán un responsable militar de sus pretensiones; y el Comandante de Departamento, y el General de Campaña, sabrán entonces que también hay en la Ciudad una fuerza de resistencia material, que ha probado con ejemplos prácticos que sabe aplicarse cuando la situación lo exige.

Esto es, de cierto, un verdadero triunfo ciertamente social del principio civilizador de la revolución.

La civilización doctrinaria, aquella que pretende su triunfo por medio de la propaganda solamente, no puede existir sino en los pueblos acostumbrados a ver en la inteligencia el regulador de su destino; pero entre nosotros ese modo de obrar sobre el pueblo, sería una paradoja ridícula. Nuestro pueblo

no ha conocido nunca sino el prestigio de la fuerza, y de todo lo que no ha sido fuerte, en el sentido material, él ha reído y lo ha segregado a lo menos, cuando no se ha vuelto contra ello. Era una necesidad vital dar al poder de las ideas, que habían de llevar la mejora, el orden, la paz, a nuestras poblaciones interiores que constituyen nuestro pueblo, la garantía de la fuerza; para que pudiera resistir, a la acción del sable que le oponían los caudillos. Mejorar la condición social del pueblo por medio de las instituciones, de la paz y del respeto a la justicia y a la autoridad; era la misión de la inteligencia; pero, ¿cómo garantirla de la influencia personal de los caudillos sobre las multitudes acostumbradas a respetarlos?, dando también a la inteligencia un poder fuerte y material; ¿y en quién buscar ese apoyo; quién serle más leal, sino aquella clase de la sociedad interesada en el triunfo de los principios? Pero, ¿cómo ésa abandonaría la suntuosidad y el regalo de las ciudades, para ir entre los peligros y los trabajos, a llevar sus ideas y su prestigio a otra clase más poderosa y tan habituada a vencerla? Esto no podía esperarse. Esto debía ser la obra de algún acontecimiento imprevisto, y lo ha sido. Ahí está la Ciudad, afianzando por sí sola sus derechos y sus principios. Pero aún más: ahí está respondiendo con su defensa de la defensa de todo el Estado; y con su triunfo de 5 años, respondiendo del triunfo futuro de la inteligencia y de los principios más vitales de la sociedad.

A ningún hombre se le ha llamado Héroe dentro de la ciudad convertida en campo de batalla por cinco años, pero todo el mundo ha llamado Heroica a la Ciudad.

Al caudillo lo ha sustituido la sociedad; al prestigio individual el prestigio social; al interés personal el interés común.

Antes, todo se esperaba de la Campaña, hoy, y de hoy en adelante, todo se espera y se esperará de la Ciudad. Antes se pedía un escuadrón de Campaña para imponer o para revolucionar la Ciudad. Hoy tiene la Ciudad una población entera de soldados, que tienen tan diestro el brazo para manejar el fusil, como la cabeza para concebir y desenvolver los principios más serios de la organización del país. El fusil y la pluma, el gabinete y el cuartel, ya no son dos cosas incompatibles como se había presumido.

Llegaron a entenderse bajo un punto de vista genérico, y se pasó a la práctica. Los resultados de esto, van a ser en lo futuro los aplanadores del camino de la revolución; y el apoyo más firme de la democracia.

Este es el progreso del país durante la época, aciaga en otro sentido, de la invasión de Rosas. Progreso invisible, que no se hará notar sino por sus resultados futuros; que es real y positivo, como es real y positiva la decadencia material de la República; y, a juicio nuestro, el progreso de que hablamos vale tanto, que no sabríamos determinar bien si son de bendecir o no las desgracias sobre que se ha fundado. Millares de vidas e intereses de todo género se sacrificaron desde el año 10 hasta el año 25 en la América; pero sobre esas desgracias iba creciendo algo sin embargo, y ese algo era la independencia del continente.

Veremos ahora bajo qué punto es más notable ese progreso moral de la Ciudad.

V

Todo pueblo en quien las ideas de política, de ciencia, de literatura, se estacionan y se clavan, por decirlo así, dentro del círculo en que se crearon, sin seguir la corriente de los acontecimientos y del tiempo; es un pueblo que necesariamente ha de quedar a retaguardia de los otros, que van amoldando su política, su ciencia, etc., a los sucesos que van pasando en el vuelco del tiempo y sus revoluciones constantes. Del mismo modo, un pueblo que elige un cierto número de individuos a quienes dar el privilegio exclusivo de dirigir los destinos de la sociedad, a través de todos los acontecimientos, y de todas las épocas, lo que es más, es un pueblo que se atrasa a sí mismo privando a todos los que no son sus favorecidos, de esa fuerza creadora que se llama estímulo, y que pone en acción, con el más noble objeto, todas las fuerzas de la inteligencia, todas las aspiraciones del corazón.

Los tiranos que tienen un instinto particular para conocer sin estudio, la naturaleza del hombre, una vez que organizan su poder, y el sistema de su dictadura, hacen inamovibles a los hombres en los destinos que les confieren. Y de este modo van extinguiendo poco a poco en los otros, esos deseos tan dignos, esas aspiraciones tan naturales de hacerse notables en provecho de sus conciudadanos. Una vez extinguidas, viene el abandono de la inteligencia, la flojedad de la voluntad, y los hombres, sin acción, sin rol en la escena pública de su país, van descendiendo gradualmente a un estado de inactividad de donde no hacen sino contemplar indiferentes los mismos sucesos que más pesan sobre su destino. Pero

ni estas consideraciones, ni nuestro sistema republicano, ni el principio democrático de la revolución, podían vencer entre nosotros un vicio radical y funesto que nos venía desde muy atrás; y éste era, el monopolio de los destinos públicos, que había hecho un corto número de ciudadanos, quienes, útiles y aventajados en la época en que empezaron a formar sus antecedentes públicos, ni podían todos marchar al paso rápido de los sucesos que día por día han modificado nuestra sociedad, ni podían pretender que del resto de sus compatriotas saliesen otros hombres a participar de sus fatigas si las creían así, o a pagar al país el tributo de sus luces y de su patriotismo.

Toda una generación estaba inactiva. Siempre espectadora de los acontecimientos más relacionados con su destino futuro no podía prestarles el apoyo de una inteligencia que los comprendía, porque se desenvolvía a par de ellos, ni el de unos conocimientos tanto más benéficos cuanto que tenían por ejemplo el pasado.

Este estado que podía llamarse de indolencia por parte de la sociedad, y de egoísmo por parte de los que tradicionalmente figuraban como dueños de los destinos públicos, no podía sino entorpecer visiblemente el progreso moral de la República, enervando con la ausencia del estímulo, las fuerzas creadoras de la inteligencia; y por la inacción adocenando hombres, que alzados al teatro de los sucesos, podían ascender a una condición superior en su país. Porque solo en acción, y en libertad, para seguir las tendencias de su talento, pueden los hombres dar a conocer lo que valen.

Pero era difícil salir de tal estado por las vías comunes. La costumbre le había dado un carácter

de solidez, una fuerza de ley, que lo hacía superior a los esfuerzos de la reflexión simplemente. Necesitábase alguna conmoción social que revolviese la sociedad, y pusiese en acción a todos los individuos para que mutuamente conociesen sus méritos, y el interés general alarmado levantase en sus hombros a todos aquellos que le ofreciesen una garantía cualquiera. Y es esto precisamente lo que ha sucedido en los últimos cinco años.

De todas las clases de la sociedad empezaron a surgir hombres apropiados al desempeño de tareas difíciles que la situación requería. Y las ideas más salvadoras, como también la ejecución más rápida, aparecieron en hombres que antes vegetaban en la oscuridad de la vida privada, y que así hubieran continuado, si el sacudimiento que recibió la sociedad no los hubiese arrojado sobre la escena pública. El instinto de la conservación general inspiraba actividad a todos, y de todas partes se levantaban hombres nuevos para las nuevas necesidades públicas. Para el ejército improvisado en la Capital, se improvisó también una oficialidad joven, decente, que reunía el honor de caballeros al entusiasmo de patriotas; que iba a exponerse nada menos que por la independencia de su patria. Bien pronto estos oficiales ciudadanos, se midieron con los veteranos de Rosas; y muy luego fueron veteranos de su patria; porque tenían en su favor dos condiciones, que son los auxiliares mejores en todas las carreras de los hombres; tenían la inteligencia y la educación. La primera sirve para la comprensión, la segunda para la docilidad, condición sin la cual no se puede progresar en ningún estudio que haya de recibirse de Superiores.

Esta oficialidad distinguida, no tardó mucho como era natural, en ascender a un rango más superior en la escala militar; y el pueblo vio el brillo de las charreteras sobre los hombros de jóvenes que acababan de salir de su modesta condición de ciudadanos. A esta condición, debía descender la mayor parte de ellos, cuando las exigencias militares no fueran tan imperiosas, y demandase el país otros servicios más pacíficos, si no menos importantes; pero al dejar la espada, no dejarían sus conocimientos adquiridos ni el prestigio de sus nombres nuevos entre los rangos del ejército, y la República vendría a encontrarse con esta nueva riqueza improvisada por la invasión enemiga.

Si al principio de estos *Estudios* hubiésemos declarado que nuestra intención era demostrar las ventajas que por medio de su Capital ha reportado la República en toda esta época de guerra, que considerada por su aspecto visible no ha presentado sino sangre, luto y decadencia material del país, de cierto que habría parecido una paradoja nuestra pretensión; pero hemos entrado al análisis de la situación, y nos lisonjeamos de que vamos metódicamente descubriendo el progreso moral de la sociedad en esa misma época tan calamitosa por otra parte; porque no creemos que haya un día, un suceso, una situación humana que, por desgraciada que aparezca, y que lo sea en realidad, no marque al mismo tiempo un paso siquiera del progreso constante de los hombres y de las cosas; y que si él no se descubre fácilmente por todos, es porque no todos saben medir los acontecimientos más allá de la influencia que ejercen personalmente. Proseguiremos.

El país tuvo necesidad de espadas y las tuvo al momento. Pero el país necesitaba otra cosa no menos importante por más que su situación fuese de armas. Necesitaba una acción constante y vigorosa en su política, y en su administración.

En esto estaba encerrado el problema serio de la cuestión. La acción del gobierno debía originar la acción del pueblo y del ejército. Las manos que habían conservado hasta entonces esos altos destinos de la sociedad, estaban cansadas sin confesarlo, y eran poco prestigiosas en circunstancias tan difíciles. ¿Cómo hacer pues? No se trataba de segregar a nadie de la defensa nacional, pero ésta exigía novedades en todo; y sin partidos, sin intrigas, sin ningún acto ilegal, empiezan la opinión y los sucesos a subir al poder público nuevos hombres y con ellos nuevas ideas.

Veamos las consecuencias de esto.

VI

Cuando la ley determina con precisión los derechos de los gobernantes, y la ley cuenta con un apoyo eficaz, la acción de aquéllos es entonces resuelta y vigorosa. Por el contrario cuando esa acción se opera dentro de un círculo que se extiende o se limita según las disposiciones, no de la ley sino de hombres que tienen medios de influencia sobre los gobernantes, la acción de éstos es siempre embarazada e irresoluta. Si a esto se agrega un número crecido de relaciones personales entre los gobernantes y los gobernados, la acción del poder público viene entonces a ser ineficaz en la mayor parte de los casos.

Este tristísimo estado ha sido, por muchos años,

el del gobierno de la República a excepción de alguna que otra época transitoria, porque desgraciadamente las mejores épocas han sido de transición.

Existía siempre una potencia más superior que el gobierno, y lo que es doblemente extraño, más superior que la ley. Para mayor inconveniente esa potencia no residía cerca del gobierno, sino lejos, muy lejos a veces de la Capital; y el gobierno antes de tomar una resolución en un asunto muchas veces de suprema y pronta necesidad, hacía reventar diez caballos, para que buscasen de cuchilla en cuchilla, de pueblo en pueblo de la campaña, esa Providencia susceptible, que por el solo hecho de no ser consultada se consideraba ofendida. ¿Cómo se había creado esta Providencia, y de dónde emanaba su poder?, eso será el asunto de otro artículo; por ahora considerémosla como una cosa que existía. Todos saben que no decimos en esto una palabra que no sea la verdad, y si se dudase de ella, apelaríamos a la sinceridad de muchos de nuestros ex-Ministros de Estado, para que nos dijeran, si era solo a la ley que regulaban sus acciones públicas; y si no había en el país un código que caminaba a caballo y tras del cual tenían que correr siempre para consultarle y estudiarle.

Pero si esto paralizaba constantemente las resoluciones de los gobernantes, enervaba su energía, y servía de traba al ejercicio de la ley; otra cosa había también no menos perjudicial y embarazosa. Ocupaban el gobierno personas que por su edad y por su interminable carrera pública, en un país de población tan diminuta, estaban siempre relacionadas íntimamente con todas las familias, con todos los individuos, de un pueblo en quien la revolución confun-

dió todas las clases y en que basta el color blanco de la cara, o el haber nacido en la tierra, para que todos se crean con iguales derechos a las consideraciones del gobierno y de la sociedad, ¿quién no había hablado cincuenta veces con el Ministro?, ¿quién no era su amigo, o no tenía un pariente que lo fuese?, ¿quién no había hecho parte de alguna manera en los antecedentes que lo subieron al poder?, ¿quién no se creía con derecho a recordarle algún servicio personal, alguna familiaridad pasada, algún lazo de parentesco, alguna amistad de familia? Esto debía dar necesariamente un resultado: y este resultado era que, los gobernados siempre se iban más allá del límite prescripto por la ley a sus derechos de ciudadanos. Contando con la impunidad ellos olvidaban siempre el respeto a la autoridad, y con ésta al de la ley. ¿Ni cómo no ser así?, ¿qué prestigio puede ejercer sobre los hombres, una autoridad que, por una parte, obra bajo la dependencia de otra autoridad más superior que ella, y, por otra, se compone de personas que han tenido un roce estrecho y prolongado con los mismos sobre quienes han de mandar? ¿Qué es lo que ha dado a los reyes, en el régimen absoluto, esa potestad y ese prestigio sin límites sobre el pueblo, sino el saber el pueblo, que más arriba de la voluntad regia no hay otra voluntad que la de Dios; y que con los hombros del Rey sólo los mantos reales se rozaban? ¿Quién ha hecho descender el poder y el prestigio de los reyes constitucionales, sino el saber el pueblo, que la ley está más arriba de la corona, y los palacios al nivel casi de las habitaciones del pueblo? Poned pues sobre cualquier gobierno de la tierra una autoridad militar, a quien él obedezca; dad familiaridad a las per-

sonas de ese gobierno con el resto de los ciudadanos, y decid después, si es concebible que ese gobierno ejerza autoridad alguna sobre la sociedad.

La libertad de acción en los gobiernos dentro del círculo descrito por la ley, y la independencia social de las personas que lo componen, es lo único que puede dar prestigio y poder sobre el pueblo. Despojad de esas dos condiciones a los gobiernos y no lo serán sino en el nombre, y mientras otros pretendientes a esa fantasmagoría no quieran arrebatarles hasta ese nombre.

Por muchos años fue éste el estado normal de los gobiernos de la República; y era por sí solo un inconveniente fundamental. El nos basta —no queremos averiguar ni la capacidad ni la moral pública de los gobernantes porque no es esto lo que nos proponemos; y con el mejor deseo les concedemos a esos señores todos los méritos personales que quieran— ese estado nos basta, decimos, para encontrar en él solo la necesidad de un cambio de personas en los destinos públicos.

Pero ese cambio parecía imposible, tal era la influencia de la costumbre que hacía ver en un número dado de hombres, los únicos merecedores de los rangos públicos. Pero la invasión de los ejércitos de Rosas en la República —ese torrente de desolación que se desbordaba por las márgenes del Uruguay— parecía destinado por la mano de Dios a traer al país, entre la ruina material, grandes beneficios a su progreso social; y de la misma manera que hemos visto a la Ciudad levantarse para defender dentro de sus muros junto con la independencia política las ideas; junto con sus derechos la civilización; y al resistir a las bayonetas extranjeras,

resistir la influencia material de la Campaña; y al resistir a ésta, oponerse a la reacción de los principios coloniales. Del mismo modo que hemos visto pasar al rango de oficiales y jefes distinguidos, una porción delicada de la juventud, que va a servir en adelante con su prestigio, ya adquirido, como hasta hoy ha sido útil con sus servicios personales; del mismo modo, decimos, la invasión hizo sentir enérgica y prontamente la necesidad de un cambio total en las personas de la administración superior. No queremos de ningún modo hacer una ofensa a nadie. No queremos decir sino que los señores en quienes el pueblo estaba acostumbrado a ver sus autoridades inmediatas y amigas, no tenían ni prestigio ni autoridad sobre el pueblo, ni eran bastante independientes de la Providencia de Campaña para ser los iniciados en la época crítica a que el país entraba —y de esto, de cierto no se puede hacer a ellos responsables, porque esos males venían desde muy atrás— desde antes quizá del año 15.

Sin embargo, tal es de imperiosa la fuerza de la costumbre en los hombres, que nuestra sociedad al ver sobre sí la tempestad que se descargaba, todavía no volvía los ojos sino a sus reputaciones tradicionales; a esos ciudadanos agobiados de años; con una carrera pública ya concluida, y que nada podía ofrecerles en adelante de estímulo, para emprender nuevos sacrificios; llenos de esos vínculos de familia y de esas habitudes pacíficas del hogar doméstico, que tanto enervan al espíritu humano para los grandes riesgos, para los serios compromisos; sometidos en una serie de años a la influencia personal de un hombre; y sin el prestigio necesario para influir en un pueblo acostumbrado a medir la autoridad

del gobierno, no por la faz moral, sino por las condiciones personales de los gobernantes, y en quien era necesario repentinamente influir, y moverlo y atraerlo al respeto, al poder, y ponerlo con vida, con propiedades, con derechos, con todo al servicio santo de la libertad de la Patria. Y tal es de rebelde el amor propio de los hombres, que esos ciudadanos privilegiados con los destinos públicos; llenos quizá de patriotismo y de buenos deseos en todo, no miraron sino como una utopía ofensiva, la pretensión de aquellos que querían sacar de la situación, nuevos hombres para los nuevos sucesos. ¿De dónde saldrán? —decían entonces—. De donde han salido, respondemos ahora.

Porque, en efecto, ellos aparecieron; y en más número hubieran sido hasta la fecha, sin esa fuerza de resistencia que se opone entre nosotros a toda innovación, a toda reputación nueva que se levanta. Oh! y hemos de mostrar prácticamente si esos hombres nuevos que ha improvisado la situación; esos hombres sin antecedentes públicos; han dado ya al país las ventajas más importantes para su orden social.

No es en estos *Estudios* que nosotros queremos examinar individualmente los hombres y los sucesos que han surgido del choque violento que ha recibido nuestra sociedad en los últimos cuatro años. Ese será un trabajo diferente que nos propondremos más tarde. En estos *Estudios,* considerando sintéticamente la situación del país, se habrá observado que hemos tenido por sistema evitar la alabanza y la censura personal, y eso mismo será la regla para este nuevo cuadro que estamos trazando.

Desde el ministerio Pacheco hasta la presente administración, hombres nuevos se han levantado del pueblo para ocupar los destinos públicos más delicados. Todos los conocen. Todos saben lo que cada uno individualmente ha hecho en beneficio de la situación. Veamos nosotros lo que han hecho todos juntos. Lo que ha resultado del esfuerzo común de las ideas y de la acción de esas novedades políticas, administrativas, militares. Veamos lo que la sociedad ha ganado con ellos en los 5 años que lleva la invasión. Pero téngase presente, que no siempre han ocupado ellos el poder, y que si el gobierno se ha encontrado a veces en el mismo estado que ahora ocho años, es porque a veces también han triunfado las reacciones.

Desde luego declaramos dos cosas: primera, que desde el ministerio Pacheco se conoció que no estaba en el pueblo sino en el gobierno el origen de la desobediencia a la autoridad, que se había hecho el cáncer de la sociedad desde muy atrás. Segunda, que la influencia personal del General Rivera sobre el gobierno no estaba en el poder ni en el prestigio del General, sino en la debilidad de los gobernantes.

Ahora, quien conozca la historia de la República sabrá dar valor a esos dos resultados, que acabamos de indicar en las menos palabras posibles, para dejar al lector que medite sobre ellos.

No se ha hecho una sola cosa, no se ha escrito una línea, por los nuevos hombres que han subido a los destinos públicos desde la invasión hasta el presente, que no haya cooperado indirectamente al logro de esos dos resultados, que importan por sí solos todo un progreso, toda una revolución social en la República.

Hombres que tenían a sus ojos todo el pasado, sabían leer bien los inconvenientes que habían detenido a los gobiernos anteriores, en la buena marcha de la administración y de la política. Sabían al mismo tiempo que su conducta presente, iba a decidir de su porvenir, y fijaron entonces, esas dos bases que hemos señalado antes y que han servido para levantar sobre ellas todo un monumento de progreso en el país.

Nosotros prescindimos del detalle de las mejoras que hayan sido debidas a esos nuevos magistrados, porque eso no entra en el plan de estos *Estudios.*

No perdamos de vista pues, los dos resultados de que estamos hablando: el prestigio de la autoridad sobre el pueblo, la independencia del gobierno de la autoridad de Campaña.

El pueblo que obedece con la sumisión del esclavo, a una autoridad que se ha constituido en dictadura, ese pueblo ha pasado los límites de la virtud de la obediencia, y ha pisado los de la abyección degradante; pero si esto es un inconveniente que, para mejorar su condición se pone, el pueblo mismo, no lo es menos también pasar los límites de la libertad que le conceden las leyes, y llegar a los que él mismo se forma a su capricho. Entonces a medida que el pueblo se abroga prerrogativas, la autoridad pierde las suyas, y la ley ha perdido la pauta de apreciación en que fue dictada, porque no hay ley desde que no hay obediencia a ella, ni hay autoridad desde que no se reconoce en ella, la encargada de la aplicación de la ley. Nuestro pueblo empezó a respetar la autoridad desde que las manos que la ejercían no estaban encadenadas, ni por la voluntad personal de nadie, ni por consideraciones individuales con los

gobernados. Y este nuevo estado en nuestra sociedad data indudablemente desde febrero de 1843.

Desde esa época datan los primeros grados de descenso de la influencia del General Rivera sobre el gobierno; y a la par que el gobierno adquiría fuerza y valimiento, prestigio propio, la sociedad empezaba a conocer prácticamente que se podía sin sangre y sin pasiones de partido, por medio solamente de la energía en el gobierno, extinguir la autoridad personal de un poder que se había hasta entonces creído dueño de la tierra, de la sociedad, y de la ley, y que a medida que la voz del gobierno era más imperiosa, la de aquél, que sabía vibrar como un trueno desde el Yaguarón hasta la Capital, iba siendo menos apercibida, no solo del gobierno, no solo de la Capital, sino también del mismo partido militar que lo seguía: descubriéndose de este modo que no era el prestigio personal del Jefe, sino la falta de poder y prestigio en el gobierno, lo que ponía a la Campaña a las órdenes del General Rivera, que era seguido y obedecido porque se necesitaba seguir y obedecer a alguien; y que no era imposible que el gobierno pudiera hacerse obedecer del General Rivera por medio de ese mismo partido que lo seguía, y que había aparecido siempre como un instrumento ciego de su Jefe.

Este triunfo moral del gobierno de la Capital sobre el Jefe de la Campaña —de las ideas sobre el poder material— vale tanto a nuestro entender que casi bendecimos toda la sangre y todas las desgracias que ha traído al país la invasión extranjera, porque es en el período de esa invasión que se ha obtenido ese triunfo.

Pero ese triunfo hubiera sido incompleto, y quizá se hubiera operado contra él una reacción funesta para el país, si no hubiéranse llevado a la práctica las ventajas que la Capital había adquirido sobre la influencia personal del antiguo caudillo.

Vamos a ver hasta dónde esa práctica era posible y hasta dónde se ha conseguido.

VII

Vamos a entrar en la parte más delicada de nuestro trabajo; en aquella que puede herir, sin quererlo nosotros, la susceptibilidad de muchos hombres a quienes quizá ni conocemos. Pero hablamos con la voz de nuestras convicciones, sin estrecheces, sin ideas de círculo ni de partido; con la sociedad a nuestros ojos, y en el examen de sus más altos y serios intereses, para que podamos arredrarnos por consideraciones individuales. Además, nosotros vamos a desenvolver nuestras ideas sobre puntos de vista tan generales; sobre asunto tan eminentemente social, que casi esperamos ya que no habrá un solo partido, un solo hombre, que no vea en nuestras palabras verdades que a todos interesan, porque el interés de la sociedad bien entendido no excluye a nadie de sus beneficios.

Vamos a hablar de un hombre, pero de un hombre que contiene en sí toda una faz de nuestra sociedad; todo un principio de revolución; todo un sistema de ideas, de hábitos y de tendencias —esto pues, toda una cuestión social bajo la forma de un hombre; y al nombrarlo, nosotros no haremos sino determinar esa cuestión.

Sí; si el General Rivera no fuese sino un hombre que hubiese representado en nuestra escena pública sus ideas y sus acciones personales, sería una cosa bien pequeña para merecer un lugar en un escrito que se ha ocupado hasta ahora de las cuestiones más serias de nuestro orden social. Pero damos al General Rivera todo el valor que tiene en sí, y no sin cierta satisfacción de nuestra parte, vamos a hacer de su persona uno de nuestros más pensados artículos en los *Estudios de la situación* que hemos emprendido.

Antes de todo recordaremos dos cosas: la primera, que hemos declarado antes de ahora que no se debía esperar de nosotros sino la más circunspecta imparcialidad en nuestras opiniones sobre los hechos que estudiamos; la segunda, que jamás hemos tenido el honor de ser amigos personales del General Rivera, ni la desgracia de haber provocado su enemistad, pues si conoce apenas nuestro nombre, será por haberlo leído al frente de nuestras producciones.

Esto, creemos, puede abonar por la imparcialidad de nuestras ideas.

La mano del gobierno de la *Ciudad* acaba de arrancar al General Rivera del centro mismo de su poder y de su prestigio; y a una *orden* del gobierno de la *Ciudad,* el General Rivera abandona el país, y parte desterrado para el extranjero.

Para conocer toda la importancia de este suceso, son necesarias tres cosas: la primera, estudiar lo que era en el país y para el país el General Rivera.

La segunda, estudiar su destierro en su importancia social.

La tercera, estudiarlo en su importancia política.

Bajo este método proseguiremos nosotros.

Hemos dicho ya que en la República, como en toda la América española, existen dos principios reguladores del movimiento social: el uno, el principio civilizador de la revolución americana; el otro, el principio de reacción del pueblo colonial. El uno apoyado en las ciudades; el otro apoyado en las campañas. El uno, dirigido por el esfuerzo común de todos los hombres que le pertenecen por la asociación de las ideas civilizadas; el otro, representado siempre por los caudillos.

Bustos, López, Quiroga, Ibarra, y por último Rosas en la República Argentina, no han sido otra cosa que los delegados del pueblo esclavo de las colonias que se reaccionaba contra el pueblo libre de la revolución.

Esa parte inculta de la sociedad americana, sin roce, ni comunidad con las ciudades, no tenía otro medio que las armas para triunfar en sus pretensiones. Acudía a ellas porque no concebía que hubiera otro medio de destruir a sus contrarios que haciendo desaparecer sus ideas con sus cabezas. Acudía a ellas porque solo en el bullicio de la pelea podía ahogar en su conciencia esta pregunta que han debido hacerse desde el primero hasta el último de los que siempre se han lanzado a vencer y humillar a las poblaciones de nuestras ciudades: *¿por qué peleamos?* La filosofía lo sabe bien; nuestras campañas no lo sabrán jamás.

Desde que era la fuerza material, la que debía apoyar sus pretensiones, desde el fondo de un desierto se organizaba esa fuerza y se le daba un Jefe. Para obtener este rango, en América se necesitaban tres cosas: primero, un corazón bien templado para contener en sí todo el principio bárbaro que la reac-

ción envolvía; segundo, reunir a un carácter audaz hasta la insolencia, una organización fuerte y robusta; tercero, tener todos los hábitos, todas las tendencias, todas las condiciones del verdadero gaucho. A la ausencia de alguno de estos elementos ya no se podrá concebir la idea del caudillo de América. Este no se improvisa nunca, porque el ejercicio de los músculos, y las acciones que revelan el temple del corazón no se obran jamás entre el misterio. El caudillo de campo, se cría, se educa entre la intemperie de los desiertos, y sobre el lomo de los potros. Allí endurece sus miembros como su carácter. Allí pierde las primeras antipatías a la sangre. Allí hace misteriosa y salvaje su inteligencia, como esa naturaleza inmensa que lo rodea siempre. Allí obra, ejecuta sus primeras hazañas. Allí se hace notable por la primera vez entre sus compañeros. Se empieza a respetarle, empieza a correr su nombre de rancho en rancho, de pago en pago, de extremo a extremo de las campañas. A medida que la distancia se aumenta, la fábula es más larga y romancesca; porque el caudillo entre nosotros tiene por trovadores de sus hazañas a todos los que pertenecen al círculo que lo aplaude. Después viene el momento. Ese momento al menor accidente en las ciudades, y las multitudes en las campañas ofrecen el mejor caballo al mejor de sus habitantes. Este es el caudillo. Superior a los suyos, él emplea todas las facultades de su alma y de su cuerpo, en el afianzamiento de su prestigio y de su poder. Primero, él empieza por lisonjear todos los instintos de sus representados. Después, y por medio de un despotismo personal él les inspira una subordinación sin límites. Su palabra es la Ley; su voluntad el Juez, su mano el ejecutor. Afianzadas

todas sus prerrogativas de mando, viene enseguida al frente del verdadero pueblo entre nosotros, a imponer y avasallar a la ciudad donde reside en minoría el principio civilizador de la sociedad. Y he aquí un hombre convertido en pensamiento vivo y poderoso del principio reaccionario de la América.

Si esos mismos caudillos que han representado ese principio durante treinta años, se han a veces despedazado entre ellos, eso no ha tenido otro origen que el de sus celos personales; pero cada uno en sí mismo, no ha representado otra cosa que la fuerza material de las poblaciones americanas en guerra abierta contra la fuerza inteligente de ellas mismas. Guerra franca y candorosa en que ninguno de los dos contrarios ha pretendido ocultar jamás el pensamiento que lo dominaba.

Reconcentrando ahora la cuestión a nuestra República, vemos que ella no se ha eximido, porque no podía eximirse de esa situación social de los otros Estados del continente; en punto más pequeño, porque el teatro lo era también. La República poseía también el pensamiento civilizador de la revolución, y el pensamiento bárbaro de la reacción colonial. Tenía sus ciudades litorales en roce continuo con la civilización europea y sus anchas campañas en roce solamente con la naturaleza y con las habitudes nacionales; debía pues, también sufrir la guerra de la Ciudad y la Campaña; y no contar con un representante legítimo de las ideas; y tener siempre a sus ojos el legítimo representante de la fuerza material del campo.

Bien estudiada la historia de la República, no ha sido sino uno, después que Artigas desapareció de la escena pública: y ese uno, no es otro que el General

Rivera. Todos los demás, que han dormido a la orilla de nuestros arroyos han sido tenientes del General Rivera, que él los levantaba si le eran fieles, que los anonadaba si pretendían hacerle sombra.

Con satisfacción sin embargo, haremos una distinción en el General Rivera. Al frente del poder material del país, jamás ha ensangrentado la tierra con el puñal de los tiranos, jamás ha abusado de su prestigio personal, para enlutar su Patria por la satisfacción de esas venganzas bárbaras que han sido la savia de existencia en el corazón de otros caudillos. El General Rivera como caudillo de Campaña ha sido, sin embargo, lo más aproximado a la Ciudad que conocemos en todos los caudillos de la América.

Pero la ausencia en él, de los instintos de sangre, su carácter acomodaticio, ya a las exigencias de la Ciudad, ya a las exigencias de la Campaña, según las circunstancias le inspiraban, sus maneras aproximadamente cultas, y su palabra continua de reproche a todo lo que no salía de la civilización de las ciudades, el General Rivera no ha sido, a pesar de esto, decimos, sino el más fiel intérprete, la expresión más clara, el símbolo más bien delineado del espíritu opuesto al progreso de la revolución, que ha estado fermentando en reacción perpetua en el fondo de nuestras campañas, desde mucho antes que el último cañonazo de nuestra independencia nos alzara a la condición de Estado.

Su poder lo ha buscado y encontrado en la Campaña, y ese poder y ese prestigio sobre la multitud de ella no se adquiere, ni con los principios sanos de la revolución, ni con las habitudes cultas de las ciudades.

Id, y preguntad desde Canelones hasta Tacuarembó quién es el mejor jinete de la República, quién el mejor baqueano, quién el de más sangre fría en la pelea, quién el mejor amigo de los paisanos, quién el más generoso de todos, quién en fin el mejor patriota, a su modo de entender la patria, y os responderán todos, el General Rivera.

Su reputación tradicional, que sirve de fábula a los niños y de historia a los viejos, no podía haber sido adquirida sino con una larga serie de servicios que estuviesen en armonía con el pensamiento de la Campaña, de la Campaña, su partido, su patria, su familia, su casa. Allí donde al vuelo de su caballo, él levantaba con las nubes de polvo, las nubes de hombres que se precipitaban a seguirlo. Allí hasta donde el pasto de la tierra parecía conocerlo, y adquirir condiciones propias para darle brújula entre la oscuridad de la noche, donde los ríos parecían esclavos de su mirada y levantaban las arenas de su fondo para dar paso a su caballo. Allí en fin donde toda la naturaleza, como todos los hombres, parecía sometida a la influencia mágica del caudillo.

Algo pues de muy serio, de muy fundamental en la sociedad, debía representar ese hombre con prerrogativas tan ajenas del resto de sus compatriotas, y lo representaba en efecto. Ahí está toda la historia política de la República, para declarar por nosotros la representación política del General Rivera.

Hecho el representante de la Campaña no podía ser al mismo tiempo el representante de la Ciudad. Si su espíritu perspicaz, y buenos deseos por la civilización de su patria, le hacían conocer de parte de quién debía partir el progreso y la civilización de ella, esto no serviría sino para amargar su con-

ciencia; pero retroceder era imposible. Retroceder era perderse. Era volver contra él, todos los elementos que lo defendían; y no había medio, entre continuar como la expresión de la Campaña, o perderse para siempre como la expresión de la Ciudad.

Por otra parte, hacerse representante de la civilización era despojarse de su prestigio personal, porque la civilización no lo reconoce en nadie. Continuar en el ejercicio de su poder, era conservar sus prerrogativas de *único* en el país; y esto está más en armonía con los instintos del corazón humano.

Bajo tal representación, el General Rivera, no podía ser sino el más serio inconveniente para la sociedad oriental.

Estudiado ya lo que él representaba en el país, veamos ahora la importancia social de su destierro, para estudiar después su importancia política, siguiendo el método que nos prefijamos en las primeras líneas de este artículo.

VIII

Si en nuestro artículo anterior nos fue necesario, al retratar al General Rivera como caudillo de campaña, declarar, con mucha satisfacción, que no ha usado jamás de su poder para ensangrentar su patria como tirano; porque en su corazón no hay indudablemente esos instintos de sangre y ferocidad, que hay, por ejemplo en el corazón de Oribe; y también porque en su inteligencia faltan ciertas capacidades que tiene Rosas, por ejemplo; necesario nos es también en este cuadro de nuestros *Estudios* declarar otros hábitos, otras calidades del General, que si no le hacen tanto honor como aquéllos, son por lo

menos igualmente ciertos y explicativos de todo lo que en adelante diremos, al considerar su destierro bajo el punto de vista de su interés social.

El General Rivera recibió de la naturaleza todas las condiciones de carácter, de corazón y de inteligencia, necesarias para disolver todo sistema, para entorpecer toda marcha regular, y para tener en convulsión perpetua cualquier país en que la casualidad le hubiese hecho nacer, y la fortuna elevádolo al rango de hombre público y poderoso. Los hábitos vinieron después en apoyo de esas condiciones naturales.

Desde los primeros pasos de su carrera pública, manifestó ser por carácter, inconsecuente, susceptible y desmetodizado, y fiel a esas condiciones de carácter, fue inconsecuente toda su vida con sus amigos, con sus opiniones y hasta con su patria. Su susceptibilidad le hacía perder cada día un hombre, que él reponía con otro por una prodigalidad; y cada año una facción, que él reponía con otra por una revolución. Su falta de metodo, su falta de sistema en todo, lo conducía personalmente a los mayores desaciertos en política, en administración y en guerra; y socialmente, lo hacía servir del más activo disolvente a toda la organización social y a toda organización gubernativa.

Por corazón, fue siempre débil en sus voluntades, e incapaz de elevar sus opiniones a la altura de esas convicciones robustas que dan a los hombres la fe y la conciencia de sus acciones, y que los conducen a veces hasta el sacrificio por ellas. Así sus opiniones eran siempre plantas sin raíces, que el menor soplo arrebataba. Falto de convicciones, falto de entusiasmo, porque no puede haberlo por lo que bien no se siente,

su fe individual y su fe pública, como que no tenían sus raíces en el corazón, ni eran defendidas por las habitudes morales como veremos más adelante, venían a ser esclavas de su carácter inconsecuente; y la palabra del hombre o la firma del magistrado, eran para el General Rivera una cosa vaga y sin importancia. Oíd al pueblo, que es la mejor historia de sus contemporáneos célebres, él os dirá "como promesa de Rivera" cuando quiere dar a entender que duda de lo que se le ofrece.

De su inteligencia, las principales capacidades son, la perspicacia y la rapidez en sus juicios. Pero estas condiciones que pudieron hacer una cabeza superior, por medio de una educación laboriosa, abandonadas a sí mismas como lo han sido, solo han servido para dar al General Rivera, un golpe de ojo sutil en cualquier circunstancia apurada, pero para llenarlo al mismo tiempo de ideas irrefleccionadas sobre todas las cosas, que lo han conducido siempre de error en error en todos los caminos de su carrera pública; y de donde solo lo han podido librar su poder o su fortuna o su caballo.

Agregado a todo esto, la ausencia completa de una educación ilustrada, y la influencia constante de todas las habitudes de caudillo, ya tenemos en el personaje que estudiamos, el más competente para destruir, para aniquilar, para disolver todos los elementos de orden, de justicia, de política, de hacienda, en una sociedad a cuyo frente lo colocara la fortuna de él y la desgracia de ella.

Perdónenos el General Rivera. Sabemos bien que cuanto más alto es el punto de que un hombre público ha caído, tanto más digna de respeto es su desgracia personal. Pero él es en la historia de la República,

casi toda su historia; y al estudiar cualquier época, cualquier situación de ella; no puede prescindirse de estudiar detenidamente, y de todos modos al General Rivera. Escriba sus memorias el General Rivera, dictadas por la fe y la conciencia, y habrá escrito la historia de su Patria.

Bien, pues, colocado el General Rivera, al frente de nuestras masas; constituido en su órgano, y en su representante inamovible; dueño del país desde el gobierno hasta el último peón de estancia; con ese carácter inconsecuente y desarreglado; con ese corazón sin fe, y con esa inteligencia desilustrada; con todas sus habitudes indolentes, y todos sus celos y susceptibilidades, ¿qué podría ser, decimos, el General Rivera, sino el disolvente más eficaz en la organización social?

Solo el amor al orden y al trabajo, la educación industrial, la asociación con el europeo pueden mejorar la condición de nuestro pueblo. Pero desgraciadamente al salir de la ignorancia española, pasa él a las manos de la guerra civil. En ella debía olvidar cada hombre el interés y la conveniencia personal, y el pueblo entero, el interés y conveniencia de la Patria. Bien luego a los primeros pasos de su carrera, el General Rivera se hace la gloria de encomendarse a sí mismo, que no falte a cada hombre y al pueblo todo el drama estrepitoso de la guerra civil. ¿Qué podía hacer en la paz, en el orden, en la justicia, y bajo el interés tranquilo de los pueblos?, nada, y él lo sabía bien, como lo saben todos los caudillos de su temple. Cuando no tiene enemigos por opiniones, él los forma por inconsecuencias de su carácter, por deslealtades, y muchas veces por defectos solamente de su educación. Estos enemigos van

aumentándose, y un año o dos después ellos son una facción, o quizá un partido; a la primera apariencia de apoyo, se vuelven declaradamente contra el caudillo que los ha engañado, ajado o consumido las fortunas. Las dos terceras partes de los amigos de Oribe hoy, son la obra del General Rivera.

La paz y el orden eran pues inconciliables con la presencia del General Rivera, y él atacaba de este modo la prosperidad del país por sus cimientos. En vez de hacer de la nación una sola familia, parecía complacerse en dividirla azuzando las susceptibilidades de partido, la división y el encono entre las dos clases generales de nuestra sociedad; y haciendo por fin interminables los obstáculos al progreso. Por una parte humedecía la tierra con la sangre de sus hijos en la guerra civil, por otra entorpecía en la sociedad el único resorte sobre que podía descansar: hablamos del gobierno.

Como Presidente o como General de Campaña, el gobierno, sea en su parte administrativa, sea en su parte política, era conmovido, relajado, y desistemado por la mano del General Rivera. Para sus necesidades de caudillo, o para sus prodigalidades personales, las rentas públicas eran devoradas por él solo. Ningún sistema, ninguna economía de hacienda podía establecerse ni ser bastante. Todos los impuestos, todas las rentas de la Nación no daban nunca para satisfacer, ya a sus empresas perniciosas a la salud pública, ya a sus caprichos de generosidad que enriquecían a éste o aquél de sus amigos con el hambre de la sociedad. La deuda pública se aumentaba, y el gobierno, exhausto siempre de recursos porque las arcas nacionales se vaciaban siempre entre las manos del General Rivera, se veía invadir día a día por

la relajación más inaudita en sus empleados, que por una lógica natural hasta cierto punto, se cobraban por ellos mismos lo que el General Rivera les quitaba; viniendo a constituirse el gobierno de la Nación en tesorero del General Rivera y centro de desorden y relajación perpetuos.

En su parte política, el gobierno era todavía más la víctima del General Rivera. Para la política interior del país, si quería ordenar y llamar a fusión todos los partidos y todos los hombres de la sociedad; oía de repente el galope del General Rivera que al cortar de un extremo a otro la Campaña, cortaba el plan y los adelantos políticos del gobierno.

Para la política exterior, Rivera era un obstáculo más poderoso todavía. Todos los Estados limítrofes conocían en el General Rivera el alma, la voluntad del gobierno, y la falta de fe en sus compromisos públicos, la burla que había hecho toda su vida de sus más serias obligaciones, despojaban al gobierno oriental de todo crédito, de toda respetabilidad en el extranjero.

Esto, entonces, ya era el colmo de la desgracia para el país, porque si los infortunios domésticos pueden traer a la Patria el desconsuelo, el demérito, en el extranjero traen la verguenza.

¿Cuál era pues el único medio para mal tan arraigado en la República? No había sino uno solo: separar de ella, al General Rivera.

Todos sentían esa imperiosa necesidad: porque tal ha sido para el país el General Rivera, que hasta sus propios partidarios, ya estaban agobiados con su presencia, y solo los ligaba a él la larga complicación de su destino común, o de su interés. Pero, ¿cómo conseguir la sociedad esta victoria sobre su

caudillo? Un paso falso podía dar al país peores resultados que lo que se quería evitar. Era necesario que lentamente se operase el plan y la ejecución por la sociedad misma, ayudada por circunstancias que llegasen a debilitar el poder del General Rivera y a aumentar el del gobierno de la Nación.

Esas circunstancias, empezaron a tener nacimiento desde que la invasión extranjera en la República, obligó a la Capital y a su gobierno, sacrificados por Rivera, a crearse medios de poder propios y de prestigio sobre el país.

Desterrar al General Rivera sacándolo del centro mismo de su poder era el último resultado que debían dar, esa serie de ventajas que ha estado reportando la Capital, durante el período sangriento de la invasión. Antes de ella, ¿quién hubiera sido el gobierno que hubiese ni siquiera concebido la idea de mandar a uno de sus Ministros de Estado a buscar al General Rivera dentro de su mismo Ejército y decirle: "El Gobierno ordena; General, que deje Ud. el mando del Ejército, y se extrañe del país?". El General Rivera habría mandado al Durazno al Ministro mensajero de tal orden, y él en persona habría hecho enseguida una visita a la Capital, donde por cierto, ya no hallaría ni en el Ministerio, ni en sus casas, a los que firmaron su destierro.

Ha sido necesario que la Capital haya ganado día por día una influencia moral sobre la Campaña; que se haya hecho también una potencia militar; que se haya hecho capaz de mostrarse por sí sola suficiente a resistir lo que ella nadie más ha resistido; y que el gobierno haya tomado también por sí solo toda la responsabilidad de la situación, haciendo respetarse del pueblo y emancipándose de toda influencia que

no fuera la influencia de la constitución, o de las exigencias extraordinarias de la época. Ha sido necesario, en fin, que las ideas tomasen un carácter de iniciativa en todos los asuntos, en todos los elementos de la sociedad oriental, para que el gobierno haya podido obtener al fin, lo que hace mucho tiempo era la necesidad vital de la República.

Apoyado en esos progresos morales, en esa convicción general, a que habían dado origen multiplicados sucesos en los últimos cinco años, de que el poder del gobierno podía extenderse más allá de la Capital, y que el poder, y el prestigio del General Rivera, descendía a medida que el gobierno obraba con libertad, el gobierno eligió el momento para obrar, y al imponer su destierro al General Rivera, no hizo otra cosa que hacerse el intérprete de la situación, consumando lo que ella misma había preparado y exigía.

Ausente del país el General Rivera, la sociedad ha ganado una victoria sobre ella misma. Los resultados no pueden medirse aún, en su carácter social —que es el único en que hemos tratado el destierro del General Rivera en este artículo—. Porque la guerra actual inhabilita a la sociedad para conocerlos; pero ellos están bajo el dominio de toda inteligencia que conociendo el pasado de la República, conozca el origen de sus desgracias.

Si el destierro del General Rivera, considerado bajo el punto de vista social, ha librado al país en lo futuro, de los males que lo han agobiado en su pasado; estudiemos ahora los resultados que él ha dado, bajo su aspecto político.

Pero téngase presente que cuando hablamos de ventajas futuras que habrá de dar la separación del

General Rivera del país, no es porque dudemos que en este momento mismo están fermentando en su cabeza los planes con que piensa recuperar su posición perdida; no porque dudemos que él llegue a ejecutarlos, sino porque más adelante expresaremos la confianza que nos asiste de que la sociedad entera con todos sus partidos, con todos sus círculos políticos y personales, ha de conocer el interés positivo que tiene, en dar apoyo y hacer estrictamente nacional la resolución del gobierno que desterró al General Rivera.

IX

Para estudiar el destierro del General Rivera en su importancia política, es necesario no olvidar, cómo en nuestros artículos anteriores hemos considerado la guerra actual de la República. Que hemos dicho que, bajo un aspecto político tenía lugar una guerra de principios. Que esos principios eran, el de la revolución americana por una parte; el de la reacción contra esa revolución por otra.

Que esos principios estaban sostenidos el uno por nuestras masas, el otro por la parte civilizada de nuestra sociedad.

Y que eran representados, el principio civilizador, por la asociación de todas las ideas de la revolución, y el principio retrógrado por los caudillos militares.

Estableciendo este punto de partida, diremos ahora que para nosotros nunca ha habido cosa más incompatible, paradoja política más extraña que ver a D. Fructuoso Rivera, batiéndose con D. Juan Manuel Rosas.

Alguno de los dos debía pelear contra sus principios, contra su conciencia, contra sí mismo.

Ambos tenían en juego iguales elementos. Ambos elegían caminos, iguales o diferentes, que conducían a un mismo fin; y nadie mejor que ellos se entendían sin hablar.

D. Juan Manuel Rosas es un perfecto caudillo, bajo las condiciones que, para merecer este rango, hemos visto antes que son indispensablemente necesarias.

D. Fructuoso Rivera es un perfecto caudillo, bajo esas mismas condiciones.

Rosas levanta las masas argentinas y se apoya en ellas, para ser el único más fuerte en la República.

Rivera levanta las masas orientales y se apoya en ellas, para ser el más fuerte en su Patria.

Rosas corteja los instintos de esas masas, y marcha al frente de la reacción bárbara contra la revolución social.

Rivera hace exactamente lo mismo en la República Oriental.

Rosas se hace dueño absoluto del gobierno y del país.

Oíd al actual Ministro de Gobierno en la declaración que antecede a la publicación de los documentos relativos al destierro del General Rivera: "Considerándose siempre el Presidente de la República, en ejercicio de sus funciones, cualquiera que haya sido su posición social, y las circunstancias en que se encontrase, en dondequiera que personalmente se hallase, establecía su gobierno, sistemaba su administración, hacía prevalecer su política, rompía convenciones, las más solemnemente hechas, hacía otras por sí, y ante sí, sin más autorización ni requisito

ni objeto que los cálculos de su conveniencia individual; gobernaba, en suma, a su modo". Este retrato exacto, es también el de Rosas; si no se quiere establecer por diferencia, que Rosas ha residido siempre en Buenos Aires, y Rivera en todos los puntos de la República.

Rosas para no tener oposición, degüella, o hace salir del país, a toda la clase distinguida en luces, en probidad o en patriotismo.

Rivera no degüella, pero anula, veja, desprecia y precipita al centro de los partidos contrarios al suyo, a todos los hombres capaces de mejorar la condición de su país; segrega a otros de los negocios públicos; hace sus autómatas a los que concede un destino cualquiera, y queda él como el solo gobierno, la sola autoridad en el país.

Rosas se hace dueño de las rentas públicas, y las emplea en sus guerras, y en hacer palacios para su hija.

Rivera se hace dueño de las rentas públicas, y las emplea en sus guerras, y en regalar estancias a sus amigos.

Rosas confisca los bienes de sus enemigos.

Rivera no confisca, pero dispone de todos los bienes de amigos y enemigos.

Rosas proclama enemigos de la América a los europeos y provoca sus hostilidades legítimas.

Rivera, aun recibiendo apoyo y dinero de los europeos, les llama *gringos,* les falta a los compromisos que contrae con ellos, y hace creer a sus soldados que las miras de los europeos son interesadas en el país.

¿Se puede concebir ahora una guerra de convicción entre estos dos hombres?

Uno de los dos, sin embargo, aborrece al otro y desea su ruina; éste es Rosas, pero, ¿por qué?, no hay nadie que pueda explicarlo, porque debe tener su origen en algún odio personal, en alguna superstición quizá; porque en todo aquello que puede servir de base a los cálculos humanos, no hay una sola razón para que Rosas aborrezca al que mejor se le parece.

Rivera, por su parte, jamás ha mirado con disgusto ni el sistema ni la persona de Rosas. Celos políticos no podría haberlos, porque cada uno de los dos caudillos obraba en país independiente; y si a pesar de esto alguno de los dos hubiera podido tener celos o temor del otro, ése hubiera sido el General Rivera, por la menor abundancia de poder, relativo al que dan a Rosas el número crecido de elementos y sobre todo el arreglo de su sistema. ¿Con quién mejor que con D. Juan Manuel Rosas, hubiera podido entenderse D. Fructuoso Rivera, ambos tan de a caballo y tan baqueanos? Rivera lo sabía bien, y no ha sido su amigo, porque jamás Rosas ha querido serlo de él.

Pero si Rosas no quería su amistad, nunca Rivera podía prescindir de reconocer un igual en el caudillo argentino, y de hacerle apenas, y de mala gana una guerra de resistencia, que siempre terminaba sus períodos, en darle el mismo Rivera triunfos o caminos de triunfar a Rosas. ¡Y cómo no, si triunfar Rosas era triunfar el General Rivera! Al lado del General Rivera y por una de esas extrañas complicaciones que frecuentemente trae consigo la guerra social, se habían amontonado los hombres y los principios con que pugnaba Rosas; hombres y principios con que pugnaba Rivera; y triunfar Rosas sobre ellos, no era

por consiguiente sino triunfar Rivera por medio de su enemigo.

Vencido Rosas en la República Argentina, se vencía el mismo principio en que se apoyaba el General Rivera, y la ruina de aquél vendría a ser poco después o al momento la ruina suya. El lo comprende bien, y trabaja desde el principio de la guerra para librar al aliado de sus principios, de todos los golpes de muerte que amenazaban su cabeza. Y de aquí, ese estorbo permanente que puso con sus intrigas y con sus abandonos inesperados, a todos los elementos que se organizaban contra el poder de Rosas; y ahí está Lavalle, Ferré, Paz, la intervención europea, el gobierno de Montevideo, hostilizados e intrigados por el General Rivera en todo aquello que se dirigía seriamente contra Rosas. Oíd todavía al actual Ministro de Gobierno en estas palabras históricas en que no hay una sola sílaba que no sea verdad: —"Ha contrariado y aun ha hostilizado, a la revolución argentina, que los más claros y vitales intereses del país aconsejaban que se fomentase y protegiese a toda costa. Ahí está lo que hizo con el General Lavalle hasta la batalla del Sauce Grande y con el General Paz antes y después de Caaguazú".

"Es así como nos alejó las simpatías de la Francia, cambiando su cooperación en la guerra, por unos cuantos miles de pesos tomados bajo una promesa que no cumplió, y contribuyendo así poderosamente al triunfo del Gobernador de Buenos Aires. Ahí está el tratado de Mackau".

En lucha abierta con su conciencia y sus principios, parecía que los ejércitos a cuyo frente se ponía para resistir a Rosas, eran un peso que lo fatigaban, y de que quería libertarse. Contra órdenes expresas

del gobierno, hace acuchillar un ejército en los campos del Río Grande, y dice después a uno de sus generales de infantería: "retírese Ud. a la Ciudad, ahora mi Patria van a ser las cuchillas". "Pero es preciso defender la Capital", le confiesa el general. "Bah", dice Rivera, "¿y qué me importa la Capital?". Y no le importa en efecto, porque importarle era dar mérito al elemento contrario a sus principios, y queda como lo dijo, escaramuceando de cuchilla en cuchilla de la República, mientras que Rosas, su amigo de conciencia y de principios, hacía marchar entre los cuadros de sus batallones el principio mismo, sí, que el General Rivera encerraba en su corazón. La Ciudad se defiende, se libra por sí sola del yugo de los invasores; y cuando la Inglaterra y la Francia se presentan en nuestras aguas a dar protección a la independencia de la República y hacer triunfar con la causa de ésta la causa de los principios y de la civilización, el General Rivera se asusta de un suceso que iba a arrebatarle su influencia y el poder de sus principios en el país, y vuela en busca del ejército de Rosas para obtener por sí solo lo que la Capital y la intervención pretendían, y asegurar con un triunfo militar el triunfo también de sus ideas, vaciadas en el molde mismo de las ideas de Rosas: ésta es la causa de la batalla de la India Muerta, cuyo resultado no fue sin embargo tan feliz como lo pretendía el General Rivera. Y eran ya dos ejércitos perdidos por él en una misma guerra.

Arrojado al Brasil, no vuelve a su Patria, sino para traerle con su presencia uno de esos conflictos más lamentables que la pérdida de un ejército. El ataque al gobierno, el insulto a las personas que lo componían, la insubordinación en la guarnición

de la plaza, la ingratitud para con sus mejores defensores, y por último la sangre y el escándalo fue el paso de introducción del General Rivera en la capital de su Patria, al volver del extranjero sin un solo hombre de dos ejércitos que había tenido a sus órdenes, y sin un solo hecho de toda su conducta militar anterior que no le hiciera acreedor a un banco en un consejo de guerra.

Esto era todavía un nuevo triunfo del caudillo, porque el desorden, la falta de respeto a la ley y a la autoridad son por desgracia los atributos principales de éste.

A merced de ese triunfo arroja del puesto de honor a todos los que con su sangre habían contribuido a la defensa de la Capital; y a todos aquellos, que habían consagrádole desde los primeros pasos de su carrera pública, una vida sin manchas anteriores, y que ofrecía una esperanza de porvenir a la Patria. Y a merced de ese triunfo él vuelve a organizar a su modo, la defensa y las autoridades de la Capital; y arrebatándole sus mejores soldados, parte enseguida a levantar un nuevo ejército de campaña.

Son muy recientes estos sucesos para que queramos historiarlos; y demasiado funestos para querer nosotros presentarlos con los colores que podríamos hacerlo a la memoria de los que nos leen. Todos saben lo que importan los nombres de *Paysandú* y *Mercedes* para ese tercer ejército del General Rivera

. . . .

Maldonado fue su último refugio; y el de los desgraciados restos de ese ejército.

Pero ahí debía el General Rivera dar cumplimiento a toda su conducta en la presente guerra.

Ahí debía por fin, arrancarse esa careta de hierro que sofocaba a sus principios y a sus más antiguas y practicadas tendencias. Ahí debía decirse por fin: "basta de *ciudad* y de *europeos*, yo no soy ni he sido nunca enemigo de Rosas"; y empieza por *casualidad* y por *fracaso* a conversar con Oribe y a firmar artículos de transacción, por medio de los jefes enemigos Acuña y Barrios; y a proclamar, como Rosas, que los europeos *querían hacerse dueños de la tierra.*

Todos conocen los documentos a que nos referimos.

Entonces la medida del escándalo había rebordado, y el gobierno de la República, que había vuelto a manos de hombres que no dependían de la voluntad del General Rivera, dio ese golpe lleno de valor y de previsión política que arrancó al General Rivera del país y llevó al extranjero para que la República respirase libre. Y esta resolución es de aquellas, como hemos dicho otra vez, cuya importancia no puede medirse sino por los resultados prácticos que van dando.

Ausente del país el General Rivera, queda perfectamente definido el principio de cada uno de los dos contrarios en la presente guerra: Rosas por una parte invadiendo con el principio bárbaro; el gobierno de la República resistiendo, por otra, con el principio civilizador.

Para los gobiernos extranjeros, queda el de la República libre de ese inconveniente a su crédito y a su responsabilidad política que ofrecía la presencia del General Rivera, cuyo nombre sólo era para los gobiernos extraños, un aviso de desconfianza.

Para el país, con todos sus partidos políticos, el gobierno no representa hoy sino una cosa: *El Gobierno de la Nación.*

Ya no hay Rivera, ya no hay partido personal como se ha dicho tantos años.

Ya no hay sino un gobierno oriental que no transige ni con los mismos que le han pertenecido, si ellos llegan a olvidar la Patria; pero que no niega a ningún hombre que haya nacido en la República, el olvido de sus opiniones de partido, si vuelve al lado de la justicia y de la Patria.

Ahora ya no hay guerra de Rivera y Oribe, sino de Rosas y la República: o más propiamente dicho, del principio de reacción bárbara representado por aquél, y del principio sano de la revolución representado por los que resisten a Rosas.

Es así cómo, creemos, debe entenderse el destierro del General Rivera, y la nueva situación de la República; y bajo este modo de entenderlo escribiremos la *conclusión* de nuestros *Estudios.*

X

Conclusión

En nueve artículos hemos hecho el análisis de todos los elementos que marcan, por sí solo cada uno, un progreso social en la situación; y en uno más, vamos a estudiarlos en su síntesis más general, completando así el pensamiento que nos propusimos. Completándolo mal, si se quiere, porque nosotros mismos no hemos pretendido hacer un trabajo perfecto, cuando tenemos que escribir para las columnas de un diario, en que es preciso trabajar siempre cual-

quiera que sea el grado de reposo del espíritu, y casi medir la cantidad de las palabras, por la cantidad de los tipos. Pero si en los bosquejos rápidos con que hemos determinado el gran cuadro de la situación, no hemos llegado ni de cerca a la perfección que ellos requieren, nos consuela el saber que la *verdad* más escrupulosa hay en todo cuanto ha salido de nuestra pluma; porque ella es sobre todos los intereses, el interés principal de un buen escritor.

Hemos determinado y definido la guerra de principios en que se halla envuelta la República; y los representantes de esos principios.

Hemos descubierto a la Capital del Estado, pasando del extremo del vasallaje en que la tenían el poder y el prestigio de los caudillos, al otro de fuerza y de independencia, garantiéndose las ideas con el fusil de los ciudadanos.

Hemos visto que una juventud educada entre la molicie de una Capital que no había sentido sino de muy lejos el estrépito de la guerra, se volvió de repente una juventud militar, adquiriéndose en los combates un poder y un prestigio suyos exclusivamente, que ha sabido hacerla respetar y considerar hasta de los propios enemigos. Hemos presentado con una rigurosidad histórica, la manera de ser del gobierno oriental antes de la invasión, y la que conquistó después de ella, cuando los altos destinos públicos empezaron a pasar a manos de hombres que no estaban ligados al prestigio de los caudillos ni a la dependencia, más nociva aun a la salud de la Patria, en que estaban de su propia debilidad.

Hemos, por último, descubierto social y políticamente el valor de ese paso reciente del gobierno, que se llama *destierro del General Rivera.* Paso que

importa por sí solo, lo volveremos a decir porque así quisiéramos que lo entendieran todos, un verdadero progreso para el país, con todos sus partidos, con todos sus círculos, con todos sus intereses sociales y materiales. Porque para todos y para todo el General Rivera no ha sido sino el inconveniente vivo; el desorden y la anarquía y la ruina personificados en un hombre. ¡Oh, y hemos sacrificado gran parte de la verdad histórica y todas nuestras más sentidas convicciones por no descargar todavía, sobre la frente del General Rivera, todo el peso de su criminalidad política! No es en las columnas de un diario sin nombre, en que hemos de historiar la vida pública del General Rivera, complicada con sucesos más vastos, y con intereses más generales, que aquellos en que lo hemos estudiado. Y repetimos ahora lo que dijimos al principio de estos *Estudios:* ningún hecho personal, ninguna ofensa del General Rivera a nuestra persona ha dado inspiración a nuestras palabras; porque si tal fuese, no nos consideraríamos competentes para juzgarlo. Es más grave nuestro resentimiento con él; nace de la ofensa que ha hecho a toda la clase a que pertenecemos; a todos los principios que profesamos; a todas las ideas de la revolución social a que pertenecemos con conciencia y con obras desde muchos años antes de escribir estas palabras.

Si los males que han sido la obra del General Rivera, hubiesen pesado solamente sobre un partido o sobre un círculo político, nosotros que jamás hemos pertenecido a partidos ni perteneceremos jamás, no tendríamos derecho de fiscalizar acciones que ni indirectamente nos tocarían; pero ahí está el destino de los dos Estados del Plata sacrificado por el General Rivera; ahí está Rosas en Buenos Aires impo-

niendo el yugo de la esclavitud y la barbarie; ahí está Oribe frente a nosotros devorando la sangre y la prosperidad de la República; ahí están y con ellos la obra del General Rivera. Cualquiera pues, y por humilde que sea nuestra posición social, nos da derecho a descubrir las causas de la desgracia común a que pertenecemos... Tarde, muy tarde por desgracia, llegó la época en que se ha podido echar por tierra esa muralla, más de prestigio que de poder real, en que se ha estrellado siempre la libertad y la justicia de millares de hombres.

Pero tarde para evitar males que ya pesaron sobre los pueblos, marca el alba de una nueva época en que empiezan a desenvolverse a las orillas del Plata, ese poder y ese prestigio de las ideas que han de dar a los pueblos, lo que han esperado en vano de las bayonetas. Sí, la ruina política del General Rivera no debe su origen, como quiera que se estudie, sino al progreso lento, pero eficaz de las ideas sobre la fuerza material que las oprimía. Los hombres que han firmado el destierro del caudillo militar, no han salido de las montoneras ni de los motines militares, sino del centro de esa clase de nuestra sociedad americana, que, elaboró nuestra revolución social, y fue después a ser guerrera sobre los campos de batalla, política en el gabinete, y víctima noble y orgullosa en el caos de nuestras contiendas civiles, cuando el torrente de la reacción bárbara se despeñó sobre las cabezas santificadas por la mano de la civilización. Y los que han firmado ese destierro no han hecho sino hacerse intérpretes de la expresión general que ya era demasiado sentida, para no ser escuchada y satisfecha. Y esa expresión no ha sido tampoco la obra de una inspiración del momento,

sino el resultado de esos progresos parciales que hemos determinado antes y que marcan la fisonomía especial, de nuestra situación. Rosas y Oribe han de caer también bajo el peso de ese progreso social, imperceptible entre ese montón de ruinas materiales en que vivimos; pero seguro, eficaz, infalible como todas las cosas que dependen de las leyes fijas y establecidas por Dios sobre la Humanidad. Es esa influencia de las ideas de lo justo, de lo útil, de lo bueno, que se filtra en las sociedades humanas sin absolutismo y sin esfuerzo, lo que ha de hacer caer esos colosos a quienes el cañón no ha derribado. Es esa potencia irresistible de la civilización, que recorre el mundo bajo las formas del comercio, de las artes, de la industria, de los libros, que en todas las cabezas deja una idea, en todos los corazones un interés; que empieza por el bienestar de cada hombre, y acaba por la felicidad pública, lo que ha de complementar el pensamiento de la revolución en que nacimos; lo que ha de tumbar esos símbolos vivientes de nuestra vida vieja, lo que ha de dar la paz, el orden, la justicia, y con ellas la libertad a los pueblos, que de la arena espléndida donde se batieron por su independencia, pasaron al campo lúgubre donde rasgaron sus entrañas con el cuchillo de la guerra civil. Por eso la perseverancia en la propaganda de los principios sanos de nuestra revolución; la publicación periódica de las ideas de justicia, de moral pública, y de los beneficios de la paz y del orden, es tener un fusil y batirse con las dictaduras que nos han oprimido y quieren todavía oprimirnos; es el verdadero apostolado que nos ha legado la guerra de la independencia política, para poder conquistar la libertad y la felicidad de nuestros pueblos. Pero una per-

severancia que no desmaye ni con los reveses públicos ni con los peligros individuales. ¿Por qué en menos de dos siglos extendió el Cristianismo su conquista opulenta sobre el continente americano? Porque los varones apostólicos eran hombres de constancia y de fe para los cuales no había ni hambre ni desiertos ni montañas, y adonde encontraban dos hombres allí alzaban la cruz y la palabra evangélica. ¿Por qué en menos de diez años no se vieron sino banderas blancas y azules bajo los cielos americanos? Porque nuestros padres fueron hombres de corazón y de constancia, y una derrota no era otra cosa para ellos, que un golpe de campana que los llamaba a nuevos ejercicios en esa religión sublime de la Patria.

Y a merced de esa fe y esa constancia, hemos de fijar también en las orillas del Plata el triunfo de los principios, con el pensamiento santo de nuestra revolución americana.

En la República Oriental, no es todavía sino un triunfo parcial de esos principios, lo que ha adquirido y lo que ha hecho durante el período sangriento de la invasión de Rosas. Pero él importa sin embargo todo un progreso, todo un principio de mejora social cuyas consecuencias no es tiempo todavía de medir. Una Ciudad Capital que se hace guerrera; resiste cinco años a un ejército formado de todos los elementos acostumbrados a ser vencedores entre nosotros; que para esa resistencia se crea hombres y principios nuevos; y establece de más cerca relaciones con la Europa, no es un hecho en la América que puede tener un carácter vago y de transición; todo eso es colocarse ciertamente sobre las bases mismas de la revolución americana. ¿Qué sería necesario para que esas consecuencias fueran más inmediatas, y en

dimensiones más vastas? ¿No serían suficientes para ello un poco de desinterés y de olvido, en esas multitudes de ciudadanos que se llaman partidos políticos, y que extraviados en el laberinto de las pasiones, invocando la salud de la Patria se convierten en el cáncer de su existencia social? ¿Por cuáles hombres, por qué partido se pelea hoy dentro de la capital del Estado? ¿Qué hay dentro de ella, sino los principios mismos que se proclamaron hace 37 años en la América? ¿No es la guerra contra el poder individual de los mandones, y contra los principios retrógrados, que avasallaron las poblaciones americanas, lo que hoy se proclama y se sostiene dentro de los muros de la Capital? ¿Rosas y Oribe al frente de las masas incultas y fanáticas, triunfantes por el poder del número, pueden dar a los pueblos los beneficios de la paz, de la justicia, y del orden que son los atributos de las ideas y el blanco de los esfuerzos comunes de la clase inteligente y liberal? ¿Es de conciencia que los amigos de esos hombres nos echan en cara nuestras simpatías por la Europa? ¿Es de la Europa o de la misma América que nos han venido las desgracias que lamentamos? ¿Es en las tribus de la Pampa, porque han nacido bajo los cielos americanos, que habremos de buscar el remedio a esas desgracias? ¿No es la Europa con sus revoluciones, con sus principios, con su ciencia, la escuela donde aprendimos las primeras ideas que sirvieron a nuestra regeneración política? ¿No es la Europa la que está a nuestros ojos desde el libro en que aprendemos a leer, hasta esos compendios de la vida civil, que se llaman Constituciones y que han aceptado para su felicidad los nuevos Estados de la América? ¿No es el pensamiento europeo el que vemos

reproducirse desde nuestros trajes hasta nuestras teorías sociales, desde nuestros saludos hasta nuestros conocimientos en ciencias, en artes, y en todo cuanto hace dar el nombre de civilizados a los hombres? ¿Es el saber domar potros y carnear reses, lo que ha de constituir la civilización americana? ¿Nuestros padres, en medio de los conflictos públicos en que la revolución los ponía, pensaron alguna vez siquiera, que el complemento de su grande obra podría venirnos del pueblo inculto de la América? ¿De nuestras multitudes atrasadas y perezosas, dormidas tranquilamente bajo el despotismo español, surgió acaso el pensamiento santo de nuestra revolución? ¿No fue del corazón de las ciudades de donde partió el grito de libertad que fue vibrando de extremo a extremo sobre el continente de Pizarro? ¿Y sería del fondo de las campañas de donde vendría hoy a las ciudades, por la boca de los caudillos, la expresión de nuestra nueva existencia? ¡La Europa! La Europa no ha sido para nosotros sino el libro abierto donde hemos aprendido nuestra existencia social. La Europa con todo su poder y con sus principios monárquicos, a nosotros menos fuertes y republicanos no nos ha prodigado sino consideraciones y esmero desde que nos separamos de la España; y, entretanto, cuanta ofensa y cuanta desgracia hemos sentido, nos han venido de la América misma. Las decepciones políticas de los gabinetes europeos, que muchas veces han sublevado contra ellos el espíritu de los americanos, no han sido sino la obra misma de la inexperiencia en que vivimos todavía, que empieza casi siempre por alucinarnos y acaba por hacernos culpar a los hombres de lo que no es culpa sino de la naturaleza de las cosas.

¿Sería acaso de conciencia también, que nuestros enemigos políticos nos echan en cara la mayoría con que cuentan, y con que quieren justificar su causa? ¡Oh, por Dios!, esto menos que lo otro todavía, podemos creer que sea la expresión de la conciencia de nadie, que haya pasado un día siquiera de su vida leyendo o meditando el modo como están constituidas las sociedades humanas. En ningún país, en ninguna asamblea, en ninguna asociación humana la verdad y la inteligencia están representadas por las mayorías. ¿Qué principio, qué orden de cosas contrario y nocivo a la moral, a la libertad y al cristianismo en toda su más alta filosofía, no podría sostenerse con esa utopía ajena de la naturaleza humana, que fue a buscar el autor del Contrato Social entre los sueños de oro de la Grecia, para transportarla a la vida práctica de nuestra civilización moderna? ¡Qué sería de la infeliz América, si los principios de su orden social hubiesen de nacer del voto de sus mayorías! Si los que peroran de mala fe, o de buena fe, pero ignorantes, la doctrina del mayor número, quieren tirar de sus manos porque son impresos en las tipografías europeas, todos los estudios de la ciencia social, en que está definida y abandonada sin réplica esta cuestión, recurran entonces al examen práctico de cuanto se discute a sus ojos. En diez hombres, o en diez millones de ellos, los principios son exclusivos e inmutables; y en diez, en cien, o en millones de hombres, verán que no es de la mayoría de ellos de donde nace el orden, ni el progreso de todos. ¿Qué es en un pueblo, una asamblea representativa? Es una minoría que da leyes, y determina la acción y la marcha de la mayoría. ¿Qué es en una asamblea la minoría de ella? Es el talento, la ilustración y la

experiencia. ¿Qué son en fin la Francia y la Inglaterra sino la minoría del mundo: qué una capital sino la minoría de un Estado: qué el genio sino la individualización de la inteligencia humana; y qué representa todo esto sino la civilización del mundo, el progreso de los Estados y la gloria de la Humanidad?

Pero si no es de buena fe que esa doctrina es sostenida, y ese odio al europeo propagado, ¿por qué no se pone fin a esa violencia de la conciencia? ¿Qué es Rosas para los orientales, sino el enemigo nacional, y sobre todo la expresión más elocuente de la barbarie? ¿Creen los que se han puesto la bandera de la dictadura, que los que combatimos contra ella lo hacemos por animosidades personales hacia ellos, o por obligación de lisonjear a alguien? ¿Nada dice para ellos el destierro del General Rivera?

Somos sus enemigos mientras representemos ambos los principios opuestos que se combaten; pero no damos precio a nuestros enemigos, sino en tanto que ellos nos hostilizan; no es a los hombres sino a las ideas que ellos representan que combatimos, pero ese combate cesa el día que ellos dejen de aumentar el número de esas ideas. Ni mendigamos amigos, ni incitamos a nadie a defecciones; porque éstas no caben cuando los compromisos que se han adquirido tienen por origen el error o la fiebre de las pasiones; pero si un falso punto de honor en unos, o la influencia de las pasiones innobles en otros, les pone un dique en la senda de la justicia y de la Patria, no por eso el triunfo de los principios que defendemos será menos benéfico para todos. Oribe y Rosas han de desaparecer más temprano o más tarde de la escena pública en que han representado el drama de crímenes que les cupo por misión en el mundo, pero

el progreso de las ideas no tiene una vida normal y de transición; y con él hemos de invitar más tarde a nuestros enemigos de hoy, a gozar de la paz, de la justicia, y de los beneficios adquiridos.*

* *"El Conservador"*, Núm. 17, Montevideo, sábado 20 de noviembre de 1847, Pág. 2, Cols. 1 y 2, Núm. 18, Montevideo, lunes 22 de noviembre de 1847, Pág. 1, Cols. 1 a 3 y Pág. 2, Col. 1; Núm. 19, Montevideo, martes 23 de noviembre de 1847, Pág. 2, Cols. 2 y 3, Pág. 3, Col. 1; Núm. 21, Montevideo, jueves 25 de noviembre de 1847, Pág. 2, Cols. 2 y 3, Pág. 3, Col. 1; Núm. 22, Montevideo, viernes 26 de noviembre de 1847, Pág. 2, Cols. 1 a 3, Pág. 3, Col. 1; Núm. 24, Montevideo, lunes 29 de noviembre de 1847, Pág. 1, Cols 1 a 3, Pág 2, Cols. 1 y 2; Núm. 25, Montevideo, martes 30 de noviembre de 1847, Pág. 1, Cols. 1 a 3, Pág. 2, Cols. 1 y 2; Núm 27, Montevideo, jueves 2 de diciembre de 1847, Pág. 2, Cols 2 y 3, Pág. 3, Cols. 1 y 2; Núm. 30, Montevideo, lunes 6 de diciembre de 1847, Pág. 2, Cols. 1 a 3, Pág. 3, Col. 1, Núm. 32, Montevideo, jueves 9 de diciembre de 1847, Pág. 1, Cols. 1 a 3, Pág. 2, Cols. 1 a 3, Pág. 3, Col. 1.

REPLICA A LOS "ESTUDIOS SOBRE LA SITUACION"

Terminada por *El Conservador,* diario oficial del gobierno intruso de los salvajes unitarios en Montevideo, la publicación de sus estudios sobre la situación, vamos a ocuparnos en su examen con alguna detención; bien que sin pasar los límites a que por su mismo carácter está reducido el periódico en que escribimos.

La producción de *El Conservador* a que nos referimos, es tal vez la más extravagante y superficial de cuantas de su género han salido de la prensa salvaje unitaria; y eso que éstas no son pocas. Un escrito a cuyo frente se ha puesto un título que anuncia investigaciones profundas y grandes esfuerzos de meditación, hacía esperar por cierto, otra exactitud, otra congruencia, otro fondo. Mas de tal manera peca contra estas cualidades indispensables en toda composición sobre materias graves, y tal estilo hueco y rapsódico usa, que los hombres serios no habrán podido seguramente dejar de reírse de él, con aquella risa del entendimiento que inspira la contemplación de un gran desatino proferido en tono magistral y énfasis profético. Esperamos que este juicio que aquí adelantamos, aparecerá abonado con lo que hemos de decir en el curso de nuestras subsiguientes reflexiones.

La primera que haremos, y antes de entrar al examen arriba expresado, es relativa al uso frecuente e inmoderado que hacen de la poesía y de los arbitrios oratorios los escritores salvajes unitarios, en las

discusiones más graves, y en las materias que piden una reflexión más fría y reposada. Echar mano de estos recursos; poner un sentimiento apasionado donde solo debía estar la simple razón; emplear la figura en lugar del argumento seco y descarnado; presentar rasgos elocuentes y agudezas alambicadas donde se piden conclusiones lógicas rectamente deducidas, es mostrar que se conoce la mala parte que se defiende, que se teme por eso sucumbir en un debate leal y franco *a ratione,* y que así lo que se quiere es distraer con el ruido y movimiento de la oración, y confundir y embrollar con la mezcla de sentimientos y especies impertinentes para ocultar el error que se sustenta, y dificultar el descubrimiento de la verdad. Esta manera falsa de tratar las cuestiones se encuentra en todos los artículos en que *El Conservador* ha explicado *sus estudios sobre la situación;* y no es lo que menos los haría sospechosos a un buen e imparcial observador, si su propio contenido no descubriese sobrado lo que en la realidad significan e importan.

Reduciendo a su más simple expresión la tesis sostenida por *El Conservador,* resultan cuatro proposiciones principales del tenor siguiente: 1ª) La América antes española se halla entregada a la acción de dos elementos contrarios, el de la *civilización* y el de la *barbarie,* que en ella combaten incesantemente y son causa de sus guerras civiles. El de la civilización es representado por las ciudades, y envuelve el principio de la *revolución americana:* el de la barbarie tiene su representación en los campos y produce la *reacción colonial.* 2ª) La lucha en que está la República no es otra que la de esos elementos contrarios. Montevideo defiende el de la civilización;

nosotros los de la causa legal, el de la barbarie. 3ª) Rivera ha sido expulsado del país por efecto de un triunfo de la civilización, y por servir a ésta. 4ª) Habiéndonos venido de la América todo lo malo, y de la Europa todo lo bueno, a ésta hemos de ocurrir por el bien que aquélla no nos puede dar.

De estas cuatro proposiciones hemos de tratar primeramente y enseguida pasaremos a discutir una serie de cuestiones incidentes comprendidas en lo que ha escrito *El Conservador* en sus artículos consagrados al estudio de la situación. Desempeñaremos esta tarea con toda rapidez, a fin de ocupar con ella las menos columnas que podamos de nuestro periódico.

No entra en nuestro plan, ni es necesario, investigar cuáles son las causas de las continuas alteraciones a que han estado sujetos los pueblos hispanoamericanos desde su emancipación política.

Materia es ésta que para ser tratada como correspondía ha menester otro tiempo que aquel de que podemos disponer, y un campo más vasto que el que puede ofrecérsele en un periódico de tan estrechos límites como el que redactamos. Por esta consideración nos abstendremos de ocuparnos en el examen de la 1ª proposición con el detenimiento que su importancia merecía; y solo haremos algunas observaciones con relación a ella, que dejamos para cuando hablemos de las teorías y parte filosófica de los estudios de *El Conservador.* Empezaremos por tanto por la 2ª proposición.

Veamos cómo la establece *El Conservador,* y para ello copiaremos sus mismas palabras:

"Pocas veces se habrán hallado sobre la superficie del globo límites más comprensivos dividiendo a la par del terreno, dos principios más serios en la

vida de un pueblo, que los que fijan esas líneas de fortificaciones que hoy dividen a Montevideo de su campaña".

"Dentro y fuera de Montevideo están hoy frente a frente los dos elementos de que se compone la sociedad entera de América: están los principios de la tiranía y de la barbarie de un lado; están los principios de la libertad y de la civilización del otro. He aquí la América en sus dos altas y generales cuestiones".

"Rosas y Oribe están al frente de las masas incultas y fanáticas, triunfantes por el *poder del número*".

"El ejército de Rosas pasa el Uruguay y se precipita sobre los campos orientales. No viene solo, viene con orientales. En su tránsito él encuentra para alistarse en sus filas más orientales todavía, ¿por qué?, ¿no es acaso un ejército extranjero que invade? No; bajo esa bandera extranjera hay otra cosa que es común con todos los que se asocian a ese ejército. Hay un pensamiento que todos comprenden, de que todos hablan, que a todos halaga. Aquí está Oribe, dicen: pero éste es el pretexto. Vamos contra la *Ciudad;* nos rebelamos contra la autoridad, hacemos lo que queremos porque ésta *es nuestra tierra;* éste es el pensamiento verdadero de los que se asocian al ejército que invade".

"Echemos una mirada sobre la ciudad. La vemos sobre las armas resistiendo y defendiéndose: es un ejército extranjero, dice, que viene a arrebatar la independencia política del Estado. La independencia, sí, pero ésta es la *apariencia de la cuestión solamente.* Examinad bien, y hallaréis algo más serio, más general, más social, defendido por esta Ciudad cercada. Hallaréis la revolución americana dentro de la

Ciudad de Montevideo, con todos sus principios políticos, sus ideas sociales, sus bases democráticas. La revolución americana llamó en su auxilio a todos los principios sociales de la Europa; ved a la Europa a las puertas de Montevideo. Llamó a todos los hombres al suelo americano sin restricciones, ved las emigraciones europeas con el fusil al hombro dentro de la plaza de Montevideo. Llamó a la igualdad y a la ley a todos los hombres, ved la igualdad y la ley diciendo al son de los cañones: los pueblos no son el patrimonio de los tiranos, la ley y la igualdad para todos".

"Hoy tiene la Ciudad una población entera de soldados que tienen tan diestro el brazo para manejar el fusil, como la cabeza para concebir y desenvolver los principios más serios de la organización del país. El fusil y la pluma, el gabinete y el cuartel, ya no son cosas tan incompatibles como se había pensado. Llegaron a entenderse bajo un punto de vista genérico, y se pasó a la práctica. Los resultados de esto van a ser en lo futuro los aplanadores del camino de la revolución, y el apoyo más firme de la democracia".

No queremos determinar aquí si realmente existe en nuestra sociedad esa lucha entre la civilización y la barbarie. Algo diremos de esto más adelante cuando tratemos de la teoría de *El Conservador*. Ahora solo adelantaremos que si por esa lucha entiende éste la de la ignorancia con el saber, esa la hay en todas partes, no solo en ésta nuestra calumniada Patria, y muy especialmente en los pueblos democráticos, donde no es raro que los que saben menos hagan triunfar sus errores de los aciertos de aquellos que saben más, sin que esto deje de ser

legítimo y traiga inconvenientes de gran consideración. Si no fuese porque *El Conservador* nos ha llamado hombres sin lectura, y no queremos sacarlo de ese concepto en que nos tiene, le citaríamos más de un libro, y de reconocido mérito, que hemos leído, donde vería corroborado lo que decimos con ejemplos de lo que pasa en el país más libre y civilizado del mundo, Norteamérica.

Pero, en fin, entiéndase como se entienda la lucha de la civilización con la barbarie, ella de ningún modo es aplicable a la cuestión que se debate con las armas en la mano en el suelo oriental; esa cuestión es entre los que sostuvieron la autoridad legal cuando Rivera se rebeló contra ella, y siguen sosteniéndola, y los salvajes unitarios que acompañaron esa rebelión y la continúan hoy en Montevideo.

Todos los esfuerzos que hagan los escritores de Montevideo no podrán jamás desnaturalizar esa cuestión, clara y perfectamente definida por la notoriedad de los hechos. Aquí está toda ella. El Presidente de la República D. Manuel Oribe, ejercía la autoridad constitucional de que se halla investido por la ley. Rivera se alzó contra esa autoridad para usurparla. De nuestra parte está ese mismo Presidente legal con los que han seguido la causa de las leyes. De la de Montevideo una autoridad emanada inmediatamente de la rebelión, una autoridad hija y continuadora de la usurpación primitiva, con los que en dicha rebelión tuvieron parte. Defiéndase que el Presidente Oribe no lo era legítimo cuando se rebeló Rivera; defiéndase que el movimiento de éste no fue una rebelión, sino una revolución santa, como lo sostuvieron en otro tiempo los mismos que se han apoderado hoy de la prensa en Montevideo, y llaman

demonio al que antes llamaron Dios; defiéndase que los que acompañaron ese movimiento obraron virtuosamente y con mucho bien de la Patria, y que los perversos y los dañinos han sido los que a él se opusieron y se oponen; defiéndase que esa creación de la rebelión, existente en aquella plaza, es legítima por proceder de un origen legítimo, y que sus derechos por eso son superiores a los del gobierno que nos rige; defiéndase esto, decimos, si se quiere, y aunque sea todo falso, a lo menos se habrá debatido dentro de la cuestión. Pero desentenderse de estos antecedentes, dejarlos enteramente a un lado y decir: Oribe y los que lo acompañan en el concepto de que defienden la causa legal, son los representantes de la barbarie, y los cómplices y secuaces de la rebelión, son los que representan los intereses de la civilización; no hay más base en la cuestión que esos dos elementos, es apartarse de tal manera de la verdad conocida, y producir una ficción tan ridícula, que admira cómo ha podido tenerse osadía para tanto.

La historia de la cuestión entre la autoridad legal, representada por el Presidente D. Manuel Oribe, y los que contra ella se rebelaron está harto vulgarizada y bastante hemos dicho ya sobre ella otras ocasiones para que tengamos que referirla aquí. Cuantos la conozcan, y son todos, deben solemnizar el gracioso desatino de convertir a los *blancos,* con su Jefe Oribe (así nos llama *El Conservador*) en una horda de bárbaros salidos del desierto, que quieren, en puro odio a la *ciudad,* arrojarse a ella como hienas a una presa que anhelan devorar. Pero con todo hemos de ver si en esos *blancos* que siguen al

Presidente D. Manuel Oribe, triunfantes por el *poder del número,* como dice *El Conservador,* se encuentran esas calidades y esos hechos que son necesarios para poderlos calificar de *masas incultas y fanáticas,* siguiendo el movimiento de la barbarie y de la reacción colonial procedente de los campos.

¿Cuál es el origen de esa gran mayoría nacional a que los salvajes unitarios dan el nombre de partido blanco? Ninguno hay que lo ignore. Ella se formó de todos aquellos ciudadanos fieles a su deber que se pusieron de parte de la autoridad legítima cuando Rivera y Lavalle pretendieron derrocarla al frente de una insurrección armada. ¿Y esa defensa podía ser hecha en el sentido de favorecer la barbarie? Mantener los derechos de la autoridad, los principios del orden, y de la estabilidad, ¿sería por ventura atacar la civilización?, ¿no era más bien obrar conforme a sus exigencias? La autoridad que se defendía, ¿había acaso salido de esos campos donde existe el germen del mal? ¿Sus procedimientos habían sido tiránicos, viciosos y tan desordenados como se suponen en los caudillos que eleva la barbarie? Nada de eso: el Jefe del Estado era un caballero, distinguido por la nobleza de su cuna, e ilustre por sus antecedentes. Su administración había sido lo más decente, arreglado y moral que se había visto. ¿Su contendor rebelde era mejor, más recto, más ilustrado magistrado, más adicto a la civilización? ¿Quién era ese contendor? *El Conservador* nos lo ha retratado de modo que nuestros lectores habrán visto en uno de nuestros números anteriores: ese contendor era Rivera, el que "ha sido para todos y para todo el inconveniente vivo, el desorden, la anarquía, y la ruina personificados" —"el más activo disolvente

a toda organización social, y a toda organización gubernativa"—. "El personaje más competente para disolver todos los elementos de orden, de justicia, de política, de hacienda", "el que devoraba las rentas públicas por sí solo para satisfacer sus necesidades de caudillo o sus prodigalidades personales". "El representante, en fin, del elemento reaccionario contra el elemento civilizador". Si éste era el caudillo que dirigía y encabezaba la rebelión, claro es que los que se le oponían y la combatían, contra la barbarie y la retrogradación peleaban, y en pro de la civilización hacían sus esfuerzos.

Pero hay un argumento sin réplica, que por necesidad ha de aceptar *El Conservador* como concluyente, por ser formado de sus propias confesiones. El ha sentado por base fija del edificio levantado con sus *estudios sobre la situación,* que el elemento reaccionario, el asiento de la barbarie está en los campos, y que de allí es que sale a invadir el principio civilizador que reside en las ciudades. El ha declarado, por otra parte, que los secuaces de la legalidad, o los *blancos partidarios de Oribe,* según su modo de designarlos, pasaban de 3.000 en solo Montevideo. Pero este número de partidarios conocidos compone una suma tan grande, que deja precisamente en minoría a los del bando rebelde en esa ciudad, centro de las luces, y del progreso en la República. Luego la *ciudad* pertenece a los *blancos;* luego ellos la representan, y por consiguiente no pueden ser lo que dice *El Conservador.* Esta demostración de innegable exactitud, se hace aun más palpable cuando se considera por un lado quiénes son los hombres que siguen las banderas de la legalidad, y cuál fue la emigración que de Montevideo vino a someterse

voluntariamente a la voluntad del Presidente D. Manuel Oribe.

Mírese a esos hombres que sirven a la causa legal, y dígase si pueden pertenecer más que ellos a la ilustración y a los principios los de la parte contraria. Conocidos son unos y otros, y cualquiera está en aptitud de hacer esa comparación. Y todavía, si fuésemos a atenernos a lo que nos ha dicho el mismo *Conservador,* deberíamos creer que lo mejor está por una gran mayoría entre nosotros. He aquí sus palabras: "Rivera precipita al centro de los partidos contrarios al suyo, a *todos los hombres capaces de mejorar la condición de su país".* Por partido contrario a Rivera, hasta hace poco que se le separaron algunos de sus antiguos secuaces, no puede entenderse más que la mayoría nacional, que ha combatido contra él, bajo la denominación de *Defensores de las Leyes.* Dedúcese, pues, de la aserción citada que esos hombres capaces están con nosotros en su mayor parte.

Hay, fuera de todo esto, un hecho que por sí solo demuestra bien claro cuán falsamente se atribuye a los que defienden la causa de las leyes y de la independencia a las órdenes del Presidente D. Manuel Oribe, pertenecer al movimiento campesino retrógrado contrario a la ciudad. Por un documento que corre impreso y que en su tiempo se estampó en las columnas de *El Defensor,* se ve que fue por miles el número de personas que abandonaron a Montevideo, después que se presentó al frente de ella S. E. el señor Presidente con su ejército, y vinieron a servir la causa que presidía. Este documento es una exposición de vecinos de aquella ciudad, en que declaran haber salido a contribuir con sus esfuerzos a la restau-

ración de los Poderes legales, y a la defensa de la independencia de la Patria. Entre los firmantes de esa exposición se cuentan muchos sujetos de la mayor ilustración, y de toda distinción por su posición social. Si los que venían con el Presidente D. Manuel Oribe traían con la barbarie una invasión vandálica a la ciudad, ¿hubiera salido a incorporárseles con sumo riesgo, y dejando sus casas y fortunas, una parte tan considerable y tan distinguida de ella? ¿Vendría así espontáneamente el elemento de ciudad a ayudar al elemento campesino a que lo subyugase y oprimiese? Pero dejemos estas reflexiones innecesarias, cuando las cosas se muestran por sí tan evidentes para destruir las falsas y absurdas suposiciones de *El Conservador* con que pretende revestirnos de toda la aspereza y ferocidad del hijo inculto del desierto. Pasemos ya a considerar la representación que da a los salvajes unitarios encerrados dentro de Montevideo.

Demostrado que la mayoría nacional que sigue la causa legal no puede representar el principio de la barbarie, ni por su origen, ni por las ideas que sustenta, ni por sus hechos, ni por las calidades de sus individuos, ni por los lugares, en fin, de donde ha sacado su fuerza, nos toca ahora hacer ver que los rebeldes salvajes unitarios ya se mire al modo como se formó su bando, ya a su conducta, ya a su posición actual en Montevideo, no han representado, ni representan elemento ninguno de progreso ni de civilización.

La formación del bando rebelde es conocida de todos, y no hay necesidad de entrar en largas explicaciones sobre ella. Las hemos dado también otras veces, tales cuales podían apetecerse para dejar ese

punto perfectamente aclarado. Recordaremos ahora apenas lo muy preciso para que se tenga presente la composición, el carácter, y las aspiraciones con que ese bando apareció al nacer. Diremos lo que sea de una verdad reconocida, que no puede ser negado ni por nuestros mismos contrarios, y que en mucha parte hasta esté conforme con lo que modernamente están declarando. Terminada la primera Presidencia Constitucional que desempeñó Rivera, fue elegido Presidente de la República por la Asamblea General, conforme lo dispone el código fundamental, y por unanimidad de votos el Brigadier General D. Manuel Oribe. Rivera quedó de Comandante General de la Campaña.

Para quien conozca a este hombre, fácil es comprender cuán difícil debía ser que existiese por mucho tiempo la buena armonía entre él y el nuevo gobierno, y cuánto riesgo había de que al cabo la oposición de intereses los trajese a un rompimiento. En efecto, Rivera no podía vivir en paz con una autoridad suprema cualquiera, que quisiese cumplir con su deber. Oigamos a *El Conservador* que nos lo dirá con mucha claridad: "Rivera, como Presidente, o como General de Campaña conmovía, relajaba y desistemaba el gobierno, sea en su parte administrativa sea en su parte política. Para sus necesidades de caudillo, o para sus prodigalidades personales las rentas públicas eran devoradas por él solo: y el gobierno de la Nación se constituía por su causa en su tesorero, y centro de desorden y relajación perpetuos". Oigamos también a Herrera, titulado Ministro del gobierno intruso en Montevideo que no será menos explícito: "Acostumbrado a gobernar desde la campaña: lejos del contacto de la parte más civili-

zada de la población: nutrido en esa omnipotencia de poder y facultades que le hacían dueño de vidas y haciendas sin consideración ni responsabilidad de ninguna especie: acostumbrado, en fin, a no mirar las formas legales sino como una pantalla, cuya sombra le convenía para ocultar la deformidad de su existencia política, el General Rivera entró a figurar, después del 1º de abril de 1846, *como había figurado en las épocas anteriores*". "El General Rivera es el que, de público y notorio, ha mandado siempre en la campaña como amo absoluto, y jamás ha permitido que allí las propiedades tengan garantías de ninguna especie contra sus voluntades". "Si de estos hechos (algunos especiales que menciona) pasamos a otros de una importancia más alta, veremos al General Rivera, en el orden administrativo, marchando sin cesar, en abierta oposición con las más expresas disposiciones constitucionales, y ser un obstáculo insuperable para toda organización regular, para el orden interior, la paz exterior, la mejora y el bien del país".

Si el gobierno que entró a suceder a Rivera hubiese sido dócil a las exigencias de éste, si se hubiese prestado a continuar el desorden y la inmoralidad y convertirse en su tesorero, si hubiese en fin pasado por ser una mera dependencia suya, un vil instrumento de sus iniquidades, la guerra no hubiese aparecido por entonces; pero ese gobierno quiso corresponder a las esperanzas del pueblo que lo había elegido por el órgano de sus legítimos representantes; quiso cumplir con su obligación. El comandante general de campaña ya no fue dueño de disponer a su arbitrio de las rentas de la Nación; el orden y la moralidad se establecieron en todos los ramos de la admi-

nistración; la ley y los principios imperaban y se habían sustituido a la voluntad del hombre; la autoridad gobernaba con independencia del caudillo que la había tenido avasallada. Eso era insoportable para Rivera. Vivir sin poder disponer de los caudales públicos, sin ejercer un dominio absoluto sobre todo, vivir sin tener cómo satisfacer las necesidades que le habían creado sus vicios, sus malos hábitos y su inmoderada ambición, era llevar una existencia incompatible con sus más vehementes apetitos. Estos lo impulsaron pues a dar contra el obstáculo que a ellos se oponía, y se rebeló.

¿Hay algo en ese movimiento que pueda atribuirse a la acción del principio de la civilización? No insultemos al buen sentido poniéndolo en duda siquiera. Rivera y los que le siguieron en su rebelión no pudieron ser movidos por aquel principio, sino por otra cosa muy distinta; y si hubiésemos de aceptar en un todo la explicación dada por *El Conservador* diríamos que esa rebelión era justamente una reacción de la barbarie en pugna con la civilización. "Rivera, dice, no ha sido sino el más fiel intérprete, la expresión más clara, el símbolo más bien delineado del espíritu opuesto al progreso de la revolución". Adviértase que aquí revolución significa la revolución de la emancipación americana, y equivale a movimiento de la civilización.

Comprendía, es verdad, otro elemento la rebelión de Rivera contra el gobierno constitucional que presidía el General D. Manuel Oribe; pero él no mejoraba en lo más mínimo su carácter, según es fácil verlo. Ese elemento era compuesto de gran parte de los emigrados argentinos que vinieron a asilarse

en el país, después de vencido el bando rebelde a que habían pertenecido en su Patria.

Desde que llegaron (hablamos de los que persistieron en sus pretensiones contra la causa federal) simpatizaron fuertemente con Rivera, y se estrecharon con él a términos de constituirse sus aliados y parciales decididos. Cuál fin buscasen en esa alianza los salvajes unitarios argentinos, se ve bien por las invasiones que entonces y después llevaron a la Confederación protegidos por Rivera para continuar el movimiento subversivo a que se lanzaron en 1828.

Con este intento, Lavalle, cabeza del famoso motín del 1º de diciembre, que derrocó la autoridad legal en Buenos Aires en el expresado año, que asesinó al ilustre gobernador Dorrego después de prisionero, y que seguía de jefe y representante de la facción salvaje unitaria argentina, se alzó junto con Rivera.

La entrada de un elemento extraño de esta clase en la rebelión no mejoraba su índole ni sus tendencias, sino que antes bien la hacía más contraria a todos los principios de orden y de justicia inseparables de la verdadera civilización. ¿Quién puede encontrar la menor huella de ésta en la senda anárquica de sangre y ruina que abrió la combinación Rivera-Lavalle al levantar el estandarte funesto de la insurrección contra el gobierno constitucional de la República? Turbar el reposo de los pueblos, atajando su progreso regular y pacífico, precipitarlos al abismo devorador de la guerra intestina, derribar sus autoridades constituidas, y desquiciar sus instituciones: ¿puede ser jamás obra de la civilización y medio a propósito para granjearla adelantos y triunfos? ¿Y caudillos militares de las condiciones y antecedentes de esos dos que hemos nombrado pueden

simbolizar el elemento activo de aquella benefactora de las sociedades? ¡Oh, no es posible que hombre ninguno que tenga su juicio recto crea semejante cosa!

Si del origen y formación del bando salvaje unitario contra quien combatimos pasamos a considerar su conducta, nada se encontrará conforme con la marcha de la civilización. Su dominación se ha distinguido por un completo desorden e inmoralidad, ejerciéndose la más brutal arbitrariedad en medio de un total abandono de todo principio de buena administración y sin que se haya visto un pensamiento, el más leve, consagrado al fomento de la ilustración y progreso social. La pintura del modo cómo ha ejercido Rivera su poder y autoridad, que han hecho los escritores salvajes unitarios, y del que algún conocimiento tienen ya nuestros lectores, tanto por su notoriedad como por la propia confesión de los reos, es una cosa plenamente probada y a todas luces evidente.

Vemos que los salvajes unitarios que han quedado en Montevideo dirán que ellos no pertenecen al bando de Rivera, que nada tienen que ver con su rebelión ni con sus hechos, y que forman causa aparte cuyo origen no va más allá del año de 1843. Mas eso es una ficción miserable imposible de sostenerse ni con la más leve apariencia de fundamento. Esos salvajes unitarios han pertenecido siempre a aquella rebelión, y la acompañaron, y defendieron de todas maneras, dándola por buena y santa, y haciendo de ella una causa con la que se identificaron en ideas, en principios y en aspiraciones. Lo que existe hoy en Montevideo, como lo hemos dicho cien veces, sin que nadie se haya atrevido a negarlo, no es más que la continuación de esa misma rebelión,

que no ha recibido modificación ninguna en su carácter esencial, y en sus principios, sino algunas alteraciones procedentes de divergencias suscitadas por las aspiraciones y resentimientos personales. La autoridad nominal que en esa plaza figura a la cabeza de los salvajes unitarios ha nacido de la rebelión, dentro de ella ha recibido su existencia, de ella ha derivado sus poderes y su misión, y a su sostén ha estado y está consagrada, continuando la lucha empezada en 1836 contra los derechos de la legalidad.

El Conservador se esfuerza por hacer creer que desde febrero del 43 se instauró en Montevideo un gobierno diferente o más bien contrario al de Rivera, por su origen, y por su representación; pero esto es enteramente falso. Todos saben que nada se hizo entonces sin la anuencia de ese caudillo principal de la rebelión.

El presidió a todas las innovaciones de ese tiempo, y ese mismo Joaquín Suárez que ahora lo expulsa, y se asocia a sus nuevos Ministros para perseguirlo y vilipendiarlo, a él debe el puesto que ocupa, al que subió por su disposición. Miren a cuantos han figurado a la cabeza de la facción salvaje unitaria desde la época citada y se verá que todos han sido partidarios de la usurpación de Rivera; y sus amigos y criaturas, Vázquez, Pacheco, Lamas, Herrera, y todos los farsantes que hacen ascos ahora a la bandera que siguieron bajo su dirección, se hallan en ese caso.

Esa bandera es la suya, no la que ostentan ahora ridículamente queriendo aparentar una mudanza de posición que no puede tener lugar. Compuesta de los mismos elementos rebeldes que antes, la existencia de la facción salvaje unitaria que abrigan los muros

de Montevideo, se halla en un todo vinculada a la rebelión que encabezó Rivera, y con ella forman un compacto indivisible, habiendo entre lo presente y lo pasado una perfecta solidaridad. No se puede desconocer en Rivera, y en su rebelión el elemento de la civilización sin desconocerlo también en los que abrazaron su causa y persistieron en ella tantos años: persistencia efectuada con voluntad libre, y con todo conocimiento, según lo han demostrado sus hechos y sus palabras, y como es indudable, después de haber confesado que las perversas calidades y las tendencias desordenadas y tiránicas de aquel hombre eran conocidas desde muy antiguo. Y he aquí por qué el carácter antiliberal y contrario a la civilización que le dan, recae en su rebelión, y de ésta en sus creaciones y consecuencias, y en los que en ella tuvieron parte activa y voluntaria, y en ese mismo estado se mantienen, como son los rebeldes salvajes unitarios que hay en Montevideo.

Las protestas y demostraciones actuales de éstos, en una situación especial, violenta y crítica, nada valen contra sus antecedentes, caracterizados implícita, bien que positivamente y con toda claridad, en las mismas acusaciones dirigidas a los hechos y conducta política de Rivera en que estuvieron complicados. De creer es pues —mal dicho— hay una plena seguridad de que la bandera de *ciudad* enarbolada presentemente por los gobernantes salvajes unitarios de Montevideo, es una ficción semejante a tantas otras de su clase como hemos visto. No hay más que echar la vista hacia atrás, y se verá con cuánta facilidad inventan los salvajes unitarios pretextos de toda clase para justificar cualquiera faz política en que se presente su posición esencialmente rebelde y usur-

patriz. No les importa lo mal trazado y absurdo de la invención; su impavidez les da para todo.

Tan fecundos han sido en esas invenciones, que parece tuvieran un acopio de ellas siempre pronto en el bolsillo para aplicarlas a los casos ocurrentes. Este acopio ha sido propiedad común de los salvajes unitarios de aquí y de la República Argentina. Subleváronse allí primero, pretextando que el sistema federal era una barbaridad, propio solamente para entronizar el *gauchismo,* y que en el unitario estaba precisamente la felicidad de los pueblos. Bajo ese pretexto convulcionaron a una gran parte de la Confederación, mataron al jefe de ésta, derramaron arroyos de sangre, y causaron los mayores desastres. Fueron vencidos; la Federación se mostró triunfante, poderosa e irresistible; era el amor de los pueblos argentinos; preciso les fue pues, esconder la bandera de unidad y abandonarla. Ya no era luego a poco la cosa lo que importaba abatir, eran las personas; no el sistema federal, sino los hombres que lo habían sustentado. Contra ellos alzaron su nueva enseña, y las acusaciones pasaron de aquél a éstos. "Guerra a los tiranos, guerra a los que oprimen la Nación", gritaron precisamente aquellos que más habían contrariado su voluntad queriéndole imponer a la fuerza un gobierno que detestaba, y con este pretexto intentaron conflagrar otra vez a su Patria.

Múdanse las circunstancias: una nación europea se presenta para combatir a la Confederación: atropella las reglas, los principios, el derecho, y quiere justificar todo con decir que su contrario es bárbaro, y que ella es civilizada. Los salvajes unitarios al instante formalizan su programa. El 25 de mayo es convertido en una deidad a la que dan atributos de su

invención. Esa deidad es menospreciada, injuriada por los federales. Ellos son los sacerdotes de su culto, sus fieles servidores, y los encargados de vengarla. La poesía y la prosa se encargan de embellecer esta ficción. El lábaro sagrado de Mayo tremola por los aires, y bajo el pabellón dominante del extranjero que invade el suelo americano, va a estimular con su vista las hazañas de los auxiliares de la Francia. Lavalle, que había diezmado los pueblos argentinos con su rebelión, persiguiendo de muerte a los paisanos federales, los proclamaba ya, diciéndoles que era tan federal como ellos y que los quería y había querido siempre entrañablemente, no siendo su deseo otro que atraer a la Nación a los principios de la revolución, constituirla, y armonizarla con la civilización europea.

Aquí en este país no ha sido menor el cambio de banderas ostensibles. Al principio alegaron los rebeldes que defendían la rígida observancia de la constitución, y que era preciso colocar la Nación bajo la tutela del eminente constitucional, progresista, humanitario, y habilísimo estadista y administrador Fructuoso Rivera; después, que sostenían derechos legítimos adquiridos por éste con su usurpación; luego que solo pugnaban contra la invasión de la barbarie; más adelante que su objeto único era hacer prevalecer el elemento de ciudad, y asegurar la soberanía de la minoría ilustrada; ahora novísimamente que pretenden adquirir con la protección europea el bien que no puede dar el país.

¿Y cómo les hemos de creer cambiando tantas veces el motivo en sus determinaciones? ¿Cómo se puede nadie fiar en protestas tan pronto hechas como

sustituidas por otras diferentes, y tal vez contrarias? Si mudaron de pretextos tantas veces; ¿no es de temer que sigan así, y que mañana se presenten otros fundamentos muy distintos de los que ahora se hacen valer? Los que dijeron la unidad es el voto y la felicidad de los pueblos, Rivera es el hombre grande y el bienhechor de su Patria, y después dicen la unidad es el horror de los pueblos, y Rivera es el personaje más bruto y más malvado que ha tenido que sufrir este suelo, ¿qué garantía pueden dar de que otro día no dirán venga aquella unidad que adoramos, y aquel ídolo a que prestamos largos años de fervoroso culto? ¿Habrá alguno que dude que si la Europa los abandona no clamarán contra ella, y se esforzarán por vilipendiarla y ponerle tantas tachas cuantas son las innumerables excelencias que ahora le dan? En este caso, ¿no estarían dispuestos a pisotear la bandera de la civilización, y si les convenía, pasarse con todos sus amores, aunque fuese al "quillapí" de las Pampas? Y a fe que no sería la primera vez que han ido a buscar en las tribus más feroces del desierto aliados dignos de ayudarles a hacer triunfar de la barbarie el elemento de la civilización.

Nada más tonto que la explicación que da *El Conservador* sobre las causas de haberse mantenido en la dependencia de los salvajes unitarios las ciudades marítimas, atribuyéndolo a hallarse en ellas radicado y preponderante ese elemento de civilización que quieren exclusivamente representar. Los pueblos de la costa han caído bajo el dominio de ellos por el contacto en que están con el poder marítimo europeo. ¿Cómo se pudo defender Montevideo? ¿No fue por Purvis y las legiones europeas que contenía en su recinto? La Colonia, y Maldo-

nado; ¿a qué deben su sometimiento, a los salvajes unitarios? ¿No es a las fuerzas navales europeas? Y Paysandú y Mercedes y el Salto y demás pueblos situados en las márgenes de los ríos donde abordaban los buques de la marina anglo-francesa, ¿de qué modo fueron ocupados? ¿Fue esa ocupación debida a algún movimiento de la civilización? ¿Quién ignora que eso se consiguió por las expediciones que salieron de Montevideo con ese intento en buques de guerra de la intervención europea, y llevando mercenarios europeos?

Pero fijemos ya nuestra consideración simplemente en la composición del Montevideo resistente, y en lo que se ha hecho ahí, para ver si en efecto en él se contiene ese elemento americano y nacional de civilización en que se apoya el actual gobierno intruso salvaje unitario, según su órgano oficial *El Conservador.*

Este periódico nos ha hablado de progresos, del triunfo del elemento de ciudad sobre el de campaña, del prestigio adquirido por aquélla, de lo que ha ganado, y entre tanto lo que se ve es que la campaña está y ha estado ocupada por las armas de la legalidad y sometida al gobierno legítimo, sin que se pueda comprender por qué clase de arte mágica esa ciudad que cada vez ha ido a mayor impotencia con sus fuerzas heterogéneas, ha podido obtener invisiblemente victorias tan señaladas, progresos tan notables y plausibles como los que cantan los estudiosos editores de *El Conservador.*

Quien oiga discurrir a estos señores con tanta formalidad acerca de esas cosas e ignora lo que hay en la realidad, podrá tal vez creerles algo; pero los que saben lo que ha pasado, los que dentro de ese mismo Montevideo vean de qué manera se repre-

senta esa ciudad, ¿cuánto no se deben reír y admirar de unas ficciones tan excesivamente descompuestas y disparatadas? Montevideo encierra el elemento nacional de civilización de la República. Montevideo ha obtenido tantas ventajas sobre el elemento de la barbarie. Montevideo ha hecho tantas grandes cosas, se ha cubierto de gloria, y de su triunfo va a nacer la regeneración del país. Montevideo, en fin, "está representando la gran cuestión de la sociedad americana". Pero, ¿qué ciudad es ésa?, ¿es la ciudad de América, es la ciudad oriental? No; es la ciudad de los europeos;[1] es la ciudad abandonada de sus vecinos,[2] la ciudad de Thiebaut[3] y Garibaldi, la ciudad que sirve de apoyo a las pretensiones europeas, la ciudad finalmente donde un puñado de rebeldes contumaces apenas se descubre entre la multitud extranjera que los tiene absorbidos y los defiende y ampara. ¿Qué se puede atribuir de oriental ni de americano a todo lo que ha hecho Montevideo durante la lucha que sostiene contra los verdaderos americanos y orientales? Su poder y su fuerza, su resistencia y conservación es debido en su mayor parte sino en el todo, a los extranjeros europeos, y eso no será jamás considerado como un hecho americano

[1] Véase lo que declaró el salvaje unitario Santiago Vázquez en su reclamación contra el bloqueo de la escuadra argentina, exponiendo que el número de los extranjeros era excesivamente mayor que el de los nacionales.

[2] La exposición de los vecinos de Montevideo a que nos hemos referido en otro número, prueba que la población principal en ciudadanos, emigró de aquella plaza, viniendo aquí su parte más considerable.

[3] En una publicación impresa de una defensa de la legión francesa, hecha por Thiebaut, dijo éste como cosa incontestable que la seguridad y defensa de Montevideo eran debidas a esa legión. Recuérdese también lo que ha declarado el Lord Howden en su nota al Comodoro Herbert sobre la dependencia en que está Montevideo de los extranjeros en ella armados.

u oriental. Montevideo dejó de ser pueblo nacional desde que en él preponderó con exceso en número y en fuerza el extranjero armado; y su representación especial la perdió desde que fue abandonada de la mayoría de sus vecinos ciudadanos. Después ya no ha sido más que una colonia disimulada, ni ha representado otra cosa que la *sublevación del elemento europeo de nueva introducción, con tendencia a asegurar su preponderancia apoyado en la protección de la Europa.*

Examinando, por otra parte, los procedimientos de los salvajes unitarios que han regido la facción rebelde en Montevideo se palpa aún más, si es posible, que jamás han podido representar el elemento de civilización. ¿No fue entre ellos menos grave la inmoralidad, el desorden y la arbitrariedad, que en los tiempos más escandalosos de Rivera? No se ha robado, no se ha violentado ni despotizado más en una época que en la otra. Y que no valgan nuestras aserciones. Ahí están las pinturas que sin que nadie las haya contradicho, hizo no ha mucho un periódico salvaje unitario, *El Conciliador.* Por ellas se verá qué clase de administraciones han tenido los salvajes unitarios en Montevideo, y qué hombres son los que han figurado en ellas. *El Conservador,* con una impudencia sin ejemplo, ponderando esos hombres que llama nuevos, cita a Pacheco como al que abrió esa era de progreso y buen gobierno que imagina. Por esa referencia a este frenético fusilador por la espalda, tal vez el más inmoral y feroz de toda la facción a que pertenece, se puede juzgar de lo que el eco de su pariente y correligionario Herrera entiende por progreso y civilización. Pacheco, el terror de los vecinos pacíficos de Montevideo, el expoliador infame

de sus alhajas, el tirano desapiadado, el farsante fatuo y ridículo, el prototipo de la depravación, de la crueldad, y de la locura, es el héroe de *El Conservador,* el que hace la primer figura en el grupo de los que, por su bien razonado ensayo histórico, se pusieron a la cabeza del elemento de ciudad en su marcha progresiva desde 1843.

No hay más que decir, para que se forme juicio de la clase de ideas que fermentan en el cerebro de quien tales hombres presenta por modelo digno de ser admirado e imitado.

Creemos haber demostrado de un modo concluyente què la lucha mantenida entre los que siguen las banderas de la rebelión en Montevideo, y los que combaten bajo las de la legalidad a las órdenes del Presidente D. Manuel Oribe, no es una contienda entre la civilización y la barbarie, en que aquélla esté de parte de los primeros, y ésta de los segundos.

Por supuesto que esa demostración nada descubre que no se supiese de antemano por todo el mundo. Ella no ha hecho más que formular y dar razón de las pruebas que los hechos públicos y notorios deben por precisión presentar a cualquiera: trabajo por cierto innecesario, si no hubiésemos llegado a tiempos en que está uno obligado a probar hasta aquello mismo que se está viendo con los ojos.

Concluido el examen de la segunda proposición de *El Conservador,* pasemos al de la tercera. Era ésta que Rivera había sido expulsado del país por efecto de un triunfo de la civilización, y con el objeto de servirla.

Que tal triunfo no ha habido, y que tal objeto no se ha tenido en vista es cosa que puede bien conocerse por solo lo que dejamos demostrado: pero

agregaremos algunas reflexiones más, para poner bien en claro este punto.

Al oír hablar a *El Conservador* de un triunfo obtenido por los salvajes unitarios sobre Rivera, y hacer consistir este triunfo en triunfo de la civilización sobre la barbarie, natural sería creer que había habido una lucha larga y porfiada entre él y ellos, resultado del antagonismo en que los había colocado la oposición de aquellos principios. Pero, ¿qué asombro no causará saber que en vez de esa lucha, y de ese antagonismo, lo que ha habido entre el uno y los otros es una perfecta concordancia; que han estado ligados estrechamente en una misma causa; y que así han marchado hasta el presente peleando bajo la misma bandera?

En efecto, Rivera y los salvajes unitarios han sido una misma cosa. Con ellos se rebeló, con ellos combatió contra la autoridad legal, con ellos la derrocó y echando por tierra la constitución y la soberanía del pueblo se declaró poder absoluto de la Nación, con ellos también fue a subvertir el orden e introducir la anarquía en la República Argentina, con ellos, por último, se alió a la intervención europea vendiéndole los intereses de la Patria y de la América. Siempre marcharon juntos en la senda funesta abierta por su rebelión conjunta en 1836. Las divergencias que han habido entre Rivera y sus compañeros de rebelión nunca han sido con relación a la causa que por ésta sostenían. Sobre esto constantemente han estado de acuerdo. ¿De qué manera ha podido, pues, existir esa lucha cuyo resultado ha sido el triunfo que nos dice *El Conservador*? No es posible ciertamente concebirlo, cuanto más adivinarlo.

Lucha no ha habido otra que la del gobierno legal y sus defensores, con Rivera y esos mismos salvajes unitarios que se dicen ahora los contrarios políticos de éste. Si en ella se ha mezclado la de la civilización con la barbarie, estando Rivera de parte de esta última, también lo estarán sus cómplices; y nosotros los de la legalidad estaremos entonces por precisión de parte de la primera.

Una prueba de que entre los salvajes unitarios y Rivera ha habido una completa conformidad hasta en ese mismo punto de la civilización, es que él se declaró también protector de ésta, y habló a su respecto del mismo modo que hablan ahora aquéllos; quienes en tal carácter lo reconocieron y aclamaron, combinados para representar la ridícula farsa que hoy no hacen más que renovar bajo otra forma y mudando de protagonistas.

¿Quién no ha leído esa porción de manifiestos, declaraciones, proclamas y decretos en que Rivera se ha ostentado como un apasionado el más ardiente de la civilización, y en que ha afirmado que su causa era la de ésta? ¡Cuántos trozos pudiéramos mostrar aquí a nuestros lectores enteramente semejantes en su lenguaje con las producciones de los actuales gobernantes de Montevideo, y de su órgano *El Conservador!* Pero los estrechos límites a que estamos reducidos no nos lo permiten. Copiaremos solo para muestra unos pequeños fragmentos de las dos más célebres exposiciones de Rivera, su declaración de 11 de noviembre de 1838, y su manifiesto a la República, datado en el Durazno a 24 de febrero del año siguiente.

"La República se encuentra en momentos decisivos y solemnes: sale de una época de calamidades, de

retroceso y degradación, para empezar otra que ha de ser (preciso es esperarlo) de reparación, de prosperidad, y de gloria".

"Ocho años contamos de existencia política, perdidos lamentablemente en ensayos o perniciosos o estériles. Los errores de todos, los míos también, expusieron la República a vicisitudes continuas; agotaron inútilmente su inmensa fuerza de producción y de vida; dispersaron los elementos de la civilización; e impidieron, hasta hoy, que el orden social reposase sobre bases indestructibles. Es tiempo ya de aprovechar las lecciones de la experiencia; de buscar el remedio de tanto mal; y resolver el gran problema de que depende la tranquilidad y la entidad de los Estados Americanos: *sustituir el imperio de las cosas a la influencia de las personas;* conquistar la *estabilidad*".

"Declaro ante ella (la Nación) que me juzgo con los medios, con la capacidad, y con la voluntad suficientes para remover todos los obstáculos que se oponen al libre ejercicio de la Constitución; para afianzar de un modo perdurable el orden social; y para impedir se repitan en la República conmociones y trastornos que concluirán por proscribir de la civilización el nombre oriental".

"Estoy resuelto a desaparecer confundido y sin honor si no redimo a mi Patria de la situación degradante en que ha gemido; pero aspiro a vivir lleno de gloria, si la elevo triunfante por el camino de la civilización y de la prosperidad".

"El momento del triunfo (cuando derrocó el gobierno legítimo con el auxilio francés) era el principio de una gran crisis: tal es el orden de las cosas: circunstancias especiales de dentro y fuera del país

le daban además un carácter sumamente peligroso: concebí entonces que había un solo camino para salvar la Patria, y juro que la he salvado al menos de aquel conflicto: si otros semejantes llegasen a amagarla la Providencia protegerá, como ahora, la *causa de la civilización*".

"La revolución americana no fue solo el producto de la tiranía colonial, ella envolvía un gran pensamiento; ella era también una gran necesidad, un paso inevitable emanado de la Ley del progreso que domina a la Humanidad: sustituir un régimen nuevo al régimen antiguo; derribar un cetro para levantar un pueblo; sustraerse al dominio de la voluntad de uno para establecer el dominio de la razón de todos".

"Pero acaso pueden darme título a que se consideren mis recomendaciones el *estudio* práctico que las circunstancias me han obligado a hacer, en una carrera de 20 años, de las virtudes, de los vicios, de los hábitos, recursos y necesidades de nuestra Patria. —Este estudio que ha formado una *habitual ocupación de mi vida*"....

Al ver estos fragmentos no podrá menos de notarse esa semejanza a que antes hemos aludido: y por lo que respecta a *El Conservador* nada les falta para que la identidad sea completa. Hasta en la circunstancia del estudio resalta la conformidad; con la sola diferencia de que el autor de los fragmentos estudia furiosamente, por toda la vida; mientras que el otro no sabemos que haya estudiado más que una situación, en momentos especiales.

¿Quiérese ahora una muestra de cómo recibían los salvajes unitarios, las pomposas declaraciones del que ya titulan caudillo de la barbarie, y jefe de la

reacción colonial? Entre mil que pudiéramos presentar tomadas de los periódicos de aquellos tiempos, exhibiremos una sola que por ser sacada del que más bien ha representado la facción salvaje unitaria, bastará para que se vea de qué modo ha sido por ella considerado Rivera.

"Bella es la vida del hombre que puede ofrecer en su sola individualidad la historia de toda una nación: nosotros recorremos las épocas tempestuosas de nuestros primeros esfuerzos por ser libres, por ser hombres, y el General Rivera se nos presenta siempre a la cabeza de esa cruzada de valientes, que destinados por Dios, nos dieron libertad, independencia. La Patria le ha estrechado muchas veces entre sus brazos maternales; le ha llamado su hijo querido; su amparo, su protector, y él ha llenado sus deberes".

"Colocado en la más digna posición que el hombre puede ambicionar en la tierra: padre y consuelo de su Patria, apoyo y protector de los mártires de la libertad, el mundo le aplaude, los buenos le aman, los malvados, los tiranos le tiemblan".

"El General Rivera acaba de abrir una nueva época a su Patria y esta época es fecunda. La América entera gime bajo el yugo de crueles y funestas preocupaciones; los restos de un mal extinto despotismo pesan sobre toda ella, y como si cada uno de esos fragmentos aislados fuese un elemento de destrucción o de muerte los hombres se concluyen, las cosas se chocan, las instituciones vacilan y solo un *genio soberanamente libre y sano* como el suyo puede dar a estos países enlutados la felicidad que tanto merecen".

"Sus calidades personales, su posición social, su poder justa y legítimamente adquirido, lo colocan al

frente de ese espíritu regenerador e independiente que se ha apoderado de nuestras sociedades. El será, sin duda, el órgano de la más grande obra que haya visto la América: el fundador de la nueva *sociabilidad americana,* el hombre que en las remotas edades del porvenir se ofrecerá como una estatua gigantesca en medio de esta atmósfera tenebrosa que nos ahoga. El General Rivera se coloca al frente de la regeneración americana: se ha penetrado del verdadero estado de nuestra sociedad: ha medido sus fuerzas; las lágrimas de la Patria han caído sobre su corazón como chispas de un fuego divino, y se ha propuesto enjugarlas".

Este trozo es extraído de *El Nacional,* Nº 1º de su 2ª época. Redactábanlo entonces el ya finado Rivera Indarte y el nuevo Plenipotenciario salvaje unitario cerca del gobierno del Brasil, Andrés Lamas. ¿Recusará esta autoridad *El Conservador?* No, no puede ser: no lo hará. Para él, así como Pacheco es el hombre más de su gusto, el gobernante modelo, así *El Nacional* es la publicación periódica más de su agrado y aprobación.

Reflexione ahora cualquiera sobre esa identificación de los salvajes unitarios con Rivera en la causa que unidos siguieron, considere el modo con que han aparentado en otra época que esta causa era la de la movilización y de la regeneración universal del continente americano, y dirá si la expulsión de aquel su antiguo y tan ensalzado caudillo, como se ha visto, ha podido ser un triunfo obtenido sobre él por ellos en pro de la civilización, y si más bien no muestra todo que no se hace hoy otra cosa que reproducir la ficción de ayer.

En esa larga farsa de civilización Rivera se tomó el principal papel. Ahora los que lo acompañaron a representarla, viéndolo impotente en un rincón sin salida, se lo quitan, se lo toman para ellos, y no contentos con eso, lo echan del teatro, y le quitan la gloria de su antigua representación, dándole otra enteramente opuesta, la de la barbarie. ¡Cosa singular!; marcharon con él por el mismo camino y bajo su dirección, y sin embargo iban a extremos opuestos: lucharon contra él por la civilización, y con todo lo ponían de su jefe para defender a ésta, y unían su acción a la de él. ¿Cómo se puede entender este embrollo?

Evidentemente falsa y contraria a los hechos conocidos es la aserción de *El Conservador,* de que una prolongada resistencia del elemento de la civilización representado por los salvajes unitarios que están en Montevideo, ha conseguido al cabo por su medio sobreponerse al opuesto elemento de la barbarie, que representa el más que ninguno salvaje unitario Rivera. No esta en menos oposición con la verdad afirmar que en la determinación tomada por los actuales gobernantes de Montevideo para arrojar a Rivera a un destierro, cuya perpetuidad dicen ser necesaria, se han consultado poco ni mucho los intereses de la civilización, y que esa medida sea *un resultado de la expresión general.*

Aquí renovaremos la observación que en otra ocasión hicimos relativamente a la admirable facilidad con que los salvajes unitarios dan extensión a las cosas más pequeñas y aisladas, generalizándolas y haciéndolas abarcar espacios inmensos en su desarreglada imaginación. Sea pura malicia, sea presun-

ción de sí mismos e importancia que se atribuyan a causa de su conocida vanidad, sea, en fin, una y otra cosa, lo que nos parece más cierto, la exactitud de lo que decimos se palpará con solo echar la vista a cualquiera de las faces por que ha pasado en su carrera su funesto bando. Ya hemos visto cómo en otro tiempo suponían con Rivera que su causa era la de la América en general, y que su triunfo iba a tener por consecuencia la *regeneración de todo el continente americano.* Ahora de una miserable riña con ese mismo Rivera hacen una lucha de la civilización con la barbarie en que ésta ha sido vencida, y de una resolución por intereses especiales de la nueva gente que rodea a D. Joaquín, el de siempre, hacen un producto de la opinión pública y un obsequio tributado a la voluntad general. *El Conservador* habla de clamor del pueblo, de conflictos de la nación, de progresos morales, de triunfos de la sociedad, y ese pueblo, esa nación, esa sociedad no es más que un grupo pequeñísimo de ella que se agita y revuelve en Montevideo, donde para cada oriental hay ocho extranjeros europeos.[4]

El Conservador invoca el nombre de la Nación, y la Nación sin contacto ninguno con esa plaza sitiada, ni ha podido tener parte en las discordias de ese grupo segregado de ella, ni siquiera las conoce, si no es por las simples noticias que le llegan de lo que allí acaece.

Tan del exclusivo interés privado del círculo más extranjerado y contumaz de los salvajes unitarios es la expulsión de Rivera, y tan obra peculiar suya, que aquellos mismos que se ostentaban disgustados

[4] Así lo afirmó el salvaje unitario Santiago Vázquez reclamando contra el bloqueo puesto a Montevideo por la escuadra argentina.

con éste y empezaban a formar una bandería aparte, con tendencia, al parecer, a abandonar las pretensiones rebeldes, y buscar términos de paz, no se mezclaron en ese negocio en lo más mínimo; prueba que no a contener los excesos de aquel malvado, ni a ningún otro fin bueno se dirigía la medida tomada con él.

Cuál puede ser el único objeto de ésta, ya en otro número lo hemos explicado, y no cesaremos de repetirlo; porque importa mucho mantener viva la atención sobre la suerte a que quisieran destinar a nuestra Patria los actuales jefes de la facción salvaje unitaria. Ellos dicen que van a anular a Rivera para siempre; ellos no cuentan para eso con nosotros, al contrario, aseguran que nos han de sojuzgar también. ¿De dónde esperan sacar el poder inmenso que necesitan para tanto?; del país no: luego de fuera de él es que lo han de traer. Sojuzgarnos a nosotros que formamos la mayoría nacional, sojuzgar a los partidarios de Rivera que constituyen la fuerza mayor de la fracción rebelde, es, lo repetimos, solo intentable con un poderosísimo auxilio extraño. Pero ese sojuzgamiento no podría efectuarse sin violentar a la Nación e imponerle un duro yugo, y la potencia extranjera que tamaña empresa acometiese y sostuviese, no lo haría sin buscar una compensación que precisamente sería en grave detrimento del país; luego la pretensión que se anuncia de someter, así a nosotros, como a Rivera y su círculo, envuelve la idea de esclavizar nuestra Patria y darla en lucro al poder extraño que la conquiste.

Si se hubiesen deshecho de Rivera tan solo por el conocimiento que han adquirido de sus perversas condiciones, y por la conveniencia de impedir sus

maldades, no permanecerían seguramente de enemigos nuestros: esto salta a los ojos. Ese hombre tan malo y funesto como lo han pintado ellos mismos, y como en efecto lo es, se rebeló contra la legítima autoridad constitucional. Nosotros, acompañando a ésta, nos opusimos a esa rebelión: ellos la siguieron. Ahora se declaran contra aquel su caudillo, llaman abominables todos los actos de su vida pública en toda su carrera, y condenan así su causa, esa causa a que estuvieron tan adheridos.

¿Quién no creería que se pasaban a la nuestra abandonando del todo la que tan fuertemente reprueban? Esta era la consecuencia natural que podía deducirse de su cambio de concepto respecto a Rivera y sus procedimientos, incluso su rebelión.

Luego que se reconoce que es una necesidad suprema de la República contener a Rivera, parecía regular que se acudiese al poder único capaz de conseguirlo, a aquel que de esa necesidad, apoyada en la no menos vital de mantener los derechos de la legalidad, hizo su causa que ha sostenido con la mayor decisión y constancia.

¿Quién puede dudar que en los que resistieron la rebelión de aquel hombre, hay más actitud en fuerza y en derecho para sujetarlo, que en la diminuta fracción salvaje unitaria que hoy lo persigue? Nuestra causa desde su origen fue contra ese hombre por rebelde a la autoridad legal. Al combatirlo, al domeñarlo satisfacíamos dos conveniencias de la mayor importancia, reprimir ese elemento que llaman de la *barbarie,* y que nosotros llamaremos de la *corrupción,* y salvar los principios de orden vinculados en la legalidad. Si, pues, la *justicia* y el *poder* unidos están de nuestra parte para extirpar la tiránica domi-

nación de Rivera, si unidos el poder y la justicia han tomado de su cuenta efectuarlo con el empeño que se ve, propio era de los que consideran eso como la base de la tranquilidad y prosperidad de la República venir aquí a ayudarnos a conseguir tamaño bien.

¿Cómo podrían ellos, si obrasen de buena fe, arrogarse una misión que nos pertenece evidentemente y creerse con una actitud que por precisión han de ver que no tienen? Sin nosotros, sin los partidarios de Rivera, con los recuerdos de la rebelión a que se adhirieron, y sometidos a la peligrosa protección europea, ¿qué son?, ¿qué representan?, ¿qué confianza pueden inspirar? Minoría de minoría, fracción diminuta desgajada del destrozado bando rebelde, ¿cómo se pueden comparar con nosotros en poder y en justicia? Después de haber condenado por injusta y funesta la rebelión de Rivera, que no obstante ayudaron, ¿cómo pueden desconocer que somos más justos los que nos opusimos a esa injusticia y maldad, que somos los fieles, los que seguimos el buen camino, más dignos de ser encargados de procurar el bien de la Patria, y que ellos fueron los extraviados, y los traidores de la Patria? ¿Dirán por ventura que esperan la oportunidad de destruir al genio del mal? ¡Efugio miserable! Si adoptaron el recurso de la espera, ¿por qué no se estuvieron quietos cuando ese genio maléfico se avanzaba a cometer su mayor exceso, y conquistar un poder mayor que nunca?, ¿por qué lo ayudaron a eso?, ¿por qué justificaron su rebelión?, ¿por qué le procuraron mayor fuerza y prestigio?, ¿por qué, en fin, combatieron a los que buscaban hacer el bien, a los que cumplían con sus deberes? Si se hubiesen mantenido fieles,

¿no se hubiese conseguido entonces lo que simulan ahora pretender?; sin duda que sí, y el principio de la legalidad que tanto vale para neutralizar el poder de los caudillos ambiciosos, se hubiera preservado ileso, sirviendo eso de saludable ejemplo para lo futuro. ¿Qué tienen ahora?, una minoría ínfima, débil hasta lo sumo, una situación subordinada al extranjero, que los desacredita, ¿y con esa impotencia y descrédito quieren hacer por sí solos lo que no quisieron unidos al poder legal? ¿Qué sinceridad puede haber en sostener semejante desatino?

Ensalza hasta las nubes *El Conservador* el servicio importante que han hecho a la Patria con la expulsión de Rivera los hombres del círculo a que sirve de órgano, y con una candidez inimitable dice que removido y puesto fuera de combate el rebelde usurpador contra quien hemos estado luchando, ya no tenemos por qué seguir una guerra sin objeto, y que espera que en esta virtud nos deshagamos de nuestro gobierno y aceptemos el suyo. Esta pretensión explica por sí sola el espíritu dañado que envuelven las actuales ficciones de los salvajes unitarios, y el ningún fin bueno que se propusieron en aquella expulsión. Su inconsecuencia no puede ser más monstruosa. Destruidos los fundamentos de la rebelión, todo lo edificado sobre ella y por ella venía por tierra necesariamente, por la ilegitimidad del origen y por los viciados elementos de la formación. Ya hemos dicho otras veces que la usurpación (y ésta está solemnemente confesada en los cargos que han hecho a Rivera) no puede trasmitir derechos que no tiene. La herencia de los mandones rebeldes en Montevideo ha venido a ellos con los mismos vicios que tenía en manos de sus antecesores; y sería otra mons-

truosidad, irracional y repugnante hasta el extremo, pretender que ella se había depurado por la inicua intervención anglo-francesa. Concediendo que hubiese un abandono sincero de la causa rebelde, ¿sábese lo que quiere decir, vayan los Defensores de las Leyes a los salvajes unitarios, y no, vengan éstos a aquéllos?, quiere decir: inviértase el orden natural y justo, póngase el remate en lugar de la base, y ésta vaya al de aquél, lo principal ceda a lo accesorio, los muchos que fundaron la causa justa vayan a agregarse y a ser absorbidos en el seno de los muy pocos que recién llegan a ella después de haberla combatido porfiadamente.

Insinúa *El Conservador*, con malicia conocida, que el paso de arrojar fuera a Rivera ha sido preparatorio a la unión y fusión de todos los orientales, que desean y procuran. Unión y fusión de los orientales: está bien, no seremos nosotros los que nos opongamos a ella; pero sea ella hecha conforme a los derechos y a los principios de la legalidad. Cedan los que deben ceder; cedan los rebeldes; introdúzcanse en la mayoría nacional, mediante la indulgencia de la Patria; y habrá fusión sólida, justa, conveniente. Así cada cosa ocupará su propio lugar; el fundamento contrario a las aspiraciones de Rivera, el fundamento mantenedor del saludable principio de la legalidad, que está en los que siguen la causa legal, quedará sirviendo de base para asegurar en lo sucesivo el imperio de las leyes, para fijar la estabilidad y sobre ella hacer correr el progreso pacífico en la República; las accesiones que ahora sobreviviesen se agregarían a esa base; pero sin trastornarla, sin quitarle su puesto. Eso sería lo regular y lo justo, sería el corolario legítimo de la conde-

nación y separación de Rivera. ¿Por qué no se hace? ¿Se pretextarán temores?, ¿y quién no ve que serían de todo punto infundados?

Tiempo hace que la rebelión está, para justificar su resistencia, aparentando recelos que no puede tener. Nuestra causa es de principios. Sostiene cosas y no personas; conveniencias generales, y no intereses individuales. Es la causa del orden y de las instituciones, la causa contraria a la rebelión, a la anarquía, al caudillaje dominador, que no respeta más ley que su capricho arbitrario, ni sigue más impulso que el de su ambición desapoderada. Esa es la causa que han defendido y defienden los hombres de la legalidad, desde el primer magistrado de la República, hasta el último de los ciudadanos. Su empeño único es que no triunfe la rebelión, su solo objeto restablecer el orden derrocado por ésta, su fin exclusivo procurar la felicidad de su Patria, cimentándola en las bases eternas de la justicia. Por esta causa noble, que abrazaron con su corazón y con su entendimiento, que aceptaron con su razón y con su conciencia, han luchado con decisión y con fe largos años, han derramado su sangre, han prodigado sus fortunas, y hecho sacrificios de todo género, sin torcer un punto de su digno propósito, ese propósito puro y generoso que formaron al colocar sobre su pecho la hermosa divisa que simboliza sus patrióticas aspiraciones, y que con orgullo han llevado hasta el presente. ¿Quién puede creer que esos hombres, han de venir, al fin de una carrera gloriosa, a mancharla torpemente, traicionando su propia causa, echando por tierra cuanto han edificado, y desluciendo sus honrosos antecedentes? Por muy bajo que sea el concepto que se forme de ellos, no se les puede

atribuir tamaña insensatez como sería la de quitar la base de la *legalidad* y la *independencia,* que sostiene su causa, que la ha sostenido desde el principio, y sin la cual se abriría un abismo donde se sepultarían perdidos para siempre, para su Patria y para sí mismos.

Las envenenadas calumnias que los salvajes unitarios han vomitado contra los *Defensores de las Leyes,* señaladamente contra su ilustre jefe el Presidente de la República, D. Manuel Oribe, no tienen otro objeto que alejar la pacificación del país, haciéndolos odiosos, y temibles a la turba ignorante de los extranjeros que tienen las armas en Montevideo, y a algunos imbéciles rebeldes que allí se hallan, para inducirlos a prolongar la resistencia que están haciendo. Entretanto por hechos conocidos, por actos solemnes se ha patentizado la firmeza con que residen aquellos principios legales, en la inteligencia y en la intención de los *Defensores de las Leyes.* Excusado es repetir aquí las palabras y las declaraciones de la autoridad legal desde la misión del Honorable Agente confidencial Mr. Hood. Ellas están en el dominio del público, y cualquier hombre imparcial puede decir si se acomodan a esos principios que sostenemos. Han sido tergiversadas, es verdad, así como lo han sido también las que hemos emitido sobre el particular otras veces interpretando fielmente las ideas y sentimientos de los secuaces de la legalidad; pero, ¿quién que examine con un poco de atención esas tergiversaciones no conocerá al instante su falta de fundamento y el espíritu falaz y maligno que les ha dado el ser?

Recuérdese el empeño que hicieron entonces en disfrazar la situación en que nos colocamos y repre-

sentarnos llenos de doblez y con intenciones pérfidas, para evitar lo que temen con más horror, la paz, y el regreso al orden legal que destruyeron. Eso mismo hacen ahora. Los émulos improvisados de Rivera, lo echan porque les conviene deshacerse de un rival que absorbería una parte principal en las honras y emolumentos del elevado oficio que ejercen mediante la gracia de Thiebaut y Garibaldi, y porque lo juzgan, por su conocida infidelidad a todo, poco seguro para la absoluta y permanente sumisión a la Europa que meditan llevar a cabo, y como la consecuencia natural de este paso, era su abandono de la causa en que han estado ligados con él contra el gobierno legal, forjan una novela, desnaturalizan la cuestión, y nos presentan como de igual carácter y condiciones que aquel caudillo inmoral, anárquico y feroz, para hacerse de títulos a esa falsa bandera de civilización que oponen a la justicia de la causa legal.

Hemos creído conveniente hacer estas explicaciones para que se comprenda bien cuán falso es que la expulsión de Rivera haya sido por efecto de un triunfo de la civilización, y con el objeto de servirla. En el próximo número trataremos de la 4ª y última proposición general deducida de los *Estudios sobre la situación,* publicados por *El Conservador,* a saber: "que habiéndonos venido de la América todo lo malo, y de la Europa todo lo bueno, a ésta hemos de ocurrir por el bien que aquélla no nos puede dar".

"La revolución americana llamó en su auxilio a todos los principios sociales de la Europa. . . ¿Es de la Europa o de la misma América que nos han venido las desgracias que lamentamos? ¿Es en las tribus de la Pampa, porque han nacido bajo los cielos

americanos, que habremos de buscar el remedio a esas desgracias? ¿No es la Europa con sus revoluciones, con sus principios, con su ciencia, la escuela donde aprendimos las primeras ideas que sirvieron a nuestra regeneración política? ¿No es la Europa la que está a nuestros ojos desde el libro en que aprendimos a leer, hasta esos compendios de la vida civil, que se llaman constituciones y que han aceptado para su felicidad los nuevos Estados americanos? ¿No es el pensamiento europeo el que vemos reproducirse desde nuestros trajes hasta nuestras teorías sociales, desde nuestros saludos hasta nuestros conocimientos en ciencias, en artes y en todo cuanto hace dar el nombre de civilizados a los hombres? ¿Es el saber domar potros y carnear reses, lo que ha de constituir la civilización americana? ¿Nuestros padres, en medio de los conflictos públicos en que la revolución los ponía, pensaron alguna vez siquiera que el complemento de su grande obra podría venirnos del pueblo inculto de la América? ¿De nuestras multitudes atrasadas y perezosas dormidas tranquilamente bajo el despotismo español, surgió acaso el pensamiento santo de nuestra revolución? ¿No fue del corazón de las ciudades de donde partió el grito de libertad que fue vibrando de extremo a extremo sobre el continente de Pizarro? ¿Y sería del fondo de las campañas de donde vendría hoy a las ciudades, por la boca de los caudillos la expresión de nuestra nueva existencia? ¡La Europa! La Europa no ha sido para nosotros sino el libro abierto donde hemos aprendido nuestra existencia social. La Europa con todo su poder y con sus principios monárquicos, a nosotros menos fuertes y republicanos no nos ha prodigado sino consideraciones y esmero desde que nos sepa-

ramos de la España: y, entretanto, cuánta ofensa y cuánta desgracia hemos sentido nos ha venido de la América misma. Las decepciones políticas de los gabinetes europeos, que muchas veces han sublevado contra ellos el espíritu de los americanos, no han sido sino la obra misma de la inexperiencia en que vivimos todavía, que empieza así siempre por alucinarnos, y que acaba por hacernos culpar a los hombres de lo que no es culpa sino de la naturaleza de las cosas".

Hemos escogido este trozo de *El Conservador,* entre otros en que éste vierte iguales ideas, como el más propio para dar una muestra de los argumentos de que se vale para sostener que ninguna desconfianza debemos abrigar con respecto a la Europa, y que al contrario está en nuestro interés someternos a su tutela bienhechora para alcanzar la felicidad y perfección que la América no puede darnos.

No trataremos ahora de todos los puntos que contiene la cita que acabamos de hacer. Cuando examinemos los principios y las teorías de *El Conservador* tocantes a la civilización y a la barbarie, y a sus efectos en la América, hemos de demostrar que las revueltas intestinas de ésta no han sido producidas por la lucha de aquellos elementos encontrados representados por el pueblo de ciudad y el pueblo de campo; hemos de probar también que la revolución americana fue más esencialmente política que social, y que el haberse empeñado en hacerla abrazar atropelladamente este último carácter, bajo el modelo de las modernas revoluciones liberales europeas, y sin dejarlo que acompañase solamente a la nueva posición de la América en vez de violentarla, es una de las causas principales de sus des-

gracias; hemos de hacer ver, en fin, que el domar y carnear es tan conciliable con el progreso como el tejer telas y destripar terrones, y que en nuestro país tan lejos de existir un movimiento retrógrado, hay por el contrario una marcha rápida y decidida hacia la civilización, en la que se ha andado ya un trecho muy considerable, habiendo adelantado nuestra sociedad en unos cuantos años más que ningún otro pueblo del mundo en igual tiempo, y eso a pesar de la turbación de su paz doméstica. Ahora nos limitaremos a hacer algunas reflexiones sobre la falsedad y malicia que encierra la proposición de someternos a la Europa por los beneficios que de ella hemos recibido y podemos recibir, contrapuestos a los daños que nos han venido de la América.

El Conservador confunde torpemente la comunicación social con el roce político. Puede un pueblo recibir de otro con aquélla muchos bienes, y al mismo tiempo sufrir con este último males muy graves. Los pueblos de una civilización adelantada llevan ésta a los otros con quienes se comunican, y en eso ya se ve que les producen un bien; ¿pero esto impedirá acaso que su ambición, a vueltas de este bien, les haga daños los mayores? ¿Cuántas naciones no pudiéramos nombrar que entregándose inconsideradamente al cebo que hallaban en los beneficios que les resultaba de comunicarse sin reserva ni precauciones con otras mucho más civilizadas, luego se vieron cruelmente maltratadas por éstas, y aún reducidas a duro vasallaje, perdida su existencia nacional?

No nos quejamos nosotros, de la comunicación franca y extensa que tenemos con las sociedades europeas, ni hemos creído nunca que de ella nos vengan más perjuicios que beneficios. Nuestra queja justa,

los motivos de nuestro resentimiento están en la dureza con que nos tratan sus gobiernos, en el desprecio que hacen de nuestros derechos, y en esa supremacía tiránica con que más de una vez han querido sujetar los intereses americanos a los suyos, sin más razón que sus cálculos egoísticos, y sin más títulos que los que les puede dar la fuerza y esa misma civilización de que tan horriblemente abusan.

¿Quién puede dudar que de las relaciones de la América con la Europa han nacido y nacerán para aquélla provechos de mucha consideración? ¿Pero es cierto que la acción con que la Europa ha contribuido a estos provechos ha sido de tal manera desinteresada y benévola que merezca toda nuestra gratitud?, ¿es cierto que nos haya prodigado esas *consideraciones* y *esmero* que dice *El Conservador,* y que su poder hacia nosotros se haya demostrado siempre tan benigno, tan inocente, que sea una injusticia atroz temer de ella la menor cosa? Responder afirmativamente a estas interrogaciones sería olvidarse de los hechos que han pasado, sería cerrar los ojos para no ver lo que ante ellos está sucediendo. ¡Líbrenos Dios de ser ingratos! Jamás borraremos de nuestra memoria los favores que algunos generosos europeos nos prestaron para obtener nuestra independencia, ni dejaremos de mirar siempre reconocidos los votos sinceros que otros han formado por nuestra felicidad; hoy mismo tenemos que agradecer esas voces llenas de verdadera humanidad y filosofía que de varios puntos de la Europa se levantan para defender nuestra justicia, y nuestra inocencia, y maldecir el bárbaro abuso de su poder que han hecho para sostener las pretensiones más inicuas los europeos interventores. Pero nadie podrá negar que en general la

Europa nos dejó luchar solos en la porfiada y sangrienta guerra de la independencia, sin darnos auxilio ninguno de consideración; y que al buscar nuestras relaciones, ha pensado no en el bien que nos iba a hacer con su contacto, sino en lo que a ella le debía redundar con el nuestro. Bajo este aspecto es que hemos de considerar su venida; y esto explica por qué después de tener asegurado el vasto mercado que la América le abrió con su emancipación, abandonó los antiguos sentimientos de amistad hacia ésta y empezó a afligirla con pretensiones avanzadas, y a ofenderla con desprecios y descomedimientos insultantes.

Digno es de notarse; las dos naciones que más simpatías habían mostrado por la América hispana, y más deseos manifestado en su favor mientras pugnaba por ser independiente, son las primeras que después de conseguido esto, han asestado sus cañones contra ella; las primeras que han mandado sus buques a bloquear sus puertos, bombardear sus plazas, y forzar el paso de sus ríos interiores con larga efusión de sangre; las primeras que han enviado sus proletarios a apoderarse de sus ciudades marítimas, y apoyar los movimientos rebeldes y subversivos; las primeras, por último, que han desconocido sus derechos soberanos, aquellos mismos derechos que un tiempo le reconocían complacidas, y la animaban con aplausos a conquistar.

Los agravios que la América ha recibido de la Europa de algunos años a esta parte, son tales, y tales sus alarmas por la posición que ésta ha asumido respecto a ella, que una voz unánime se ha alzado en todo el continente americano pidiendo la formación de una alianza poderosa de todos sus

Estados para poder por su medio contrarrestar las agresiones que se temen de la Europa, y cuyos preludios sangrientos han aparecido ya con escándalo del mundo en el Golfo mexicano y en el Río de la Plata.

Esos recelos que agitan los pechos americanos, ese grito de alarma que sale del seno de tantos pueblos, esa unión a que quieren recurrir para fortalecerse, ¿serán hijos de un temor quimérico, provendrán de una reacción de la barbarie, de un sentimiento de odio feroz e irracional contra los extranjeros? No, la América toda no puede equivocarse cuando uniforma su sentir en un negocio de tanto interés para ella; no puede creerse que tantas naciones, sin disentir una sola siquiera, hayan venido a concebir una misma idea y abrigar un mismo sentimiento, sin que existan antecedentes visibles de grande importancia que a ello la hayan conducido.

La benevolencia, la generosidad, y aun casi podemos decir la predilección de los americanos para con los europeos ha sido la mayor que podía darse. ¿De dónde ha podido proceder el resfrío de esos sentimientos? ¿Tiene la América algún interés de ambición, de lucro, de engrandecimiento que la haga mirar a la Europa de diversa manera de la que la miraba hace poco? Sin duda que no. Su posición con relación a ésta es esencialmente inofensiva. Ninguna de sus necesidades requiere ser satisfecha a expensas y contra los derechos y progresos legítimos de las naciones europeas. Preciso es, pues, que la causa que ha modificado modernamente sus francos y generosos afectos, y su excesiva confianza hacia la Europa haya venido de afuera, y que la lección recibida haya sido de naturaleza propia para operar

esa modificación. Esto es justamente lo que ha sucedido. La América libre del aislamiento en que la había tenido el régimen colonial, se franqueó a la Europa con un abandono amistoso, sin ejemplo en la historia de los pueblos. Mientras sus hábitos hospitalarios acogían a los europeos como hermanos más bien que como amigos, su liberalidad ilimitada les presentaba a su activa explotación, sin reserva ninguna, todos los tesoros, todas las fuentes de riqueza que contenía en su seno. ¿En qué parte del mundo han sido tratados los europeos que vienen a América con más cordialidad, y han estado sujetos a menos restricciones que en ella? ¿Dónde han disfrutado de más protección y de mayores franquicias? En parte ninguna ciertamente.

He aquí en medio de la confianza descuidada en que dormía por efecto de sus procedimientos para con la Europa, de improviso se ve sorprendida por el desarrollo de las pretensiones generosas de ésta. No bastan ya las concesiones generosas de que tanto provecho han sabido sacar los europeos, no satisfacen los lucros crecidos que por ellas han obtenido; se quiere más aún: que nuestro movimiento no solo comercial e industrial, sino también social y político, que el ejercicio de nuestros derechos, y las determinaciones de nuestra soberanía, que todo en fin esté subordinado a los intereses de la Europa.

La América que se ve tratada de esa manera sin merecerlo, que siente los ultrajes que se le hacen, que se mira considerada no más que como un vasto terreno de explotación, destinado a satisfacer las necesidades europeas, recoge su confianza, suspende los efectos de su benevolencia, y alarmada y llena de justa indignación se apercibe a rechazar agresiones

que cada vez toman un carácter más violento y tiránico.

El Conservador, que no oye las justas quejas que se levantan no solo de ésta, sino de todas las regiones de la América, que no ve las demasías europeas que las producen, que solo descubre beneficios desinteresados en cuanto sale de la Europa, nos afirma que ésta no ha hecho más que prodigarnos consideraciones y esmero, y favorecernos generosamente; aserción falsa, contradicha por hechos que han pasado y están pasando a la vista de todo el mundo, aserción forjada a sabiendas contra la verdad, para adormecer nuestros recelos, y desarmar nuestro justo resentimiento, a fin de allanar el camino a nuestra sumisión a la Europa.

No es solo el periódico oficial del gobierno intruso que apoyando como es natural las ideas y designios de éste nos habla así de la inocencia de la Europa, también *El Comercio* de Varela ha sostenido eso mismo, tachándonos de bárbaros, de enemigos ingratos y feroces de los europeos, y esforzándose por hacer entender cuánta conveniencia traería someter nuestra atrasada, y viciosa sociedad a la tutela y dirección europeas. A este propósito fue que nos repitió porción de veces que la Francia y la Inglaterra estaban a la cabeza de la civilización y del *cristianismo,* queriendo de esa proposición insostenible ante la verdad así filosófica como religiosa, derivar derechos de supremacía a favor de aquellas naciones sobre nosotros, e incitarnos de esta manera a recibirla sin repugnancia y aún con agradecimiento. ¿E ignoraría *El Comercio* que entre pueblos independientes la mayor ciencia y la mayor cultura no alteran la igualdad de derechos, ni las condiciones que constituyen su independencia? ¿Ignoraría que nuestra reli-

gión no admite más dirección que la de su iglesia, ni más cabeza que la del Vicario de Jesucristo que está en Roma? ¿Ignoraría sobre todo que la civilización y el cristianismo en manos de poderes ambiciosos, se han convertido *siempre* en medios humanos de conquista y opresión? No, la India y el Africa, la Oceanía y la América le han de haber mostrado precisamente cómo se ha hecho servir a la civilización y al cristianismo de instrumentos de iniquidad, y de vehículos de esclavitud. Los escritores salvajes unitarios saben tan bien como nosotros lo que ha hecho la Europa, lo que se puede temer de ella, y de qué manera se nos ha calumniado para justificar el desprecio de nuestros derechos, y de nuestra justicia. Una cita tomada de un folleto publicado por el mismo redactor principal de *El Comercio*, será bastante para que se vea que no pecan de ignorancia ni de alucinamiento, y al mismo tiempo para que se conozca qué fe se puede poner en la sinceridad de sus palabras y en la lealtad de sus principios, cuando unos y otros los subordinan a las circunstancias en que obran.

"Sabemos bien que los autores del tratado (Mackau) que aniquiló el porvenir de la Francia en la América, van a vociferar en la Europa, que nada se pierde, que estos pueblos son poco menos que salvajes, que su estado normal es la guerra civil, que carecen de costumbres y de moral, y que el gobierno único que les conviene es la dictadura armada de la vara de hierro. Lo sabemos: ésta fue siempre la idea que derramaron cuantos europeos tuvieron que excusar una bancarrota, alguna expedición descabellada, alguna *perfidia política*... Protestamos aquí contra el ultraje y la injusticia de aquella idea. Maldicen estos países, porque no se han tomado el trabajo de

estudiar los elementos de su vida social; los calumnian, porque los han ofendido o porque no han podido explotarlos a su voluntad... Los europeos han intervenido alguna vez, más o menos directamente, en esta lucha (la de la civilización con la barbarie) pero —por una anomalía que no es inexplicable, aunque no la expliquemos aquí— se han puesto *siempre* de parte del mal principio reaccionario. Nos han dicho *salvajes*, y han trabajado porque no nos civilicemos. Chateaubriand, jefe del gabinete francés, soñaba en 1823, el restablecimiento de la casa de Borbón en América, dividida en *Monarchies Bourbonniennes*. La Inglaterra —que reconoció en esa misma época nuestra independencia, *por miras puramente europeas* y hostiles a la Francia, resultado de las conferencias de Verona, y de la guerra de España— se puso *siempre, siempre*, en América, de parte de los gobiernos dictatoriales".

"Hay, en el Río de la Plata, pueblos civilizados, con principios de orden, de moral, de libertad; pueblos dignos del aprecio y del apoyo de la civilización europea, a cuyo lado pueden ocupar un lugar no muy inferior".[5] Y sin embargo ese hombre que tal juicio tenía formado de la malignidad europea para nosotros, y de nuestra bondad, se fue a buscar la intervención europea, y la sostiene con todas sus fuerzas...!!!

El Conservador, más consecuente con sus doctrinas, o por mejor decir, con las necesidades e intentos de la autoridad cuyos intereses representa y defiende, niega a los pueblos americanos esos principios que

---

[5] Folleto sobre la convención del 29 de octubre de 1840, escrito y dado al público en Montevideo por el salvaje unitario Varela en ese mismo año

les reconoce, con justicia, Varela, o por lo menos se los concede en cantidad muy ínfima, y apenas descubriéndose en las ciudades marítimas donde alcanza la influencia civilizadora de los cañones europeos. De esta suposición, de la tiranía del elemento de la barbarie, que amenaza destruírlo todo, y de los paternales sentimientos de la Europa para la América, que finge, forma su base para el sometimiento de ésta a aquélla.

En consonancia con esta ficción, hace enteramente distintas la sociedad americana y la sociedad europea, y les da civilizaciones también diversas; de tal forma que los principios de la primera son todos buenos, y los de la segunda malos todos, casi sin excepción. Esta idea abrazada por más de un entendimiento superficial y poco cultivado ha hecho proponer la destrucción de todos los elementos de nuestra sociabilidad, para sustituirlos con otros traídos de la sociabilidad europea. En esto hay, fuera de un designio contra la existencia de nuestra nacionalidad, un error gravísimo. La civilización de la Europa y la de América es la misma. Los elementos, los principios que las constituyen son también los mismos, salvo aquellos accidentes especiales que distinguen social y políticamente a los pueblos en que se hallan fraccionadas esas dos importantes secciones del globo. La civilización cristiano-romana combinada con la civilización germana, que pone en movimiento a las naciones europeas es la misma que impulsa a nuestros pueblos, y tanto es de la America como de la Europa. No hay principio ninguno importante de ella que no esté contenido en las sociedades modernas de América. ¿Qué sería, pues, ese llamamiento de los principios sociales de la Europa para sustituirlos a los

nuestros, más que un desatino lastimoso, si tal hubiese sido el objeto de nuestra revolución?

La América no necesita, no, sacar de otra parte los principios generales que en sí tiene para su progreso, a la par de la Europa; y en cuanto a los especiales que siempre están ligados a las circunstancias peculiares de los países, ¿cómo podrán convenirnos los que se refieran a esas circunstancias peculiares cuando no sean las nuestras? ¡Cuánto pudiéramos aquí decir si tuviéramos espacio para mostrar el error funesto de ir a solicitar de afuera lo que no necesitamos, de ir a buscar ejemplos que seguir a la Europa, importando de allá casi siempre veneno destructor en vez de alimento sano y provechoso! ¡La sola manía en que tantos dieron de modelar nuestra revolución emancipadora por la revolución francesa, adoptando sus principios impíos y antisociales, cuando tanto bueno había que imitar en la patria americana de Washington! ¿Cuántos males nos ha causado y aún está causando a la América?

Enhorabuena que la América tome de la Europa, o de cualquier otra parte del mundo, lo que pueda adaptar provechosamente a su modo de ser especial; que siga la marcha progresiva de esa civilización a que pertenece y que obedece en común con la Europa; pero si quiere realmente adelantar, si quiere consolidar su existencia y dar un impulso vigoroso a su progreso, a su ventura, a su engrandecimiento, ha de buscar dentro de sí misma y con sus propios elementos todo lo que necesita para su conveniente desarrollo en ese sentido. Lo afirmaremos con decisión, y que la vulgaridad nos tache de arrogantes: aquí en nuestro país, en esta nuestra denigrada Patria, tenemos todo lo necesario para nuestra feli-

cidad, para obtener ahora mismo un bien cien veces mayor que el que disfruta la Europa. ¿A qué entonces pedírselo a ésta y esperarlo de ésta? ¿Nos lo querrá dar? Varela responderá por nosotros que no, que su inclinación es a hacernos mal siempre. ¿Nos lo podrá dar? Tampoco; la historia de todas las colonias, de todas las naciones sometidas a la tutela extraña nos prueba que en esa situación el complemento del bien es imposible. Jamás pueblo ninguno recibió otra cosa de su dependencia que degradación moral, opresión y trabas para su engrandecimiento. ¿Qué es pues entregarse a la dominación europea, de cualquier manera que sea? ¿Lo queréis saber? Oídlo: es volver al envilecimiento colonial; es perder los rasgos varoniles y enérgicos de nuestra fisonomía nacional; es vender nuestros gloriosos destinos por un poco de descanso; es trocar la dignidad y las virtudes del hombre libre, que tiene Patria y que en ella se complace, por las condiciones muelles y degradadas del que descansa en el amparo protector del señor a quien sirve; es en suma suicidarse cobardemente destruyendo el principio de independencia preparado por el gran día de Mayo y realizado después con ríos de sangre e inmensos sacrificios.

Tenemos a la vista el titulado *El Conservador* de Montevideo del día 13 del corriente, en el que continúa la larga serie de artículos que en ese periódico se han dado a luz bajo el epígrafe *Estudios sobre las cuestiones de hecho.**

* Este artículo refuta el intitulado "Oribe con relación a su país natal" publicado en *El Conservador,* Nº 59, Montevideo, jueves 13 de enero de 1848. Por su relación con el tema, se incluye aquí.

En los primeros números de esa producción exótica engolfada en la personalidad y llena de necedades, de absurdos y paradogismos, no era fácil descubrir su verdadera tendencia. Las ideas se perdían entre la confusión de las palabras; y el uso de un lenguaje revestido de formas poéticas para el examen de cuestiones políticas, en que servían de imágenes algunos denuestos contra el pardejón Rivera y muchas calumnias a los caracteres más eminentes de ambas Repúblicas del Plata, nos dejaba poca duda de que esa producción extravagante debía ser la obra de un cerebro trastornado por la desesperación. El número del día 13 a que nos referimos, ha venido por fin a poner en claro el objeto que se proponen los salvajes unitarios que redactan dicho periódico, y vemos que su larga tarea se reduce a persuadir a los orientales que habiendo sido expulsado del país el pardejón Rivera, ha cesado el único motivo legítimo que existía para la guerra. Que por consiguiente, si la Nación Oriental se deshiciese también del Supremo Jefe legal que la preside, no habría ya razón alguna de política o de conveniencia que la impidiese reunirse con sus compatriotas encerrados en la plaza de Montevideo, y someterse al titulado gobierno de los traidores salvajes unitarios que está agonizando en ella entre los brazos de los aventureros legionarios que lo sostienen con el apoyo de la intervención francesa.

Este es sustancialmente el fruto que han sacado de sus *Estudios sobre la situación y los hechos,* tres o cuatro perversos salvajes unitarios emigrados de la Confederación Argentina que redactan en Montevideo el titulado *El Conservador,* sirviendo a los designios y a la ambición de los extranjeros a quienes

están vendidos. La proposición es tan atrevida, tan insolente y tan absurda que creíamos hacer una injusticia a la ilustración del Pueblo Oriental si la sometiésemos a un detenido examen y refutación, que por otra parte no podemos dar a sus autores por la razón que después diremos. Presentando a nuestros lectores el simple extracto que hacemos de ella bastará sin duda para que el público la juzgue por sí mismo, limitándonos por nuestra parte a muy breves comentarios.

En uno de los anteriores números de *El Conservador* dijeron sus redactores con aquella presunción que caracteriza a los revoltosos, que el artículo a que nos referimos no sería contestado por *El Defensor de la Independencia Americana.* Es muy cierto que no lo haremos, ni nunca lo hemos hecho, aunque nos hayamos contraído a las producciones de *El Conservador* y demás periódicos que hoy se publican en Montevideo. La razón es porque ninguno de los redactores de ellos es oriental, ni tiene los derechos que confiere la ciudadanía para tomar la menor parte en las cuestiones que conciernen a este país, y que solo pueden y deben discutir los que tienen un interés vital en ellas; pero no esos infames forajidos, prófugos de su Patria; que después de haberse bañado en la sangre de sus hermanos han venido a esta República implorando un asilo que les concedió con generosidad, y del que abusaron con vil ingratitud para conspirar contra el mismo gobierno legal que los había hospedado y protegido. Estos malvados no tienen, pues, ni derechos ni título alguno para dirigirse a los orientales por la prensa, ni de ninguna otra manera, invocando sacrílegamente el nombre de la Patria a que no pertenecen,

y por la cual nada han hecho más que agitar la discordia, promover alborotos entre los habitantes de los pueblos de su asilo, mezclarse en sus disenciones y hacer finalmente causa común con los rebeldes, prostituyéndose vilmente a los extranjeros, a quienes son tan odiosos y tan despreciables como a sus mismos conciudadanos. Han traicionado a su Patria: han llamado a la intervención europea brindándole con su independencia y libertad; y no se averguenzan de servir a sus intereses y de continuar aún lisonjeando la ambición de aquellos mismos gobiernos extranjeros, que en justa recompensa de su infamia y su traición, han propuesto su destierro del país, o su confinación bajo segura escolta, en uno de los preliminares de la Convención de paz.

Por esas razones que no contestamos a los redactores de *El Conservador,* que pertenecen, como los de *El Comercio del Plata* a ese bando de envilecidos traidores, proscriptos de su Patria, y votados por la opinión pública a la execración y al desprecio en ambos continentes. Las observaciones, pues, de que vamos a ocuparnos no son para ellos precisamente, sino para quien las lea, y de ningún modo importan una contestación a quien no tiene derecho a pedirla ni nosotros debemos darla.

El objeto de *El Conservador,* según se deduce de sus conclusiones, es dar a entender que la cuestión que desde algunos años a esta parte se ventila con las armas en este país es de personas, o de intereses individuales, y no de principios y de conveniencias generales. En tal concepto supone que la guerra se hacía únicamente a la persona del salvaje unitario Rivera que era el rebelde y usurpador contra quien combate la Nación, y que por consiguiente expul-

sado éste del país por los rebeldes en quienes él ha delegado el poder usurpado no existe ya causa legítima para continuar esta guerra.

En primer lugar, si con la separación de Rivera de este país quedasen destruidos los fundamentos de la rebelión, todo lo que existía durante el tiempo en que ejerció su poder arbitrario se desplomaría en el hecho y quedarían destruidos también todos los elementos que pasaron a manos de sus herederos los salvajes unitarios que lo expulsaron; que son de la misma familia, que cooperaron con él a la formación de esa obra, que han sido cómplices en sus crímenes, y que la continúan con los mismos vicios que tuvo en su origen. La guerra pues no es a las personas que pertenecen a la rebelión, sino a ésta, y mientras ella conserve un elemento de resistencia a la autoridad legal del Excmo. Sr. Presidente Oribe, que la Nación ha elegido y que sostiene armada en masa; la cuestión subsistirá como ha subsistido hasta ahora sin que quede lugar a otra disyuntiva si no es la de guerra o sumisión de los rebeldes, reconociendo lisa y llanamente la autoridad de aquel supremo magistrado.

La causa del pueblo oriental no es de ninguna persona: es la causa del orden y de las leyes cuyo principio representa el Excmo. Sr. Presidente legal D. Manuel Oribe. A su lado está toda la Nación combatiendo por el triunfo de ese principio contra la rebelión que ha derrocado con el apoyo de la intervención extranjera a esa misma autoridad y a los demás poderes constitucionales de la República. Su objeto es restablecer el orden que los rebeldes han destruído, defender su libertad e independencia amenazadas por los extranjeros que ellos mismos han

traído al país, obtener la paz finalmente por el triunfo de la legalidad, de la razón y la justicia y asegurar sobre estas bases la felicidad y futuro bienestar de la República. Esta es la causa que defiende el pueblo oriental, y éstos los sentimientos que lo animan desde el Jefe Supremo que lo preside hasta el último de los ciudadanos. Por esta causa honrosa y digna, no contra personas ni en favor de ellas, es que lucha desde muchos años, y seguirá derramando en ella su sangre y haciendo todo género de sacrificios; muchos más aún si necesario fuese hasta conseguir su objeto; tiene la conciencia de su justicia y la confianza que le inspiran su mismo valor y su constancia para triunfar de todos sus enemigos.

Si los salvajes unitarios desean de buena fe la paz, si están sinceramente decididos a abandonar la causa infame de la rebelión, ya saben desde mucho tiempo que la clemencia del Excmo. Sr. Presidente de la República les abre el más cierto y también el más seguro de todos los caminos, para volver al gremio de la Patria y al goce de los derechos que han perdido, alejándose de su seno para ir de uno en otro crimen a sepultarse en el abismo de ignominia y degradación en que hoy se encuentran. Ese es el medio que se presenta a los orientales extraviados; pero del cual se esfuerzan para alejarlos los traidores infames que en Montevideo se han apoderado de la prensa. Esos no ven garantía posible para ellos después de tantos crímenes; cualquiera que sea el desenlace de esta cuestión creen que les será indispensable abandonar el país a que tanto mal hicieron, y se gozan en hacerle aun todo el que puedan hasta el momento en que se alejen de él.

Motéjanos de pesados *El Conservador* de Montevideo, por lo mucho que tardamos en dar fin a nuestra contestación a sus *Estudios sobre la situación,* y con tal motivo dice algunas de aquellas heladas gracias que le son geniales, y que el infeliz repite sin conocer lo desairado que lo hacen aparecer.

No hay duda que esa contestación ha sido demorada, y que se ha prolongado mucho más de lo que queríamos; pero no ha podido menos de ser así. Nuestro periódico sale cada cuatro días, y contiene páginas estrechas: de forma que para cada número hay con frecuencia una aglomeración de materiales que excede al lugar que aquéllas les pueden dar. Hay pues que hacer una elección y ésta recae siempre, como es regular, en los documentos y artículos de un interés más inmediato, y cuya publicación no se puede diferir, sin exponerse a dejar pasar la oportunidad. He aquí la razón por que ha sido interrumpida varias veces nuestra contestación a los estudios de *El Conservador.* No les damos tanta importancia, ni tememos tanto sus efectos que nos parezca urgente combatirlos, dando de manos a nuestras demás tareas. Nos contraemos a ellos, cuando queda algún espacio; y eso es lo que hacemos hoy, sin que nos detenga la consideración de los muchos días que han transcurrido desde que salieron a la luz, porque los puntos que nos quedan que examinar son para ser tratados en cualquier tiempo.

"La América antes española se halla entregada a la acción de dos elementos contrarios, el de la *civilización* y el de la *barbarie,* que en ella combaten incesantemente y son causa de sus guerras civiles. El de la civilización es representado por las ciudades, y envuelve el principio de la *revolución ame-*

ricana; el de la barbarie tiene su representación en los campos y produce la *reacción colonial*".

Esta es la primera de las cuatro proposiciones principales que dedujimos de la tesis sostenida por *El Conservador* en sus *Estudios sobre la situación.* Con referencia a ella dijimos en nuestro número del 20 de diciembre pasado: "No entra en nuestro plan, ni es necesario investigar cuáles son las causas de las continuas alteraciones a que han estado sujetos los pueblos hispano-americanos desde su emancipación política. Materia es ésta que para ser tratada como correspondía ha menester más tiempo que aquel de que podemos disponer, y un campo más vasto que el que puede ofrecérsele en un periódico de tan estrechos límites como el que redactamos. Por esta consideración nos abstendremos de ocuparnos en el examen de la primera proposición con el detenimiento que su importancia requería; y solo haremos algunas observaciones con relación a ella, que dejamos para cuando hablemos de las teorías y parte filosófica de los estudios de *El Conservador*". Esas observaciones son las que vamos a hacer ahora.

Lo primero que hemos de determinar, para ver si realmente existe esa lucha entre la civilización y la barbarie, es el sentido recto de estas dos voces. De otro modo nos expondríamos a estar eternamente disputando sin entendernos, y sin que se pudiese conocer dónde estaba la verdad, y dónde el error; cosa que muy bien puede convenir a quien tiene que rodearse de tinieblas y encerrarse en un círculo de embrollos para ocultar su mala parte como le sucede a los escritores salvajes unitarios; pero no para nosotros, que tanto más ganamos, cuanta más luz se derrame sobre los principios que sostenemos.

No siempre han estado de acuerdo los filósofos, los políticos, acerca de lo que debía entenderse por civilización. Algunos la han hecho consistir toda en la cultura del entendimiento, y otros en la perfección del estado social. En este último sentido decía así, a fines del siglo pasado, un célebre escritor a un príncipe, su educando: "Notad, Monseñor, que un pueblo no es propiamente civilizado, sino en cuanto se halla ligado por un interés común". Pero cualquiera que haya sido la diversidad de modo de entender la civilización, hoy parece ya convenido que ella abraza ambos desarrollos, el social y el intelectual. En este concepto diremos que la civilización no es formada de la superabundancia de sabios y artistas y del exceso de establecimientos literarios, sino de aquella suma de conocimientos, de instituciones y de costumbres propios para llenar los altos fines del progreso y de la felicidad de las naciones.

Debemos advertir que no se ha de tomar esos conocimientos por las ciencias propiamente, ni esas instituciones por las leyes positivas, ni esas costumbres por las prácticas y accidentes exteriores que distinguen a los pueblos que tienen una misma civilización, sino por aquel modo de ser social en que están constituidos, aquel conjunto de ideas y creencias arraigadas en la generalidad, y aquellos hábitos y movimientos que forman la vida social.

Donde esos conocimientos, esas instituciones y esas costumbres correspondan a los fines que más arriba hemos expresado, allí habrá verdadera civilización.

La Europa se halla en ese caso. Su desarrollo social e intelectual es en este sentido tanto cuanto lo permiten sus circunstancias. Otro tanto sucede a la América, porque como ya en otro número demos-

tramos, los elementos y principios de su sociabilidad, en lo principal, son los mismos que los de la Europa.

Vamos a la barbarie. Por ésta solo podemos entender un Estado en que no exista ese desarrollo social e intelectual que constituye la civilización, o en que domine un desarrollo contrario a ésta.

El mediodía de la Europa, en que la civilización se hallaba domiciliada con el Imperio Romano, después de la irrupción de los pueblos del Norte se vio sujeto a una larga lucha social con la barbarie, que éstos habían introducido. Al cabo terminó la lucha por una combinación de elementos en que figuraban, de una parte los suministrados por el cristianismo, de otra los que quedaron de la sociabilidad romana, y de otra los que trajeron los bárbaros y permanecieron después del choque. Verificada esta fusión, cesó la pugna, y la civilización con el complejo de los elementos nuevamente combinados empezó a desarrollarse, y a avanzar en su carrera más o menos rápidamente, según las circunstancias de los pueblos en que había definitivamente prevalecido. Desde entonces en la Europa dejó de existir la barbarie; puesto que como hemos dicho los mismos elementos introducidos por ésta que habían quedado, se amalgamaron con los demás elementos que entraron a servir para el nuevo desenvolvimiento de la civilización.

Sin embargo como esa combinación podía modificarse por circunstancias especiales de cada país, o accidentales o permanentes, de aquí es que la civilización siendo una misma, se ha desarrollado con más o menos felicidad en unos que en otros.

Una lucha se ve, es verdad, que influye en los progresos de la civilización; pero no es la de ella

con la barbarie, sino la del *saber* con la *ignorancia* y la *preocupación.* Esta lucha es inseparable de la existencia de las sociedades humanas; porque siempre ha de haber preocupados e ignorantes en abundancia aun en las naciones que más lleguen a civilizarse, y por bien organizadas que estén, aquéllos han de lograr alguna influencia y han de oponerse muchas veces a los que más saben.

No se puede, pues, decir que una nación de las de Europa es bárbara porque reine en ella más que en otra la ignorancia y las preocupaciones. Se dirá que es atrasada, poco culta; pero de ahí no se puede pasar. De ahí no se puede uno extender a calificar su atraso y todas las malas condiciones que se le vean, de movimiento retrógrado hacia la barbarie. No hay pueblo ninguno de los que pertenecen a esa civilización que hemos llamado cristiano-romano-germana, en el que pueda verificarse semejante retrogradación. En el estado de adelanto a que ha llegado la civilización en todos esos pueblos, con la comunicación que hay entre ellos, y después de haberse extinguido ha tanto tiempo cuanto constituía la antigua barbarie, ¿quién puede imaginarse que es posible convertirse alguno en una horda semejante a las que capitaneaban los héroes de la Escandinavia y de la Escitia? Un lenguaje apasionado e hiperbólico habrá podido más de una vez, en sus exageraciones, hecho marchar a las naciones cristianas de la Europa y la América en derechura a sumergirse en el caos de donde salieron ha muchos siglos, pero la razón ilustrada e imparcial se reirá siempre de semejantes despropósitos.

Estas cortas reflexiones harán ver el valor que se puede dar a la ficción favorita de los salvajes unitarios de la lucha entre la civilización y la barbarie

que hace tantos años está ensangrentando la América y particularmente estos países del Río de la Plata. Nuestros padres vinieron de la Europa, trajeron consigo esa misma civilización que hay en aquella parte del mundo. Que fuesen más ignorantes que otros europeos no lo negamos; y que sujetos con su generación al régimen colonial, participase la sociedad que fundaron de todas aquellas cualidades que son propias de semejante modo social de existir, tampoco lo hemos de dar por incierto: pero sí nos opondremos a pasar porque perteneciesen ellos y esa sociedad a la barbarie. Los tiempos a que nos referimos no están tan lejanos de nosotros, que no podamos saber con toda exactitud cuál era el estado de la sociedad que ha precedido a esta independiente en que estamos, y cuáles los principios sociales que ella contenía. Degradada en su absoluta dependencia del dominio metropolitano, oprimida bajo un despotismo cruel, y privada de todo progreso moral y material, su existencia no podía ser más triste y envilecida; ¿pero por eso hemos de calificarla también de bárbara? No, no hay nadie que quiera hablar la verdad, la verdad pura y sin más consideración que a ella, que tal afirme.

¿Dónde está pues esa barbarie hacia la cual dicen los salvajes unitarios que queremos volver? ¿Por ventura nuestro origen está en la *Pampa* o en el *Chaco*? ¿No somos cristianos como los europeos, no tenemos un idioma europeo, no pertenecemos al mismo tipo que los europeos, no es en fin nuestra civilización lo mismo que la de ellos? ¿A qué barbarie es entonces la que vamos? ¿Por qué no se explica y determina cuál es, y de qué elementos se compone?

Lucha de la civilización con la barbarie llama *El Conservador* a todas las contiendas civiles que ha

habido en Hispano-América. Ya hemos visto cómo no puede haber tal cosa; porque todos los hombres, todas las clases, todos los elementos que han entrado en ellas, pertenecen a la civilización, ora hayan salido de los campos, ora de las ciudades. En el número próximo consideraremos los hechos para mostrar con ellos que esa lucha no ha existido, y que es una ficción a que se han asido los salvajes unitarios para defender la posición antinacional.

Dijimos en nuestro número anterior que hacía siglos que había desaparecido de la Europa la barbarie; que del modo como había formado y arraigado su dominación la civilización, y en el estado de comunicación en que se hallan los pueblos europeos, no era posible que hubiese en ninguno de ellos, por ahora a lo menos, un retroceso a la antigua barbarie, ni que los extinguidos elementos de ésta reapareciesen, desarrollándose con poder bastante para abrir nueva lucha con la civilización; y de esta verdad incontestable dedujimos, que puesto que las modernas naciones americanas eran del mismo tipo, y estaban constituidas socialmente del mismo modo que las europeas, no podía existir tampoco en ellas esa lucha.

Esto que el simple raciocinio nos lo muestra, viene a confirmarse por la inspección de los hechos. Examinémoslos: pero veamos primero de qué manera los establece *El Conservador*.

"La República Argentina declara su independencia en 1816. La República Oriental declara la suya en 1830. Ambos Estados quedan independientes y soberanos políticamente. Lo mismo hacen y quedan las otras Repúblicas de Sud-América".

"Cada una empieza a darse sus gobiernos y sus instituciones propias: cada una empieza a hablar a las otras en el tono de su soberanía, de su independencia, de su ausencia de todo vínculo de comunidad; y el suelo americano queda coronado de pabellones diferentes".

"Pero en medio de toda esa opulencia de títulos y prerrogativas nacionales, aparecen dos soberanías más poderosas, que haciendo burla de límites, de actos de independencia y de constituciones, corren con la rapidez eléctrica de un punto al otro de la América; la una se precipita del fondo de los desiertos sobre las ciudades, la otra de las ciudades a los desiertos; diciendo la primera: "para mí no se han hecho esos límites, toda la América es mía, yo soy el pensamiento retrógrado que me reacciono" y respondiendo la segunda: "para mí tampoco hay Estados independientes en la América porque toda ella es mía, yo soy el pensamiento civilizado que la ha invadido"...

"Los dos elementos opuestos —el elemento reaccionario, y el que innovaba con la revolución—, se personificaron en dos inmensas clases de la sociedad, que bien pronto se encontraron en los campos de batalla; dándose el nombre de partidos políticos, lo que no era ni es todavía otra cosa, que los dos principios de la sociabilidad americana encarnados en sus defensores especiales. Y así el principio reaccionario se levantó defendido por las clases incultas de la sociedad, y el principio revolucionario por aquellas clases ilustradas que lo comprendían"...

"Las ciudades y las campañas han sido los dos campeones de los dos grandes y contrarios principios de la América: el principio sano de la revolución,

y el principio dañino de la reacción. De una parte estaban las ideas, de la otra parte estaba el sable; era preciso que se armasen también las ideas; pero o las ideas preferían el triunfo del convencimiento, y entonces se burlaban de ellas, o llegaban a armarse, y entonces eran sofocadas por el número de sus contrarios"...

"Hemos dicho ya que en la República, como en toda la América española, existen dos principios reguladores del movimiento social: el uno, el principio civilizador de la revolución americana, el otro, el principio de reacción del pueblo colonial. El uno apoyado en las ciudades; el otro apoyado en las campañas. El uno, dirigido por el esfuerzo común de todos los hombres que le pertenecían por la asociación de las ideas civilizadas; el otro representado por los caudillos"...

"Esa parte inculta de la sociedad americana, sin roce, ni comunidad con las ciudades, no tenía otro medio que las armas para triunfar en sus pretensiones. Acudía a ellas porque no concebía que hubiera otro medio de destruir a sus contrarios, que haciendo desaparecer sus ideas con sus cabezas. Acudía a ellas porque solo en el bullicio de la pelea podía ahogar en su conciencia esta pregunta que han debido hacerse desde el primero hasta el último de los que siempre se han lanzado a vencer y humillar las poblaciones de nuestras ciudades: *¿por qué peleamos?* La filosofía lo sabe bien; nuestras campañas *no lo sabrán jamás*".

"Desde que era la fuerza material la que debía apoyar sus pretensiones, desde el fondo de un desierto se organizaba esa fuerza y se le daba un jefe. Para obtener este rango en América se necesitaban tres

cosas: primero, un corazón bien templado para contener en sí el principio bárbaro que la reacción envolvía; segundo, reunir a un carácter audaz hasta la insolencia, una organización fuerte y robusta; tercero, tener todos los hábitos, todas las tendencias, todas las condiciones del verdadero gaucho. A la ausencia de alguno de estos elementos ya no se podrá concebir la idea del caudillo de América"....

"Reconcentrando ahora la cuestión a nuestra República, vemos que ella no se ha eximido, porque no podía eximirse, de esa situación social de los otros Estados del Continente, en punto más pequeño, porque el teatro lo era también La República poseía también el pensamiento civilizador de la revolución, y el pensamiento bárbaro de la reacción colonial. Tenía *sus ciudades litorales* en roce continuo con la civilización europea, y sus anchas campañas en roce solamente con la naturaleza y con las *habitudes nacionales;* debía pues también sufrir la guerra de la ciudad y la campaña"...

Para que fuese cierta esta explicación de las luchas civiles de los nuevos Estados hispano-americanos, sería preciso; primero, que en ellas apareciese siempre de una parte las campañas, y de la otra las ciudades, combatiendo aquéllas por destruir la civilización y sustituirle la barbarie, y éstas viceversa porque la barbarie hiciese lugar a la civilización; segundo, que los caudillos y las masas que combatían se dividiesen constantemente de tal forma, que a un lado no hubiese más que hombres salidos de los campos, y al otro de las ciudades, sin confundirse jamás unos con otros; y tercero, que las poblaciones campesinas no solo se viesen decididamente marchando a hundirse en la barbarie, sino que mediante su poder dominante

hubiesen hecho retroceder la sociedad a términos de ser mucho menos civilizada de lo que era antes.

Si no hubiese habido nada de esto; si en las revueltas intestinas de la América se viesen promiscuamente obrando de una y otra parte de los combatientes los hombres de ciudad y los hombres de campo; si los jefes y directores de esas revueltas no siempre fuesen caudillos de campaña peleando con caudillos de ciudad; si en fin las poblaciones campesinas, en vez de proseguir marchando en retroceso hacia la barbarie, hiciesen un movimiento decidido por el camino del progreso y de la civilización; si esto fuese así, decimos, falsas serían las causas que da *El Conservador* a las convulsiones americanas, y lo que ha escrito respecto a la lucha de la civilización con la barbarie no sería otra cosa que un romance ideal, contrario a la verdad histórica, compuesto ex profeso para acomodarlo a la defensa de la causa que sostiene.

Muchas han sido las alteraciones a que ha estado sujeta la América antes española, en el curso y después de su lucha por la independencia. Los choques han sido continuos en todas las secciones en que se dividió, y las subversiones se han sucedido, desgraciadamente con una frecuencia en extremo perjudicial a su desarrollo moral y material.

Esas alteraciones, sumamente variadas, y cuyos elementos se combinaron de infinitas maneras, tuvieron diversos impulsos y presentaron diversas banderas; pero podemos asegurar sin temor de que se nos pueda con justicia tachar de inexactos, que en ninguna de ellas se dividieron las clases de la sociedad totalmente de un modo decidido, combatiendo cada una por sus peculiares intereses. Que esas clases se

hayan presentado a veces con su carácter propio, no lo pondremos en duda; mas esperamos que se convendrá con nosotros en que siempre fue de un modo débil, y sin formar jamás una bandería aislada, con movimiento nacido de ellas mismas e independiente.

Las clases de América están divididas por cortes mucho menos profundos que en Europa. La revolución de la independencia ha obrado poderosamente para aproximarlas unas a otras y confundirlas; y esto es de tal suerte, que en parte ninguna del mundo, habrá mayor comunicación entre ellas, ni más fácil y frecuente paso de sus individuos de unas en otras. En América no se puede decir como en Europa: éste vivirá siempre en el desierto, y vestirá siempre el traje campesino; este otro no se despojará jamás de su frac, ni abandonará la morada de ciudad. Comunísimo es ver a un hombre de las clases más inferiores, o nacido y criado en el campo presentarse en la ciudad en comunidad con los más distinguidos sujetos de ella, y no es menos frecuente encontrar personas de ciudad en las campañas, en donde han ido a adoptar la vida que en éstas se lleva y a seguir la industria que allí se ejercita.

Estos cambios entre campos y ciudades en ninguna de las partes de la América son tan comunes como aquí: de que han nacido el roce y los enlaces que ligan a entrambas partes de la sociedad en una especie de alianza bien fácil de distinguir. Es tanta la relación y la mezcla entre campo y ciudad, que muchas veces una misma familia abraza hombres de una y otra clase, viéndose con frecuencia abrazarse al hermano de poncho y chiripá con el hermano de frac y corbatín; ni es raro sino muy común también

que un mismo individuo aparezca ejerciendo ambas profesiones, y siguiendo ambas vidas; viéndosele ya con el lazo en la mano y en traje de ganadero, correr tras el animal que quiere sujetar, ya en medio de los círculos más cultos de la sociedad presentarse vestido con elegancia cortesana, y mostrar unas maneras y una expresión propias de un fino trato de gente y de un entendimiento bien cultivado por la educación y el estudio.

Compúlsese la historia de las facciones en América; examínense una por una, y no se verá cosa ninguna que muestre ésa su división en los dos grandes bandos de la civilización y la barbarie, que han ideado los escritores salvajes unitarios. No se nos hará ver cómo desde California al Estrecho, pues *El Conservador* abraza todo este espacio en su atrevida generalización, esas facciones combatientes han representado la lucha de las campañas con las ciudades En todas ellas se han dividido los contendores, arrastrando indistintamente secuaces ya de una, ya de otra parte; y con pocas, o tal vez ninguna excepción, jamás han sido representantes de ideas encontradas, sino de intereses personales, de círculo o de localidad. No lo ocultaremos, aunque parezca humillante confesarlo; las contiendas americanas, exceptuando las pocas referentes a verdaderos partidos políticos y a la defensa de gobiernos legítimos, han sido luchas de facciones en que para nada, o como cosa muy subalterna, entraban las opiniones políticas, y los intereses de clase. Tan cierto es esto que las más veces, han aparecido defendiendo ostensiblemente los mismos principios y dirigiéndose al mismo fin. Todas han formulado sus programas de acuerdo con los principios liberales y con el sistema republicano

admitido en América; todas se han dicho partidarias de las mismas ideas, y movidas de los mismos impulsos, aunque en los medios se hayan separado y seguido diversos caminos.

Esta uniformidad de pronunciamiento, este acuerdo en las ideas, esta confusión de las clases en las revueltas intestinas, prueba de una manera evidente que no luchan en ellas en general principios políticos, ni elementos sociales colocados en antagonismo, sino pasiones e intereses de otro género que se refieren a ciertos vicios heredados, a nuestra inexperiencia, y sobre todo a ese repentino tránsito del régimen absoluto al de libertad; circunstancia, que si hace aparecer de más baja índole a nuestras facciones, también nos muestra la posibilidad de su extinción total; tan luego como tomen solidez nuestros gobiernos, por la falta de una base permanente de oposición en aquéllas.

Si consideramos, por otra parte, los jefes y los caudillos de los partidos y bandos que han combatido, vemos que ni siempre se han presentado en la lucha esos cuya descripción ha hecho *El Conservador,* ni tampoco los de la ciudad han capitaneado solo hombres de ciudad, contra los hombres de campo. No serán capaces los escritores de los *Estudios sobre la situación* de citarnos los nombres de esos gauchos que en todas las secciones americanas correspondientes a las antiguas colonias españolas desde México al Río de la Plata, han estado a la cabeza de la reacción bárbara figurando en todas sus guerras civiles. ¿Qué gauchos fueron los que produjeron las frecuentes convulsiones del país?, ¿los que trastornaron el orden tantas veces en Nueva Granada y Centro-América, en Quito y Venezuela? ¿Qué gauchos son los que

dividen lastimosamente y tienen en perpetua discordia y choque a la desgraciada México? Es tan falso lo que dicen esos escritores, a este respecto, que ni en todos los países hispano-americanos hay gauchos, ni sus hombres de campo son del mismo carácter y condiciones, ni están en las mismas circunstancias.

El Conservador hace nacer de las campañas en toda la América sin excepción, la acción productiva de sus revueltas, de sus desórdenes y de sus tiranías. Pocas veces se ha dicho una cosa más opuesta a la verdad. El origen de eso ha estado casi siempre en las ciudades; y sus promotores por lo general han salido también de ellas. Cuéntense los movimientos trastornadores, y numérense sus cabezas y directores. Para uno de aquéllos y de éstos que corresponda al campo se contarán diez pertenecientes a las ciudades. No inculparemos a éstas por eso. Por lo mismo que en ellas se daban más a la política los hombres, y por causa de que en su seno se reunían siempre a obrar los principales agitadores, allí debían exaltarse más las pasiones políticas, y presentar más propios elementos para iniciar las conmociones civiles. Brotadas éstas, las campañas eran comprendidas con el común de los pueblos en la contienda; pero lo repetiremos cien veces, no formando bando separado por sí, sino prestándose dividida a seguir a ésta o aquélla de las partes contendentes. Y de esta manera se veían campesinos y hombres de ciudad siguiendo a unos, y campesinos y hombres de ciudad siguiendo a otros. Tal es el modo como siempre se han visto mezcladas en los choques de las facciones a estas dos clases de la sociedad, antes y ahora, durante la pelea por la independencia y después de adquirida ésta.

Réstanos examinar cuál es la tendencia de nuestras poblaciones de campo, si es en derechura y decididamente hacia la barbarie, o si más bien su movimiento fuertemente pronunciado es hacia el progreso y la civilización.

Si las poblaciones de las campañas de América, de las que hace nacer *El Conservador* el movimiento reaccionario hacia la barbarie, y a quienes atribuye un dominio casi perpetuo sobre las ciudades, no hubiesen andado nada en ese sentido, si al contrario se las viese marchar por distinto rumbo, en dirección al progreso material y moral, y en él hubiesen adelantado ya un camino considerable, claro sería, hemos dicho, que no ha existido en ellas aquella reacción.

En efecto, a haber prevalecido generalmente, como se supone, el elemento de campo sobre el de ciudad, de necesidad había de seguir adelante según el impulso que lo había hecho obrar, superado el obstáculo que lo tuvo detenido. El habría realizado entonces una verdadera conquista en pro de la barbarie, y sus efectos se habrían de ver en la sociedad, perdiendo ésta tanto en civilización, cuanto avanzase esa conquista. Su desarrollo no podría menos de volver las campañas más bárbaras de lo que eran antes, y de esta manera sería fácil su retrogradación. Esto es palpable.

La consecuencia, pues, que hemos deducido más arriba no puede ser más exacta, y por lo tanto para conocer si hay o no verdad en la aserción de *El Conservador* basta atender a lo que han sido y a lo que son las campañas en América.

Sin dificultad pudiéramos referirnos a ésta en general para mostrar los instintos civilizados, y los

progresos de las poblaciones de campaña; pero para que sea más perceptible al común de nuestros lectores nuestras demostraciones, y más patentes se vean las ficciones históricas de *El Conservador*, nos referiremos solamente a nuestro país; ya que a él también ha aplicado más especialmente sus falsas suposiciones.

El extranjero que no teniendo conocimiento ninguno de nuestra campaña, lea la descripción que ese periódico salvaje unitario hace de sus habitantes, se formará a la verdad una idea bien extraña de ellos. Sin duda creerá que son unos hombres de un ánimo feroz y llenos de rudeza, imaginándolos semejantes a los hotentotes y kalmukos, y pareciéndole allá en su idea verlos vagar semivestidos por el desierto, y en lucha perpetua con las fieras y con los demás hombres, vivir de sangre, de rapiña y de violencias. Apenas les concederá un habla bárbara, un lenguaje grosero e imperfecto como aquel que Varela da a los soldados de su Patria llamándolo *castellano de las Pampas*. Mas, ¡cuán diferente sería su juicio si recorriese esa campaña y penetrase en sus poblaciones observando su adelantado estado social y su impulso decidido hacia la civilización!

Los progresos de nuestra campaña han sido grandes, rápidos y sólidos, y sin disputa mayores que los de la ciudad. No hay más que comparar lo que era ella en nuestro país en tiempo de la dominación española, y hace 20 años, con lo que es ahora, para conocer el inmenso adelanto que ha hecho. Hasta cierto punto puede decirse que se ha operado en ella una revolución moral y material. No es posible en un artículo como el que escribimos dar una razón circunstanciada de esa transformación progresiva. Nos bastará así indicar lo que no puede ponerse en duda

por su notoriedad. ¿Quién ignora de qué modo estaba constituida la propiedad y la población en la campaña en otro tiempo? Sus vastos terrenos divididos en pocas manos, encerraban una población escasa, que sin arraigo ninguno, por carecer de propiedad territorial, vivía de intrusa, o a favor de las posesiones de los grandes propietarios, ejercitándose en los trabajos de la ganadería, alternados con largos espacios de ocio, a que convidaba la facilidad de sustentarse no más que con montar a caballo, y matar, a elección, una de las mejores reses del innumerable ganado que cubría el campo. En este estado, ya se puede colegir cuál sería el atraso de esas gentes.

Considérese ahora de qué manera se halla en la actualidad distribuida la propiedad territorial en esos mismos lugares poblados antes de vagos, intrusos y holgazanes. Fraccionada en cien partes más que lo que estaba antes, una multitud de propietarios salidos de esa misma antigua población, han ocupado las dilatadas campañas pertenecientes a unos pocos individuos entre quienes se hallaba repartida. Conocemos más de un partido poblado de esos nuevos propietarios territoriales, cuyas tierras eran antes de un solo dueño.

Los que están acostumbrados a estudiar en sus efectos el desarrollo del hombre según sus varias situaciones sociales, pueden fácilmente presumir cuáles han debido ser las consecuencias de esta mudanza de condición en los habitantes de la campaña. Ellas están a la vista, y cualquiera que haya conocido la época anterior y la presente está en aptitud de dar testimonio de nuestra verdad.

La antigua indolencia, ha sido sustituida por una notable actividad y una decidida aspiración a elevarse.

De aquí es que los hombres de campo rápidamente convertidos en propietarios y hacendados acomodados, han ido poniendo en armonía con la fortuna a que habían subido, su traje, sus costumbres, sus deseos, y su misma inteligencia; y al propio tiempo preparándose para conciliar todo esto con la más alta esfera a que se veían encaminados. El anhelo de saber, el empeño de poner a la familia en circunstancias de aparecer con la decencia y trato correspondientes a la fortuna adquirida o a la que se cree llegar, es general en el habitante de la campaña. El primer cuidado de éste luego que ha adquirido un mediano caudal es procurar quién enseñe letras a sus hijos, y si logra colocar alguno en carrera literaria, su satisfacción es la más completa que pueda imaginarse. Apelamos a cuantos hombres ilustrados, así nacionales como extranjeros, han recorrido nuestros campos en estos últimos años que digan, ¿cuántas veces no se han sorprendido al ver la civilidad del trato, y los modales finos y delicados de las familias en la campaña?, ¿cuántas veces no han notado en ellas con gusto el esfuerzo con que pugnan por adoptar las maneras y el lenguaje de las personas cultas?, ¿cuántas veces, en fin, en la comunicación con esa gente no han descubierto de qué modo tan considerable se ha agrandado la esfera de sus ideas, y qué tendencias tan fuertes las llevan a verificar rápido progreso en el orden social e intelectual?

Un cuadro fiel del estado de la campaña en otros tiempos, confrontado con otro igualmente exacto de aquel en que de pocos años a esta parte se encuentra, dejaría ver el inmenso adelanto que en civilización ha hecho la población de la campaña, durante ese mismo período en que, según *El Conservador*, ha

estado luchando en favor de la barbarie y dominando la ciudad. Trabajo sería éste que emprenderíamos con gusto, por la honra que de ello resultaría a nuestra Patria; pero que no es posible hacerlo en páginas tan reducidas como las de este periódico. Nos vemos precisados a limitarnos a brevísimas observaciones, bastantes sin embargo, en nuestro concepto, para deshacer las necias falsedades de los escritores salvajes unitarios.

No creemos que haya pueblo ninguno que haya hecho progresos más rápidos en igual tiempo que nuestra campaña. En ella el impulso de la civilización es vigoroso, y de aquellos que no pueden detenerse. ¿Cómo pues, ha podido ser esto así si el elemento de la barbarie ha dominado siempre, si siempre hemos estado sujetos a caudillos que han regido el país como representantes del movimiento retrógrado? ¿Qué fuerte potencia de retrogradación es esa que no anda nada, que deja prevalecer aquélla a que domina y avanzarse en contra suya con tal rapidez? Las poblaciones bárbaras, campesinas, triunfantes, debían hundir a la sociedad en un caos de ignorancia, en un abismo de horrores; las poblaciones campesinas, con firmes tendencias civilizadas debían avanzar en la carrera de la civilización, y a pesar y en medio de los trastornos y del mismo desorden, ¿es aquello lo que se ve o esto último?

¿Dirásenos tal vez que cómo se concilian los excesos atribuidos a los del bando de la campaña, aquí y en la República Argentina con esa civilización que le damos? A eso respondemos en primer lugar, que excesos los más graves cometidos en circunstancias especiales, no prueban la barbarie de un pueblo. Francia en tiempo de su revolución

es uno de los muchos ejemplos que de eso pudiéramos citar. En segundo lugar que esos excesos han sido supuestos unos, y exagerados otros, y en su mayor parte se han cometido por los mismos que han inventado el cargo, los salvajes unitarios.

Esa misma energía del ánimo manifestada con valor en los actos exteriores anuncia una bella disposición para el progreso. El espíritu de aquellos antiguos escandinavos que bebían en el cráneo sangriento del enemigo muerto en batalla, sirvió para regenerar la Europa entregada a la flojedad y corrupción del Bajo Imperio Romano, y entra como muy principal a formar el carácter de la actual civilización. Un genio observador ilustrado encontrará en esa fiereza que se nos atribuye, descartándola de toda exageración y reduciéndola a sus verdaderos quilates, las señales inequívocas del alto grado de adelanto y engrandecimiento a que han de llegar estos pueblos, rebosantes de animación y fortaleza. Tal es el juicio que no un patriotismo preocupado, sino la más imparcial filosofía debe formar de ellos. Así mientras la prensa salvaje unitaria llora hipócritamente la degradación de estas regiones y el porvenir tenebroso y bárbaro a que vamos, nosotros descubrimos llenos de placer y de orgullo, en la consideración de lo presente, los grandes y gloriosos destinos del Río de la Plata.

La idea exagerada que algunos se han formado de la perfección a que ha llegado la Europa en su estado social e intelectual contribuye a rebajar a sus ojos la América; lo que no fuera así, si tratasen de informarse bien de lo que hay realmente en aquella parte del viejo mundo. Estamos ciertos que una comparación reflexiva y justamente apreciada entre ambas,

les había de hacer ver en las cosas americanas mucha mayor bondad que la que le ven en su preocupación actual. La situación de la Europa en sus países más adelantados en ilustración, no es ciertamente como se imaginan esos entes miserablemente engañados. Bastaríales atenerse a lo que nos dicen sus mismos escritores para conocer que hay allí grandes miserias sociales, y que la ilustración general se halla en un estado poco adelantado. Podríamos aglomerar aquí porción de citas en comprobación de lo que aseveramos; pero nos ceñiremos a una sola que tomamos de un autor de distinguido mérito, que en este momento nos cae a la mano. Por un cuadro estadístico que inserta Mr. Simonde de Sismondi en su obra titulada "*Estudios sobre las constituciones de los pueblos libres*", extractado de las investigaciones estadísticas de Mr. Chabrol en 1824, se ve que en París apenas hay un hombre entre cuarenta, a quien sus bienes de fortuna eximan de todo trabajo personal, y en la totalidad de la Francia uno entre sesenta. Este cuadro, dice el autor citado, debe hacer una "desagradable impresión, y al mismo tiempo producir reflexiones políticas llenas de utilidad. Resulta con evidencia que en la ciudad más rica y más inteligente de Francia, cuando menos *nueve individuos entre diez,* o con más probabilidad, *diez y nueve entre veinte,* se ven obligados a proveer a su subsistencia sacrificando la parte intelectual de su ser, y cultivando las facultades musculares a expensas de su inteligencia". Júzguese por esto solo de la ilustración y felicidad que puede alcanzar una nación, considerada en su generalidad como debe ser, donde más de las nueve décimas partes de sus individuos tienen que trabajar asidua y fatigosamente para no

perecer de hambre sin ser libres para dedicar algunos instantes al cultivo de su entendimiento.

Esperamos que se comprenda bien ahora, por qué dijimos con toda exactitud que estábamos en situación, con todos los defectos que se nos dan, de lograr una felicidad mucho mayor que la que se disfruta en Europa en general, sin necesitarse para eso de más, que de establecer el orden sobre bases permanentes dentro del mismo sistema que nos rige, y dejar que la sociedad se desarrolle por sí misma con sus propios elementos, y siguiendo el impulso que lleva.

Nuestros lectores deben acordarse de los extractos de *El Conservador* que hemos insertado en varios números anteriores, por los cuales se ve con toda claridad que él distribuye la población de América antes española en dos clases que incesantemente están combatiendo una con otra, que marchan por distintos caminos la una hacia la barbarie y la otra hacia la civilización, y que abrazan en su contienda todas las guerras civiles y alteraciones intestinas que ha sufrido y está sufriendo esa parte del Nuevo Mundo. Han de tener presente asimismo que hace consistir una de esas dos clases en gente de campaña y la otra en gente de ciudad, atribuyendo a la primera el movimiento bárbaro, y a la segunda el civilizador. Han de recordar, por fin, que ha colocado a los salvajes unitarios en la clase de ciudad, y a los Defensores de la legalidad en la del campo. Nosotros hemos rebatido hasta dejar completamente pulverizada esta base sobre la que él ha levantado su extravagante explicación de la actual lucha entre los gobiernos legales del Plata y los rebeldes alzados contra ellos. Entre otros argumentos de

grande importancia, y a los que es imposible contestar por las verdades evidentes que contienen, observamos que ni en todas las que fueron antes colonias de España había gauchos, ni sus hombres de campo eran de la misma condición, y se hallaban en ellas en el mismo estado. Esto decíamos refiriéndonos a la pintura que *El Conservador* había hecho del caudillo, del hombre de campo americano, reaccionario en favor de la barbarie; pintura que era la del gaucho nuestro, con las exageraciones acostumbradas. Este periódico que hasta entonces ni después ha expuesto una sola razón para contestar a nuestra refutación de aquellos sus fantásticos estudios, creyendo sin duda que se le venía a las manos la ocasión de decir una agudeza muy fina, y ofrecer alguna disculpa a la torpe generalización con que había asimilado a nuestra población de campaña la de Hispanoamérica en su generalidad, nos sale diciendo con mucha frescura que él llama gauchos a todos los que contribuyan al movimiento retrógrado, aunque sean hombres de frac y de ciudad.

Esta declaración, como se ve, destruye la ficción de la lucha entre el elemento de campo y el de ciudad; porque luego que aquel primero, comprende, según la nueva explicación, también a los hombres de esta última, resulta una mezcla de individuos de entrambas clases bajo una misma bandera; y por consiguiente la división establecida entre ellas colocándolas en antagonismo, no tiene absolutamente lugar. Cantada así la palinodia por *El Conservador,* y precipitándose de este modo a tierra por sí mismo con toda la monstruosa máquina levantada en sus estudios, parecía innecesario agregar nada más sobre este tópico; pero como todavía insiste y porfía porque en realidad hay

una reacción colonial impulsada por el elemento de campo preponderante, y como de aquí deduce la conveniencia de que se deje a la minoría de ciudad representada por los salvajes unitarios, el dominio del país, mediante el apoyo del poder extranjero, queremos darle sobre este tópico unos cuantos golpes mortales más por conclusión, haciendo ver que la emancipación de la campaña solo puede traer beneficios a la civilización, que ella es diametralmente opuesta a una reversión a la situación colonial, y que la revolución iniciada el 25 de mayo de 1810 no ha podido envolver un pensamiento contrario.

Hablando de la mudanza operada en los hombres de la campaña y de sus progresos en el camino de la civilización, notamos que eso había acaecido después que sus habitantes se convirtieron en propietarios territoriales. En efecto el hombre menos observador ha debido conocer que a ese cambio de posición es debida en gran parte la mudanza de que hablamos: pero ha habido otra causa poderosa también, cuya ausencia la habría impedido, y es la emancipación de la clase de campo, como fácilmente se comprenderá por lo que vamos a decir.

Las colonias españolas, particularmente las provincias que despues compusieron la República Argentina, no tenían una verdadera aristocracia nobiliaria. Nuestro pais, sobre todo, no la conocía. Había en ella una especie de aristocracia; pero ésa se componía de los españoles de ciudad, quienes poseían todas las riquezas, quienes ejercían el monopolio de los destinos lucrativos y honoríficos, y para quienes estaban reservadas todas las distinciones, toda la influencia y todo el predominio en la sociedad de que formaban parte. Los campesinos se hallaban colocados en una muy

inferior, de la que no les era dado salir: no porque la ley así lo hubiese dispuesto, sino porque la costumbre, nacida de causas que es por demás explicar aquí, lo había ordenado de este modo. Puestos nuestros hombres de campo en esa inferioridad, y considerándose reducidos al círculo estrecho del que no podían salir ¿para qué se habían de afanar? ¿qué estímulos habían de tener para un movimiento progresivo que no podía efectuarse dentro de la clase en que estaban comprendidos?

Ninguno ciertamente; y de aquí su indolencia, y el afincamiento de su posición estacionaria. Pero que a esos hombres se les hubiese presentado una perspectiva de engrandecimiento, que se les hubiese mostrado un camino llano para subir a esa clase superior cuyas distinciones y supremacía social envidiaban, ¿quién puede dudar que entonces se moverían en dirección al bien asequible que veían por delante; y que sabiendo que para adquirirlo les era preciso fortuna e inteligencia, se harían trabajadores, industriosos y empeñosos por salir de su ignorancia y alcanzar mayores conocimientos? Pues esto justamente es lo que les ha sucedido con su emancipación, con esa elevación al nivel de los hombres de ciudad, destruida ya, por efecto de la revolución de la independencia, la antigua distinción colonial que los mantenía en una clase subalterna, sin acción ni influencia política ninguna. Abierto el nuevo teatro a sus aspiraciones, lanzáronse en él con grande ejercicio de su actividad buscando en la riqueza y en la inteligencia los medios de satisfacer aquéllas y dejarlas aseguradas. Examínese la marcha de la generalidad de los habitantes de la campaña que han subido a una esfera superior, aumentando sus bienes de fortuna y su capacidad, y se la

encontrará perfectamente ajustada a lo que vamos diciendo. ¿Hubiera podido suceder eso si hubiesen quedado en la dependencia y estrechez en que estaban durante la dominación española? Seguramente que no.

Por lo dicho debe verse con toda claridad que es precisamente a esa emancipación de la campaña que ha de atribuirse en la parte principal sus progresos, tanto en el orden material como en el intelectual; y que el desarrollo consiguiente a que la vemos entregada, le constituye en una situación contraria en el todo a la que tenía en el régimen colonial. De aquí deducimos dos cosas igualmente evidentes, y son: primera, que el impulso que lleva la gente de campo contribuye a alejar cada vez más nuestra sociedad actual de la antigua sociedad colonial; y segunda, que las pretensiones salvajes unitarias tales cuales las explica *El Conservador,* propenden por el contrario a acercarla, importando hasta cierto punto una reacción en ese sentido.

Sacar la clase más numerosa de la sociedad de una condición dependiente y servil, hacerla independiente e igual a aquella a que estaba subordinada, y darle una acción permanente en este sentido, es a la verdad llevar a los pueblos muy lejos de la situación anterior, e imposibilitar su regreso a ésta.

No así lo que pretenden los salvajes unitarios. Ellos quieren volver a privar a la mayoría del pueblo de intervención política, quieren restaurar la aristocracia de ciudad y someterle de nuevo aquella mayoría, quieren que esta aristocracia se instituya protegida por un poder europeo, quieren que se reconozca la superioridad de éste, y la necesidad de vivir bajo su dependencia, quieren en fin que seamos ante la Francia lo que éramos en los tiempos coloniales ante

la España. ¿Y no será eso retroceder en busca de estos tiempos?, ¿no será entregarse a su espíritu y entrar ya en su situación?, ¿no será por último ir contra los objetos a que principalmente miró la revolución de Hispano-América?

Por lo que respecta a lo de que no se opone, antes se acomoda al pensamiento de esa revolución la emancipación de la gente de campo, nada puede haber más cierto y evidente. Lo demostraremos en pocas palabras.

La revolución abrazó dos objetos: hacernos independientes de la España y de cualquier otra nación europea, y fundar una sociedad libre bajo el régimen republicano. No disputaremos si al hacer el movimiento primitivo hubo o no ya esta intención, o cuándo fue que realmente se concibió, establecemos solo lo que nadie puede negar, y es que al cabo en eso se vino a resumir el pensamiento de Mayo. Ahora bien, ya hemos visto en cuanto al primer objeto de qué modo tan eficaz se llena por la mudanza que ha habido en la condición de los habitantes de la campaña, siendo eso de tal manera, que cada vez crece más el espíritu independiente, y se avanza la sociedad con mayores fuerzas al polo opuesto a la dependencia colonial o de cualquiera otra clase; por lo que hace al segundo objeto, fácil es ver también que la mudanza a que nos referimos armoniza perfectamente con el sistema republicano. En éste todas las clases deben estar en actividad política, sin que ninguna se subordine a otra, y cada una en aptitud de obrar en igualdad con las demás con sus fuerzas propias. Constituir a alguna en dependencia, particularmente si fuere la más numerosa, sería trastornar por su base ese sistema, que no permite que los más estén subordinados a los

menos, sino más bien éstos a aquéllos. En él el progreso se busca por medio del concurso franco de todas las fracciones de que se compone la sociedad, y solo se le considera legítimo, verdadero, y seguro cuando interviene esa acción compleja. ¿Cómo podría, pues, la misma idea que trazaba la República exigir la desigualdad de derechos y de posición en las clases de la sociedad, y la conservación de los privilegios y del predominio en favor de una de ellas, por más superioridad de luces, y capacidad que se le atribuyese? La participación de la que reside en la campaña, en el movimiento político, su nivelación con las otras, y el libre desarrollo a que ha sido llamada en igualdad de ellas, entra en los fundamentos esenciales del gobierno republicano, y siendo éste el que la revolución quiso fundar, claro es que tanto cuanto se satisface su pensamiento con la equiparación del elemento de campo al elemento de ciudad, tanto se le contraría con el dominio a que, según la doctrina de *El Conservador*, debería elevarse de nuevo este último elemento.

Estas cortas reflexiones deben bastar para que se acabe de comprender cuán ridículo es que los salvajes unitarios se den el pomposo título de hijos de Mayo, y pretendan pasar por los más fieles secuaces del espíritu de la revolución americana. Independencia y República es el estandarte de ésta. Y los salvajes unitarios que quieren resucitar una combinación social semejante a la que existía en el régimen colonial, que quieren extinguir ese sentimiento de nuestra suficiencia y de nuestro valer que nos llevó a separarnos de la metrópoli, que quieren acostumbrarnos a que veamos a dos mil leguas de aquí y al través del océano, como en tiempo de España, el baluarte de

nuestra seguridad y la fuente de toda nuestra dicha, ¿podrán querer en realidad esa independencia? Y los salvajes unitarios que quieren elevar una minoría ínfima sobre la gran mayoría nacional, que quieren erigirse en una clase privilegiada, que quieren constreñir el desarrollo democrático, que quieren que la sociedad no marche por sí misma, sino que reciba su impulso de una fracción diminuta como son ellos, y eso como una secuela de la acción externa dominante, ¿podrán tener ideas de esa República y marchar por la senda que a ella conduce? Considérenlo nuestros lectores.*

* *"El Defensor de la Independencia Americana"*. Núm. 269, Miguelete, diciembre 20 de 1847, Pág. 2, Cols. 2 y 3, Pág. 3, Col. 1; Núm 270, Miguelete, diciembre 24 de 1847, Pág. 2, Cols 1 a 3, Núm. 271, diciembre 28 de 1847, Pág. 3, Cols. 1 a 3, Pág 4, Col 1; Núm. 272, Miguelete, enero 1º de 1848, Pág. 2, Col. 3, Pág. 3, Cols. 1 a 3, Pág. 4, Col. 1; Núm. 274, Miguelete enero 9 de 1848, Pág. 2, Cols. 2 y 3, Pág 3, Cols. 1 a 3; Núm. 276, Miguelete, enero 17 de 1848, Pág 2, Cols. 1 a 3, Pág. 3, Cols. 1 a 3; Núm. 277, Miguelete, enero 21 de 1848, Pág. 2, Col 3, Pág. 3, Cols. 1 y 2; Núm. 281, Miguelete, febrero 6 de 1848, Pág 2, Col 3, Pág. 3, Cols. 1 y 2; Núm. 283, Miguelete, febrero 14 de 1848, Pág. 3, Cols. 1 a 3, Pág. 4, Col. 1, Núm. 286, Miguelete, febrero 26 de 1848, Pág. 3, Col. 3, Pág. 4, Cols. 1 y 2; Núm. 291, Miguelete, marzo 17 de 1848, Pág 3, Col. 3, Pág 4, Cols. 1 y 2.